

# MASPARRITO

---



***Un Pueblo escondido en la montaña***

---

RAFAEL ISIDRO QUEVEDO CAMAÇO

MASPARRITO. *Un pueblo escondido en la montaña*

**RAFAEL ISIDRO QUEVEDO CAMACHO**

Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total  
o parcial de esta obra en cualquier  
medio de impresión electrónico o  
tipográfico, sin la autorización por  
escrito del autor.

©2020. Rafael Isidro Quevedo Camacho

DEPOSITO LEGAL: BA2020000004

ISBN: 978-980-18-1031-5

Barinas, Venezuela, Mayo, 2020

ISBN: 978-980-18-1031-5



El autor manifiesta su compromiso con los derechos establecidos en el marco legal vigente y las normativas internacionales sobre propiedad intelectual, por lo cual, para cualquier solicitud o sugerencia, pone a disposición su dirección de email: [rafaelisidroquevedoc@gmail.com](mailto:rafaelisidroquevedoc@gmail.com)

## DEDICATORIA

Este relato, fruto de la memoria de familiares y vecinos de Masparrito, va dedicado a las generaciones de pobladores que se establecieron y prosperaron en aquella aldea del medio rural profundo y que al igual que muchos otros venezolanos de las primeras décadas del siglo XX, vivieron con valor inaudito y admirable entereza los difíciles años de la crisis de la agricultura, cuando se inicia la explotación petrolera que provocó, con el espejismo de su riqueza fácil, las grandes migraciones del campo a la ciudad y cuando el país estaba sumido en los oscuros años de una dictadura militar. Gente dedicada al trabajo duro para derivar el sustento de sus familias y practicar los valores asociados con la verdad, el bien, la fe en Dios y el honor. A mi abuela Abigail Quevedo, a mis padres, Ezequiel Quevedo y María Ramona Camacho de Quevedo, quienes me enseñaron a transitar por este mundo y a mi extendida familia de tíos, hermanos, hijos, primos, sobrinos, nietos y bisnietos.

A mi esposa Naly Homaiden, quien me acompaña y apoya y a los amigos de toda la vida que constituyen el mejor vínculo social de un ser humano.

## **AGRADECIMIENTO**

El autor agradece a todos los familiares y amigos, vivos o ya fallecidos, quienes me brindaron parte de la información aquí vertida y fotos ilustrativas y a quienes cito en las referencias al final de este trabajo.

Especialmente a mis primos, Ramón Antonio Terán Quevedo, Amparo Terán Quevedo, Yolanda Azuaje Quevedo, Rosa Elena Linares Hernández y Arturo Quevedo Camacho.

Al colega y amigo Germán Monzón Salas y a mi hermano Ramón Arcio Quevedo Camacho, por sus observaciones y sugerencias.

## TABLA DE CONTENIDO

DEDICATORIA .....	2
AGRADECIMIENTO .....	3
FOTO AEREA DE MASPARRITO .....	5
POR EL CAMINO DE LOS PARAMOS .....	6
LA OCUPACION ESPONTANEA .....	20
BALBINO MOTA Y EL CAMINO A BARRANCAS .....	26
LA FAMILIA .....	31
EL PUEBLITO, PUEBLO NUEVO Y LOS CASERIOS .....	50
EL CAMINO A CALDERAS .....	60
LA CAPILLITA Y LAS FIESTAS DEL PADRE .....	71
DE NIQUITAO A MASPARRITO .....	76
APARECIO LA ESCUELA .....	80
EL MAESTRO BENCOMO Y SUS MOLINOS DE PIEDRA .....	87
EL MAESTRO LUIS ZAMBRANO Y SU SISTEMA HIDROELECTRICO .....	92
LA ENFERMERIA Y LOS PRACTICANTES .....	98
LA VIDA RURAL Y LA CARRETERA .....	107
EL ASALTO GUERRILLERO Y ASESINATO DE PORFIRIO LINARES .....	121
CON PUÑAL DE CRUZ .....	145
DE PEQUEÑA ALDEA A PARROQUIA BARINESA .....	153
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS .....	168
RESEÑA DEL AUTOR .....	171
GLOSARIO .....	173



MASPARRITO. 1980. Vieja y descolorida foto de archivo, tomada desde el aire. Archivo familiar.

## POR EL CAMINO DE LOS PARAMOS

Moría con su secuela de largas guerras, el Siglo XIX y empezaba a abrirse paso el XX, cuando el General Baptista, un trujillano acostumbrado a vivir en medio de revueltas, recién derrotado por sus enemigos, quién tenía posesiones y ganados en el páramo de Las Mesitas, decidió esconder sus animales.

Las Mesitas sigue siendo, un pequeño poblado que se acurruca entre los páramos, más arriba de Niquitao, después de atravesar las aguas torrentosas del caudaloso río Burate. Se sube por una cuesta como quién va para el páramo de Cabimbú. Ante el peligro de perder su rebaño, por el riesgo que corría, de que pudiera ser decomisado para alimentar las tropas de sus adversarios, triunfantes en los últimos enfrentamientos bélicos de aquellas latitudes, mandó a abrir una pica por el páramo, para conducir sus animales.

Aquellos hombres decidieron subir desde Niquitao y reorientar su rumbo del viejo camino hacia Calderas, al llegar al pináculo del *Alto*, para descender hacia el sur oeste, a fin de movilizar su rebaño y colocarlo en un sitio protegido, retirado, escondido entre las montañas andinas y apartado del tránsito común de los caminantes, en el llamado *Paramito del medio*. Un lugar escarpado y solitario, a un día largo de travesía, sin caminos transitados, a no ser las trochas por donde solían pasar animales salvajes. En esas alturas, azotadas por los vientos, las frecuentes lluvias y bajas temperaturas, pobladas de frailejones, gramíneas rastreras y vegetación típica de los páramos, fue donde ordenó construir una casa de horcones y carrizo embutido, o “*carruzo*” como por allá lo llaman, al estilo del conocido bahareque propio de los campos. Dejó un encargado para vigilar su vacada. Allí quedaba a salvo de asaltos y confiscaciones, en medio de las tribulaciones de las guerras internas que libraban aquellos caudillos regionales, como los Generales Baptista, Araujo, Montilla y otros, en sus frecuentes conflictos, como parte de las llamadas *revoluciones* que sacudían el país hasta culminar con la llamada *Revolución Libertadora*.

El anterior relato, cuando el territorio de Trujillo fue un escenario de frecuentes luchas en la cotidianidad de nuestras guerras civiles, es corroborado por el historiador Cardozo (1963), quien señala en su libro, que para 1871, *“las fuerzas conservadoras con los Generales Juan Bautista Araujo y Trinidad Baptista, ocuparon la ciudad de Trujillo y el Estado. Luego Venancio Pulgar lo recupera para los liberales”*.

Cardozo agrega que *“en 1892 el General José Eliseo Araujo derroca al Gobernador General José Manuel Baptista, presidente del Gran Estado Los Andes. Es entonces cuando el presidente Andueza Palacios envía una expedición comandada por Cipriano Castro y otra por el General Diego Bautista Ferrer, quienes recuperan el control del Estado. En 1898, luego de la muerte de Joaquín Crespo, los conservadores se alzan contra Rafael González Pacheco y comandados por el General José Manuel Baptista toman Valera y Trujillo y en junio lo recupera Espíritu Santo Morales, presidente del Estado Los Andes. Con la Revolución Restauradora, Castro, en 1899, entra en Trujillo por la Mesa de Esnujaque, Mocotíes, Mendoza y llega a Valera. En Septiembre González Pacheco regresa a Trujillo y hace prisionero al General Juan Baptista”*. Es en el medio de estas contiendas que el General Juan, ya derrotado, trata de salvar sus ganados enviándolos a un páramo recóndito y poco explorado, para conservarlo como reserva estratégica en previsión de futuros requerimientos.

Según me relató mi padre, José Ezequiel Quevedo y también mi padrino y tío político Eugenio Terán, estos páramos eran, tal como continúan siendo al día de hoy, un lugar de frailejones, rosetales, musgos, algunas gramíneas y arbustos pequeños, en cuyas estribaciones, vivían los hermanos Pacheco: Trino, Norberto y Nereo, quienes habían emigrado de La Quebrada para el paramito de Mibó, más arriba de Niquitao y allí cultivaban maíz, papas, arvejas, garbanzos y habas, ordeñaban unas vacas y criaban gallinas y cerdos. Estos hermanos se habían venido de La Quebrada en busca de nuevas tierras, porque no pudieron pagar unas baldías que allá las estaba mensurando el Gobierno para venderlas a los agricultores.

Los Pacheco, a quienes también les gustaba salir de montería, siguieron la pica que había mandado abrir el General Baptista, pasaron por *El Paramito*, donde

pastaban los vacunos de aquel y motivados por su espíritu aventurero y el interés de encontrar una cacería mayor, siguieron bajando por una zona muy empinada, con rocas casi verticales que con el tiempo las bautizaron como *Las Tapias*, pues tenían cierto parecido con las paredes apisonadas que en Niquitao y otros pueblos andinos se hacían con relleno de tierra arcillosa para construir las viviendas de estilo colonial español. Desde esas formaciones rocosas, pudieron divisar un paisaje maravilloso, de inconmensurable vegetación boscosa, que se perdía en el horizonte hasta donde alcanzaba la vista. Continuaron por esa nueva vertiente hasta el borde de la verdosa montaña que demarcaba el páramo del bosque nublado pre montano y entonces, ya consumido el *avío* que llevaban en sus *porsiacasos* y un tanto agotados por el largo recorrido, decidieron regresar, sin atreverse a ingresar a aquellos desconocidos y tupidos bosques, que como una barrera vegetal se atravesaron en su derrotero.

Trino Pacheco como aficionado a la persecución de animales salvajes y lleno de curiosidad por aquellos parajes nuevos y extraños para ellos, que habían encontrado por casualidad, volvió varias veces con su hermano Nereo. Ya mejor preparados para la aventura y movidos por la natural curiosidad de los exploradores, en la esperanza de encontrar una buena presa de cacería, decidieron continuar abriéndose camino por entre la montaña de bosques casi impenetrables. Iniciaron una nueva pica, cuesta abajo, por la cual, con el tiempo y luego de diversos intentos y muchos esfuerzos, lograron bajar hasta las cercanías de un gran río, que escurría sus torrentes de aguas cristalinas por entre peñascos y cascadas. A la vera de su ribera encontraron un árbol de mango, extraño para aquel lugar de vegetación selvática y prueba también de que por allí, años atrás pasó algún cazador como ellos, que venía subiendo río arriba de los llanos o tal vez alguien huyendo de las guerras comunes en esos tiempos borrascosos, que como alimento para matar el hambre, traía como bastimento las sabrosas frutas que tan bien se dan en las tierras calientes de todo el llano y cuya semilla logró germinar cerca de aquellas aguas. Ese ser anónimo pudo ser el primero en llegar a estas latitudes sin dejar otra huella de su presencia que ese árbol de tan sabrosos y succulentos frutos.

De regreso comentaron este hallazgo a su familia y vecinos más cercanos, con el entusiasmo y la exageración propios de los contadores de cuentos. Volvieron de nuevo los dos hermanos, animados ya por los descubrimientos realizados y motivados por la abundancia de vegetación y fauna en tales regiones inexploradas. Al constatar que aquellos confines, al parecer, carecían de dueño y prometían ser feraces para los cultivos, decidieron ocuparlas. Se presentaban libres de todo dominio y abundantes en agua, maderas y animales del bosque. Fue entonces cuando, luego de caminar de nuevo por esas laderas, hondonadas y cuevas pedregosas, después de recorrer el páramo, optaron por bajar por los riscos de grandes lajas verticales, que les eran conocidas, hasta llegar de nuevo al borde de la cerrada vegetación, que suele llamarse, boca de montaña, para explorar otra vez la selva, abrir picas para acceder a sus profundidades y al llegar a un espacio semiplano, decidieron construir un rancho improvisado, de esos que llaman *de vara en tierra*, para fundar un campamento. Allí pernoctaron por varios días. Alrededor de esta improvisada choza, talaron la vegetación circundante, limpiaron un pedazo de terreno y lo sembraron con semillas de maíz, que, como parte de su provisión, habían llevado para consumirlo como *maíz tostado* y para hacer *arepas*. Terminada esta nueva aventura, regresaron al terruño paramero para continuar con su vida de labriegos.

Tres meses después regresaron con la intención de inspeccionar la siembra y eventualmente limpiar el cultivo que con tanto esfuerzo habían realizado en el corazón de aquellas montañas. Volvieron, no tanto por la curiosidad de observar el crecimiento de su siembra. Aquellos hombres iban movidos por el interés de cazar algunos animales salvajes, que como ya dijimos, proliferaban en esos parajes, poblados de una fauna muy variada. Cuál no sería su sorpresa, cuando encontraron el maizal ya con *jojotos*. A diferencia del que se siembra en el alto páramo, donde tarda hasta ocho meses para florecer y madurar la mazorca de este cereal, cuyo crecimiento suele ser más lento y su caña de mayor consistencia. Quedaron muy impresionados de aquel milagro de la *tierra caliente*. Allí mismo activaron un fogón y acompañaron la tierna y fresca carne de lapa recién cazada, con mazorcas asadas en el brasero.

Para el regreso hicieron unos cuantos *persogos* con el maíz jojoto que cosecharon, para hacer cachapas en los fogones de la casa y contaron su descubrimiento a los hermanos Montilla, amigos suyos y a muchas otras gentes que en las *pulperías* de Niquitao, al calor de unos tragos de *miche* y entre las exclamaciones de *topo* y *pinto* de un juego de dados o en los cantos de *ronda*, *tropa* y *vigía* de la caída militar o del *ajiley*, con las barajas españolas, sobre los mostradores de aquellas bodegas, se solían reunir para pasar los prolongados días de lluvia. Estos largos mesones, que separaban al dueño del negocio y sus mercancías del público, más allá de servir para entregar los bastimentos a lugareños y campesinos de los alrededores, que llegaban en busca de provisiones, también se aprovechaban para pasar un rato de conversación y compañía, compartiendo impresiones, chismes locales, vivencias de los viajes realizados, cuentos de camino y matar el tiempo, que transcurría con pasmosa lentitud. Así se regó la noticia sobre las nuevas tierras descubiertas.

La gente quedaba asombrada por los relatos, un tanto imaginativos, seguramente exagerados y maravillosos, que salían de los labios de tales campesinos, convertidos en exploradores. Entusiasmados por la hazaña realizada comentaban sus hallazgos transformados en afiebrados narradores, animados por unos cuantos tragos de *miche zanjonero*, que de contrabando se solía destilar en lo profundo de los cafetales o de los conucos y en la obscuridad de las medias noches, para burlar la eventual persecución de los agentes del gobierno. Fue entonces cuando, a principios del siglo pasado, los hermanos Pacheco decidieron mudarse para aquellos lugares, tan generosos con los cultivos. Se llevaron un toro de carga con semillas de caña, maíz, café y otros cultivos, estableciéndose en aquellos espacios, un tanto retirados y solitarios.

Esta singular ocupación inicial puede considerarse como la fundación de Masparrito. No sucedió en ella, como se estilaba con la de las ciudades que establecían los conquistadores, la demarcación de un lugar, la ceremonia ritual, celebración religiosa, distribución de espacios para los pobladores y redacción de un Acta Fundacional. Fue la sencilla conquista de unas tierras, que esperaban por la mano laboriosa de los campesinos para su deforestación y cultivo y en donde se construyeron

las primearas chozas. Con el paso del tiempo, se convirtieron en casas de bahareque con horcones de roble, mora o guayacán y techos de paja, que dieron cobijo a la población inicial en una fecha, aún sin determinar con precisión, a principios del siglo XX.

La población fue surgiendo, en una sucesión de acontecimientos naturales en la progresiva migración por algunos pobladores provenientes de campos, aldeas y pueblos trujillanos, que a principios del siglo XX descubrieron estas montañas y selvas y vieron en ellas una posibilidad de ocuparlas. Esos espacios sirvieron como frontera agrícola y lugar de poblamiento para quienes carecían de tierra, eran perseguidos del gobierno de turno o buscaban un lugar donde vivir tranquilos, en un país que aún no cesaba de batallar.

A principios del siglo XX, los escenarios de conflicto entre las partes de la Revolución Libertadora, por un lado, con aquellos numerosos caudillos comandados por el banquero y General Manuel Antonio Matos y las fuerzas contrarias de la *Revolución Restauradora*, que había triunfado con el nuevo Gobierno de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, su vicepresidente y General en campaña, aún no había logrado la pacificación definitiva del país. La ya tradicional guerra intestina iba buscando su término, derivado de la Batalla de la Victoria, que del 13 al 20 de octubre de 1902 tuvo lugar, como la más larga contienda en tiempo, numerosa en tropas y armamentos, librada hasta entonces. El final de tales contiendas se consolidó con la posterior batalla de Ciudad Bolívar, donde resultó derrotado el General Nicolás Rolando, caudillo de Oriente, luego de ser sitiado y atacado por el General Juan Vicente Gómez.

Como bien lo relata el historiador Caballero (2010), *“Este proceso se inicia con el primer levantamiento de Cipriano Castro en 1892, para apoyar a Raimundo Andueza Palacio y su intento de permanecer en el poder más allá de su mandato constitucional”*, iniciativa que fracasó y por tal motivo tuvo que exiliarse en Colombia. Desde su finca en el país vecino, el ya general, decide ingresar de nuevo a Venezuela, el 23 de mayo de 1899, con sesenta hombres, entre los cuales va su lugarteniente y hacendado Juan

Vicente Gómez y a quién se le incorpora un muchacho de apenas 14 años llamado Eleazar López Contreras. Era la Revolución Liberal Restauradora. Pretendía derrocar, como en efecto lo logró cinco meses después, al General Ignacio Andrade. Este, había sido impuesto por el General Joaquín Crespo, luego del fraude cometido en las elecciones directas celebradas en 1896, ganadas por el General José Manuel Hernández, popularmente llamado *Mochó Hernández*, quien realizó la primera campaña electoral nacional de giras y reuniones en las plazas de ciudades y pueblos, logrando una singular popularidad en todo el país que le dio el triunfo, escamoteado por aquellos.

En aquella primera y fracasada incursión, después de ser prisionero en Maracaibo, el año 1892, Cipriano Castro es puesto en libertad y según Velásquez (1977) se fuga hacia Colombia, donde permanece exiliado por seis largos años. Se establece en su hacienda "*Bella Vista*", desde donde mantiene una intensa comunicación por todos los medios de la época con partidarios y amigos suyos tanto en los Andes como en Caracas. Cuando toma posesión de la Presidencia de la República el General Ignacio Andrade, por el año 1898 y ya "*se había constituido el coro de los aduladores, y había aparecido la camarilla familiar*" Castro lo visita en su despacho de *La Casa Amarilla*. Luego de una larga y humillante antesala, lo recibe en una entrevista llena de prepotencia y de desaires. A su salida le declara a un amigo: "*voy a traer mi gente de la hacienda para sacarlo de la Casa Amarilla*".

Cruza de nuevo la frontera, para organizar desde su finca una invasión, justificada políticamente en la intención de restaurar mediante una reforma constitucional con participación de los estados y municipios, la vigencia de los 20 estados y los principios y valores de la constitución federal de 1864. Hay en el país un ambiente de crisis con "*la caída del precio del café, aumento en los impuestos, la población de agricultores diezmada por la recluta, las hipotecas y las prendas desacreditadas, enredos, tiros y machetazos*". Entonces invita el país a la guerra, porque "*el árbol de la libertad exige una vez más un contingente de sangre*".

Castro, luego de vencer las guarniciones del Táchira, avanza sobre Mérida y cuando sigue hacia Trujillo, Andrade ordena que lo dejen pasar sin disparar un tiro

para evitar muertes innecesarias y darle una batalla decisiva más adelante. Llega a Barquisimeto, sigue avanzando y se presenta en Tocuyito el 12 de septiembre, con 400 oficiales y 1.200 tropas, para enfrentarse a un ejército de 4.600 hombres, bien armados y apertrechados; pero mal comandados. Los dos generales al frente de tan numeroso ejército, Diego Bautista Ferrer y Antonio Fernández rivalizaban entre sí, sin un plan de batalla bien estudiado, improvisan el 14 de ese mismo mes un enfrentamiento mal concebido y peor ejecutado que los lleva a la derrota y a la fuga. Al día siguiente, los señores Julio Torres Cárdenas, Ramón Tello Mendoza y Manuel Corao, en representación de la sociedad valenciana llegan al campo de batalla para informarle que el Gobierno había abandonado aquella emblemática ciudad y lo invitan para curarle la pierna herida y hacerle los honores al caudillo triunfante.

Es así como Cipriano Castro, con una pierna fracturada y 350 hombres dejados en el campo de batalla, entra a Valencia para hospedarse en la lujosa quinta que le ceden las mismas gentes que la tenían dispuesta para el general presidente Ignacio Andrade. Desde su convalecencia en una cama o en muletas, inicia una inteligente estrategia de negociación política con el gobierno, que, con 4.000 hombres bien armados acantonados e inmovilizados en La Victoria, refuerzos de otros 1.500 en Caracas, el dominio de los puertos y casi todas las guarniciones del país; pero con fisuras y el fantasma del *Mochó Hernández* gravitando, se descomponía como la carne fresca al aire libre, en medio de conspiraciones y maniobras.

En esta atmósfera de un régimen en crisis de gobernabilidad, Castro hábilmente adelantó negociaciones. Bajo la presión de su fuerza triunfante impulsa un Acuerdo que con la huida del presidente Andrade hacia las Antillas el 19 de octubre, precipita su firma por el vicepresidente Víctor Rodríguez dos días después, el 21 del mismo mes en Maracay. El gobierno estuvo representado por los doctores Bernabé Planas, Carlos Urrutia y Torcuato Ortega Martínez. Mediante este Tratado de Paz es reconocido Cipriano Castro como "*General en Jefe del Ejército Restaurador en cuyas manos entrega el Ejecutivo Nacional el Gobierno de la República*". Tenía 41 años cuando afirma que "*el último tirano va camino al destierro*" y asume el Poder Supremo.

Afirma Caballero (1910) que “*el 23 de Octubre de 1899 una nueva revolución triunfante llegaba a Caracas; y los tres primeros años de ese gobierno serían de los más violentos, sino más sangrientos en la historia de la República de Venezuela desde 1.830*” Es así como el nuevo caudillo, después de la batalla de Tocuyito, arriba a Capital de la República ese 23 de octubre de 1899, con la famosa consigna de “*nuevos hombres, nuevas ideas y nuevos procedimientos*”, entre las cuales estaba aquella otra de: “*ni cobro andinos ni pago caraqueños*”. Se establece como presidente, saca de la prisión y nombra como su Ministro de Fomento al General José Manuel Hernández, “*El Mocho*”, quién no había calentado la silla de su despacho cuando renuncia y se levanta en armas contra su protector.

Así continúa por tres años más, una sucesión de conflictos con diversos caudillos, hasta culminar con la contienda más importante de nuestras guerras civiles, la Revolución Libertadora, ya mencionada, donde se enfrentan en la Batalla de la Victoria, cerca de diez y seis mil hombres. De ellos, doce mil lo forman las tropas al mando de Manuel Antonio Matos y una pléyade de Generales, que reúne a todos los caudillos que en los últimos veinticinco años habían recorrido los cuatro puntos cardinales de la patria, en guerras regionales y nacionales. Esta, que según Caballero (2010), es la última de las cargas de caballería, la más numerosa en hombres, la que estrena los cañones de largo alcance importados por Cipriano Castro con empréstitos externos, la mejor financiada por los banqueros del país y de la *New York and Bermúdez Company*, filial de la *General Asphalt*; la que produce la derrota colectiva de todos los caudillos, que luego se dispersan; la que consolida el “*Gobierno de los compadres*” Cipriano y Juan Vicente y quizás más importante que la de Santa Inés y la de Coplé, en la Guerra Federal, o la misma de Tocuyito, que la precedió y que finalmente, con la Batalla de Ciudad Bolívar en Julio de 1903, acaba con el caudillismo regional, establece la paz de la República, afincada en la fuerza centralizada de las bayonetas y los cañones y al fundar la Academia Militar, años después, crea las bases para la formación de un ejército nacional.

Este nuevo ejército, que surge técnica y disciplinariamente formado al estilo prusiano, garantiza la política centralizadora, paradójicamente da al traste con la

Federación cuya constitución invocaba y pretendía restaurar y prolonga su influencia en el país desde entonces, garantizando de paso, a la caída del llamado “Cabito”, los largos años de dictadura del General Juan Vicente Gómez hasta el 17 de diciembre de 1935, cuando exhala su último suspiro, en la misma efeméride que recuerda la muerte del Libertador Simón Bolívar. Este es el escenario nacional y el marco dentro del cual surge la ocupación de la frontera agrícola que poco a poco fue consolidando la población de Masparrito.

La Fundación de la hoy reconocida Parroquia de Masparrito, mi aldea natal, tiene una historia singular, aunque en algunos relatos del pasado, se han confundido sus orígenes. Es así como el ilustre historiador Tosta (1987) en su extraordinaria Historia de Barinas, señala que Bolívar en una de sus marchas desde Trujillo hacia Barinas, salió de Niquitao “*por Calderas, Masparrito y Barrancas*” y también un cronista de Barrancas, cuando se creó la Parroquia, en un escrito publicado en “*La Prensa*” de Barinas, quizás citando a Tosta, señala también que Bolívar pasó por Masparrito. Estos comentarios están alejados del proceso histórico sobre la “*fundación*” o más bien curso de ocupación espontánea y poblamiento de un lugar que poco a poco dio en llamarse Masparrito.

Para la época de la independencia nacional, no existía la aldea de Masparrito. Ni camino alguno por esos páramos y selvas entre pueblos como Niquitao y Barrancas, atravesando los bosques que hoy ocupa la Parroquia Masparrito. Había un camino muy transitado entre Niquitao y Calderas, como bien lo destaca Tosta cuando señala, al referirse a la Batalla de Niquitao, que mientras Rivas y Urdaneta se encuentran en Boconó con trescientos cincuenta hombres, “*el enemigo, que ignoraba el movimiento de Bolívar sobre Guanare, y que creyó que había seguido más bien hacia Carache, hacia el Tocuyo, destinó una columna de mil hombres de infantería por el camino de Calderas hacia Niquitao, con el objeto de tomar la retaguardia de Bolívar, y esta columna al mando del comandante español Martí apareció en Niquitao la noche misma que Rivas y Urdaneta pernoctaban en Boconó...y el 2 de julio (1813) se empeñó un combate bien desigual... que se decidió a favor de las tropas libertadoras...*” La vía de Niquitao a Calderas era un camino real por donde podían transitar mil hombres, como en este caso.

Tosta también destaca que *“El 2 de diciembre (1820), en efecto, partió El Libertador de Trujillo, por el páramo de la Cristalina, descendió al hermoso valle del Boconó, luego subió a lo más alto de la cordillera por ese lado pasando por Niquitao, y bajó a Barinas por Calderas, Masparrito y Barrancas”*. Esta última ruta es contradictoria, si bajó a Calderas lo hizo por el viejo camino real de Niquitao a Calderas a través del Páramo. Ese camino es el mismo que siguieron en 1813 las tropas del español Martí, ya que resultaba imposible que hubiera hecho el viaje *“por Calderas, Masparrito y Barrancas”* cuando esta quedaba en sentido casi contrario a aquella pequeña, pero ya famosa ciudad, en la ruta para llegar a Altamira de Cáceres, Barinitas y Barinas, para seguir el camino real hacia Barrancas y Guanare, dando una vuelta casi circular. La vía para dirigirse de Niquitao a *Masparrito* y Barrancas no existía. Habría sido mucho más difícil el viaje, atravesando páramos y selvas, haciendo picas en los espesos bosques pre montanos y luego en los bosques tropicales, después del río Masparro, para poder llegar por las vegas y planadas boscosas aledañas al mencionado río, hasta Barrancas, que para la fecha también era una de las *“catorce parroquias del Cantón de Obispos”*, según indica Tosta (1977), en circunstancias que el camino de Niquitao a Calderas por el páramo y a caballo era cuestión de una jornada.

Es así como Tosta (1987), más adelante ratifica este hecho, cuando destaca que *“A fines de 1820, Bolívar abandonó a Bogotá para volver a Venezuela. Lo acompaña el Barinés Pedro Briceño Méndez en su condición de secretario de Guerra y Marina. El primero de marzo (1821), llega a Trujillo...El 10 (marzo 1821) se encuentra en Boconó, y se dirige por Niquitao a la ciudad de Barinas, donde se detiene poco tiempo.”* Es de suponer que Bolívar lo hizo por el mismo camino real ya trillado por los mil soldados de Martí, pues sencillamente ese camino de Niquitao a Masparrito y de este a Barrancas, para tal fecha no existía, ni el caserío Masparrito tampoco.

El camino de Niquitao a Calderas, según comenta Prisco Briceño, el hijo de don Ludovino Briceño, mi vecino de infancia en Niquitao, citado por Pujol (2014), era *“el cordón umbilical que une dos pueblos hermanos y que fue construido por los geniales indios cuicas, magníficos ingenieros parameños y que además engrandece la historia*

*local, pues por allí bajó Bolívar a los llanos en dos ocasiones por lo menos y también subieron las tropas realistas para ser derrotadas en Tirindí. Tuvo también gran importancia en el comercio de los pueblos hasta que llegó la carretera a Calderas y dejó de funcionar con los arreos (de mulas) que eran muchos”.*

Señala Pujol (2014), que estos caminos ancestrales fueron de gran utilidad en la Guerra de Independencia y así como las tropas al mando del Coronel Martí, ascendieron por el Camino de Calderas hacia las vegas de Las Mesitas y se enfrentaron a Rivas y Urdaneta en Tirindí; el Libertador, después del encuentro con Morillo en 1820, desciende por ese camino real hasta Barinas, y luego en 1.821. Citando a Fonseca (1955), también el Comandante Pablo Chirinos, enviado por el General Ezequiel Zamora, invadió Trujillo por esa vía el 25 de Junio de 1859, venciendo en Niquitao a la guarnición conservadora que allí se acantonaba.

Se trata de un camino que serpentea por los páramos, entre riscos, canchilones y travesías, por unos treinta kilómetros de empinadas cuevas, laderas y crestas de montaña, desde las cuales en los días luminosos con un sol transparente, se divisa la inmensidad de los Andes y en los de neblina espesa, los ojos aguzados del arriero apenas divisan como unas sombras, el rosario de mulas de carga cuyos cascotes resuenan al chocar, en su acelerado paso, con los pedregales sueltos que los recubren.

De Calderas a Niquitao viajaban los arrieros, llevando productos agrícolas para el comercio local. Nombres familiares van identificando los sitios emblemáticos de aquel trayecto, *El Palo Picao*, la *Boca del Monte*, *La Piedra del Obispo*, *La Agüita de la Virgen*, *El Filo de Barrios*, *El Llano de la Muerta*, *La Travesía Larga*, *La Mina de Gas*, *Los Altos*, *Los Alisales*, *La Piedra Grande*, *La Laguneta*, *Las Curubitas* y *El Potrero* hasta llegar a *La Laguna* que despide el camino y abre las puertas a una calzada ancha y más plana que con casas, aquí y allá, atraviesan *El Manzanal* y desembocan en *La Asomada*, para ingresar al colonial pueblo de Niquitao.

De aquí llevaban el famoso *miche* en garrafones bien protegidos por un cajón de madera o forrados por una funda de mecate bien tejida, como los que despachaba mi padre desde la trastienda de su pulpería, sillas de montar y aperos elaborados por los finos talabarteros que de padres a hijos se transmitían sus saberes, *chamarras* de

lana de oveja de doble capa, por un lado de un azul muy profundo y por el otro “rojo que reverbera, como la sangre de toro”, caballos finos, mulas para la venta y artículos para damas y caballeros que llegaban por Boconó, desde Trujillo y Valera. De Calderas aquellas bestias salían cargadas con chimó, café, maíz, panela y otros productos de origen agropecuario para abastecer el consumo.

La relación entre estos pueblos, más allá de lo comercial, tuvo una intensa vinculación social y cultural, que acercó a sus familias, formó otras nuevas y hermanó para siempre ambas comunidades. Gentes a pie y a caballo hoyaron esos trayectos. Fueron muchos, quienes en la soledad del transitar, enmudecieron y dejaron la vida en algún lugar de ese trayecto, con el pernicioso efecto del mal de páramo, que afecta la respiración, produce un fuerte dolor de pecho, reduce el andar hasta que la humanidad del *emparamado* queda paralizada por el frío y la escases de oxígeno, se recuesta casi tullido a descansar su fatigado cuerpo, muchas veces en medio del ulular del viento y de la lluvia y ya sin sentido, acelera el paso hacia la eternidad.

El acercamiento comercial facilitó los matrimonios entre jóvenes de ambos lugares. Era proverbial la romería de familiares y amigos, unos a caballo y otros a pie, que solían acompañar a la novia o al pretendiente de un pueblo al otro, para celebrar su matrimonio, en un intercambio de amistades, hospitalidades y afectos; acompañados de lucidos festejos que por varios días rompían la monotonía de la cotidianidad con comidas y bailes, al son de violines, cuatros, guitarras y pitos. Si la pareja era *pudiente*, se traía de Boconó una orquesta de viento. Festejos bien regados no solo con el proverbial *miche* sino también con ron o brandy de ocasión y algún vino para las damas. Niños caldereños solían ser llevados y establecidos en familias de Niquitao, para realizar sus estudios en la ya famosa Escuela Federal Graduada “José Ricardo Gamboa”, como el caso mi madre, María Ramona Camacho, quién fue colocada en la residencia de sus primos Rojo Paredes y donde curso su primaria.

A principios de siglo, en los pueblos trujillanos había hombres y familias desplazadas por el efecto de las contiendas bélicas, gentes acostumbradas al trabajo cuya aspiración en la vida era conseguir un pedazo de tierra para cultivar y otros que se habían ganado enemigos vengativos por la derrota o por “algún lance de ocasión” que ponía en peligro su propia existencia y a su familia y cuando surgió la noticia de

aquellas tierras que prometían una nueva vida, estaban dispuestas a correr la aventura. Estas selvas como veremos por testimonios de sus fundadores, fueron descubiertas y ocupadas a principios del Siglo XX. He recogido los relatos de algunos pobladores de esos primeros años, uno de ellos, Eugenio Terán, mi padrino y tío político y de mi padre José Ezequiel Quevedo, quienes llegaron niños aún a aquellos territorios y de viva voz recibí sus comentarios, cuya crónica relato a continuación.

## LA OCUPACION ESPONTANEA

Después de haber llegado Norberto, Trino y Nereo Pacheco, a quienes podría considerarse como los improvisados *fundadores*, poco a poco, y bajo el impacto de lo cosechado por éstos y la necesidad de un pedazo de tierra que nadie reclamaba, fueron incorporándose los nuevos pobladores. Trino Pacheco era viudo y llegó con sus hijos: Basilio, Delfina y María de la Paz. También bajaron sus hermanos, Nereo y Rosalía Pacheco el año 1905. Junto con los Pacheco, migraron los hermanos Manuel, Encarnación y José Abel Montilla, quienes provenían del Canjilón, más allá de Niquitao, en el camino que comunica este viejo pueblo colonial con la Loma de San José, Tostós y Boconó. Manuel Rondón se fue desde La Quebrada, un pueblo Trujillano famoso por sus juegos de gallos y sus peleas a machete limpio. Los Pacheco se establecieron en un lugar que más adelante llamaron “*El Barrumbal*”, por las nacientes de aguas puras y la humedad que había en el lugar, donde se formaban barrizales cuyos escurrimientos iban a formar una quebrada que bajaba torrentosa por el fondo de aquellas laderas. Más abajo fueron a avecindarse los Rondón en un paraje que dio en llamarse *La Loma de los Rondones*, atravesando la quebrada del *Barrumbal*.

Ya cuando el café sembrado empezó a producir el grano, Trino Pacheco acostumbraba viajar a Niquitao a vender sus frutos y a traer sal y otras provisiones para el consumo del año, estableciendo así un cordón umbilical de relaciones, suministros y mercado para sus productos, pero también de comunicaciones con las gentes de Niquitao, que con el tiempo se convirtió en el centro de apoyo para los nuevos colonos. Como hombre acostumbrado al trabajo “*rudo y fuerte*”, deforestó bosques y fundó varias plantaciones, algunas de las cuales logró vender a otros migrantes recién llegados. Tuvo otros hijos en Masparrito, donde murió.

Basilio Pacheco, el hijo de Trino era un muchacho vigoroso y cuadrado que más adelante se convirtió en el primer policía de Masparrito y posteriormente Jefe Civil,

dependiendo de Niquitao y después de Calderas. Se cuenta que cuando llegó “*La Oscurana*”, que así dieron en llamar los pobladores al eclipse total de sol que ocurrió el 3 de febrero de 1916, Norberto Pacheco, quien estaba tumbando montaña en el campo, con Encarnación Montilla, regresó a su casa y le dijo a su mujer, “*sírvame la comida, que si es acabada de mundo, nos moriremos comiendo*”, lo cual ofrece una clara idea de que aquellos hombres ni siquiera le temían a la muerte o al fin del mundo, perfil que sirve también para explicar el suficiente valor que los animaba para adentrarse en aquellas montañas solitarias, solo pobladas por tigres, pumas, osos frontinos y hormigueros, dantas, venados, lapas, cachicamos, monos, culebras en abundancia, pavos, paujies y otros animales de los bosques y en general, una avifauna muy variada.

Los Montilla se establecieron en una vega, más cerca del río, que, sin saberlo, se formaba con las quebradas y riachuelos nacientes en las vertientes de las diversas cuencas, dando origen al río Masparro y el cual sirvió para asociar su nombre al futuro caserío que, con el tiempo, dieron en llamar “*Masparrito*”. Eran unos hombres altos, de nariz perfilada, de piel más bien morena, de gruesas muñecas y de pies muy grandes. Manuel Montilla hacía *rozas*, ya que desforestaba un terreno, sembraba maíz y yuca, la cual cosechaba y luego lo vendía a algún nuevo migrante interesado para que estableciera su hacienda de café. Tuvo cuatro hijos: Carlos, Juana, Eugenia y Petra. José Abel Montilla, por su parte, se casó con una mujer llamada Concia y tuvo 10 hijos: Desiderio, Froilán, Moisés, José de la Cruz, Aquitania, Eduviges, Isidora, Teófila, Silvana y Eladia, estas últimas morochas.

En 1914 el “*Negro*” Adriano Azuaje llegó con una comisión de diez soldados al mando de un coronel, procedente de Niquitao, en busca de un prófugo y se establecieron en la casa de Ramón Valero, otro migrante allí domiciliado. Para su estancia en aquel lugar, beneficiaron una novilla para su *rancho*, se la pagaron al dueño y le regalaron una cabra que llevaban de aprovisionamiento. Fue entonces, cuando “*El negro*”, un personaje singular de elevada estatura, nariz aguileña, pelo liso y tez cobriza, conoció a Petra Montilla, mujer hacendosa y atractiva, una de las hijas de Manuel Montilla. De esa visita patrullera que lo mantuvo por algún tiempo compartiendo con aquellas gentes, surgió un cálido romance y “*El Negro*” Adriano, con el corazón conquistado por la dulzura y simpatía de aquella mujer, le prometió volver

por ella para unirse en sagrado matrimonio. Cumplió su palabra cinco años después, en 1919, cuando volvió por su cuenta a Masparrito y se casó con ella, quien, a pesar del paso de los años, lo estaba esperando, convencida de que su amado regresaría a la querencia. Se establecieron en un sitio llamado *La Laguna* y años después, buscando un mejor lugar para vivir, se mudaron a la cercana Barrancas, que ya para entonces tenía un camino, atravesando por un lugar bautizado como *La Loma*, vadeando el río Masparro en un ancho paso y adentrándose en las selvas y vegas conocidas como del *Toro*.

Allá vivieron el resto de sus vidas y el cafetal de *La Laguna* lo compraron en sociedad Ceferino y Natividad Montilla. “*El negro*” murió en los años sesenta y sus últimos meses de vida, ya leproso, acostumbraba pasar el día conversando con amigos en una pulpería de aquella calle que en Barrancas, después de la última casa, continúa su serpenteante transitar hacia el camino de Masparrito, atravesando, ya para entonces, un rosario de caseríos como Cruz Blanca, Melenero y Los Mangos. Otra Montilla, que vino a Masparrito fue Eloína, madre de Ismael Montilla. Esta mujer se casó con Paz Bastidas y tuvo a Felipe Bastidas. Ismael, como veremos, fue un personaje emblemático de Masparrito.

Ismael se formó en la disciplina del duro trabajo que al agricultor le corresponde realizar con cada día. Llegó a ser un hacendado de prestigio y un comerciante de solvencia. Su pulpería, establecida en Pueblo Nuevo, siempre estaba bien surtida a través de Calderas, con cuyos negocios mantuvo una excelente relación. Aquellos le compraban el café de las cosechas propias y del grano que otros le vendían, en su papel de intermediario y a su vez este les suministraba los víveres, insumos y aparejos que ofrecía en su pulpería. Se desempeñó como Jefe Civil por varios años y su gestión fue muy positiva para la población y bien progresista. Solía movilizarse hasta la capital del Estado a fin de buscar recursos presupuestarios con la Gobernación del Estado para el arreglo de las vías, mejoramiento de la Iglesia y de la Escuela y para la construcción de algunos puentes colgantes para facilitar el paso de las aguas. Contrajo matrimonio con Herlinda Laguna y con ella tuvo a Lina Rosa, Cipriana, Roberto, Euswaldo, Antonio, Modesta, Margarita y Miguel, quien murió muy joven, cuando perdió el equilibrio y cayó de una escalera a la cual subía con un saco de café “en

baba”, recién cosechado, y aun cuando lograron trasladarlo al hospital “Luis Razetti” de Barinas, se le había desprendido el hígado y su gravedad lo condujo a la muerte. Al fallecimiento de Erlinda, se casó de nuevo con la sobrina de aquella, Victoria, hija de Ángel María Rivero, con quien tuvo cuatro hijos más: Arquidia, Elsy, Mery y Matilde. Esta segunda mujer, murió joven, víctima de un aneurisma cerebral. Ismael, como persona respetada y reconocida, jugó un papel de liderazgo moral, a quién acudían sus vecinos y amigos para compartir inquietudes y recibir oportunas opiniones y consejos. En su bodega se solían reunir los vecinos para oír la radio cuando este compró una y a jugar dados y baraja en las primeras horas de la noche. Ya maduro, decidió mudarse a Calderas, donde compró casa y fundó una bodega, en la salida de aquel pueblo hacia Altamira de Cáceres, donde vivió hasta su muerte, después de haber asistido a la despedida del siglo XX. Otra Montilla, Teodolinda, después de ser la madre de Gregoria y Perpetuo, como pareja de Electo Quevedo, se casó con Isidro Arráiz, de cuyo matrimonio nació Consuelo, años antes de que este muriera acuchillado en su propia casa.

Luego de la llegada de los primeros *colonizadores*, Masparrito se fue llenando de gente nueva, atraída por los comentarios que llegaron a oídos de muchos en Niquitao, Las Mesitas, San Lázaro, Bistítes, Tostós, Boconó y sus alrededores, entusiasmados por las buenas tierras, además de baldías, con abundantes aguas y libres para su ocupación. Entre esos primeros viajeros, llegó un muchacho, Leonídas Terán, en 1906. Cuya vida y actividad marcó el devenir de Masparrito, pues se trataba de una persona instruida, que enseñó a leer y escribir a varios muchachos y quién tenía libros de medicina y farmacopea, “*leía las aguas*”, es decir las muestras de orina, observaba los síntomas de los enfermos, el estado general del afectado, pacientemente le oía la relación de los *achaques* que lo aquejaban, los dolores que sentía y sus preocupaciones y angustias. Se formaba un criterio de los posibles *males* y padecimientos del infortunado y con base a su experiencia y conocimientos, recetaba pociones, bebedizos, hierbas, purgantes, desparasitantes y remedios farmacéuticos, que completaba con vitaminas y minerales, todo lo cual se buscaba en Niquitao y Calderas y cuyos efectos a la salud del paciente eran casi siempre beneficiosos.

Gracias a los improvisados estudios, a su autoformación, sabiduría y vocación por la medicina y la salud, este hacendado e improvisado galeno, se convirtió en un abnegado y eficiente *medico sin título* que ayudó a salvar muchas vidas. Fue un consejero sin igual para quienes solicitaban su opinión. Cuando muchos años después algún mal intencionado lo denunció por “ilegal praxis médica” fue citado a Barinas. Sereno y presuroso acudió al llamamiento, con un costal cafetalero en el cual, en vez del aromático fruto, llevaba un quintal de libros sobre medicina y farmacia, que al ser revisados por los facultativos que lo habían convocado y al constatar que no había médico alguno dispuesto a reemplazarlo, para vivir en un lugar tan apartado, lo devolvieron a su pueblo para que continuara con la humanitaria labor sanatoria que venía practicando. Volvió con el reconocimiento “*oficial*” y con el formal título de *practicante*, fortaleciendo la enfermería que se instaló en El Pueblito. Leonidas Terán se estableció en *La Loma*, donde ya se encontraban los Montilla y los Jáuregui, antes de llegar al río Masparro, en lo que fue más adelante el camino hacia Barrancas. Se casó en 1912 cuando tenía 20 años con una mujer de mayor edad, con la cual solo tuvo un hijo: Baltazar Terán y muchos años después, ya mayor, se marchó a Barinas, en uno de cuyos barrios populares murió, el año 1969.

A Masparrito accedieron algunos personajes que no llegaron a tener una familia estructurada ni un hogar propio donde establecerse. Personas que se integraban con algún hogar ya consolidado y actuaban como sirvientes, ayudantes, nanas o allegados que recibían la cama, la comida y la ropa que la dueña de casa o el marido les regalaba. Hacían los oficios más duros, buscaban leña para los fogones, cortaban pasto para las *bestias*, pelaban y lavaban el maíz para las arepas, tostaban y molían el café, cuidaban niños y los ayudaban a criar, hacían mandados, llevaban encomiendas a los pueblos y caseríos vecinos, servían de compañía y eran tratados como parte de la casa. Entre ellos cabe recordar al “*Maestro*” Delio, a “*Mano Chico*”, a *Urpiano*, *Ambrosio* y *María Esther*.

Los nuevos pobladores que fueron ocupando laderas y faldas de montaña, regados por lomas y hondonadas, arribaron casados y con hijos los unos y otros como hombres solos aventados por las circunstancias del destino. A veces hermanos, primos, sobrinos y tíos. Todos buscando una nueva vida. Trujillanos de los pueblos de páramos

y zonas templadas a donde no llegó la población esclava de la colonia, pero si blancos de origen español, mestizos y criollos con una dosis variada de la sangre indígena de las cuicas, que habitaron por esos páramos antes de la llegada de los conquistadores y que ya, entrado el siglo veinte, conformaba el fenotipo característico de la población andina venezolana. Creían en los valores y principios asociados a la necesidad de ganarse la vida con el sudor de la frente, en reconocer la importancia de lo poco que se puede acumular en una pequeña propiedad rural, levantarse cada día muy temprano con la disposición de agregarle al día una larga jornada de trabajo para asegurar el techo donde se vive, el plato que se lleva a la mesa, los enseres básicos que equipan una vivienda rústica y los animales domésticos que complementan el ambiente familiar. Gente católica, de rezar el rosario después de la cena a la luz de una vela o lámpara de kerosén y recogerse temprano para madrugar al día siguiente. Por la falta de cura que los motive a participar en los ritos sagrados, se fueron olvidando de los actos religiosos. Celebraban los días de fiesta como una oportunidad para hacer un hito en la rutina del trabajo cotidiano y para encomendarse a San Isidro, a San Juan, a San Pedro y San Pablo, a la Virgen del Carmen, a San Rafael Arcángel, San Bernabé o al de su mayor devoción. La Semana Santa empezó a ser vista como unos días para el buen comer, los juegos caseros y el descanso. Las navidades como el prelude del verano, la liquidación de la cosecha, hacer el pesebre, tomar mixtela y comer hallacas en la noche buena y las paraduras del niño en el mes de enero. Siempre dispuestos a celebrar los nacimientos, asistir a los velorios, rezos y novenarios, a jugar gallos, bolos, dados o barajas y echarse un trago de aguardiente con los amigos. Gente acostumbrada a ser veraz, a sostener la palabra empeñada y a defender lo suyo con entereza en medio de una vida austera y disciplinada por la necesidad de sobrevivir. A falta de cura y prefectura, los matrimonios en los primeros tiempos eran informales. El pretendiente “*se sacaba*” a la novia y con ella se ponía a vivir en una pareja comprometida por el amor, el trabajo y la cría de numerosos hijos. Sin quizás haberlo leído, practicaban aquella frase del Quijote “*Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida*”.

## “BALBINO MOTA” Y EL CAMINO A BARRANCAS

Entre los recién llegados, también se contó Ceferino Montilla, sobrino del General José Rafael Montilla, a quien apodaban “*El Tigre de Guaitó*”. Oriundo de San Miguel, un lugar cercano a Boconó. Ceferino venía huyendo de sus enemigos. Llegó en 1.908 y se puso el nombre de “*Balbino Mota*”. Ya para entonces, el General Montilla, quien defendía las banderas de la llamada “*Revolución Libertadora*”, había muerto en combate y circulaba en Trujillo un corrido que en una de sus estrofas decía: “*el veintiuno de noviembre de 1907, murió el General Montilla asesinado a Machete, de manos de un triste peón*”. En efecto un soldado anodino le dio un machetazo por la espalda y, sin embargo, aquel tuvo el valor de voltear y asestarle un certero disparo que lo hizo caer muerto a sus pies.

A Ceferino o “*Balbino*”, le vendieron unas tierras, para las cuales trajo un ganado que no pudo mantener allí por falta de pastos, potreros y condiciones, por lo cual decidió bajarlo hacia el llano. En un supremo esfuerzo, acicateado por el interés de salvar su rebaño, consiguió apoyo en otros labriegos y se fue abriendo picas por entre la espesa vegetación y arreando estos animales hacia el rumbo de Barrancas. De esta forma se hizo una trocha por la Loma, bajando por ella hasta las riberas del río Masparro y al atravesar el ya caudaloso río, por un vado que se hizo paso obligado con el tiempo, se adentraron en la selva espesa que circundaba el torrentoso cuerpo de agua, y se extendía como bosque cerrado hasta encontrar las primeras sabanas que anunciaban las cercanías de aquel pueblo llanero, donde dejaron pastando el ganado en las sabanas aledañas a la Barrancas de entonces. Un viejo pueblo que para la época tenía más el aspecto de una aldea, con casas de bahareque y techos de palma. En medio de aquella selva espesa se le extravió un toro, que obligó a los arrieros a internarse en los montes y a recorrer los cuerpos de agua hasta encontrarlo. Con el pasar del tiempo, aquella desesperada búsqueda se convirtió en cuento de camino y el lugar se fue llamando el sitio donde se perdió el toro y simplemente como el “*El Toro*”. Les faltó una vaca que, quizás presintiendo el clima cálido y el sol abrazador del llano,

se devolvió por la trocha al caserío de origen. El dueño a su regreso buscó el animal por todas partes y al final lo encontró con nuevo dueño. Valoraron la vaca en 12 pesos (48 bolívares) y como el supuesto *amo* de la misma no aceptó pagarla, ni tampoco entregarla, pues argumentaba que la había encontrado perdida en la montaña, el caso fue denunciado en Niquitao. Vino una comisión por el camino del páramo y obligó al *vaca-teniente* a cancelarle los doce pesos.

Este acontecimiento, casual y tal vez espontáneo, sirvió de motivación para abrir por aquella senda, una nueva ruta hacia Barrancas, que con el tiempo y el transitar de los viajeros, se convirtió en camino real y fue entonces que Masparrito logró establecer, como hasta hoy, sus tres vías de comunicación: la inicial con Niquitao, luego con Barrancas y más tarde, también con Calderas, cuya mayor cercanía facilitó una intensa vinculación con esta ciudad.

El movimiento migratorio fue propiciando que más personas se animaran a migrar al nuevo lugar como una *tierra prometida*. Así llegó Serafín Paredes y Filadelfo Boscán, proveniente de Tostós, cerca de la vega del río Boconó, junto con Juan Quintero. Con ellos se animó a acompañarlos Transfiguración Uzcátegui, a quién llamaban “*Chon*” y su hermano Valentín. Sembraron café, guamos y bucares como sombra permanente y cultivaron caña de azúcar, maíz, caraotas, cambures *titiaros* y *dominicos*, guajes *bucarí* y otros productos que se daban muy bien en esas tierras. Ese mismo año llegaron los hermanos Azuaje: Teresio Azuaje y sus hijos; así como Miguel Araujo y Miguel Baptista.

El camino de Masparrito a Barrancas se fue consolidando lentamente. Era el más largo. No había que pasar el páramo; pero en compensación era necesario atravesar el río Masparro, ya engrandecido por un vado ancho y caudaloso y entrar a un tupido bosque tropical en una larga travesía plana, por el lugar bautizado como “*El Toro*”, cubriéndose el trayecto generalmente en dos jornadas bien completas.

Desde Masparrito, se abordaba esta vía, bajando desde la salida de *Pueblo Nuevo*, antes del molino, se doblaba a la derecha por un camino pedregoso e inclinado, entre cafetales hasta llegar a la última casa, en *La Vega*, la de José Abel Montilla y la Señora Concia con su numerosa descendencia, quienes vivían ya cerca de río Azul,

quebrada grande devenida en río que baja de la montaña para derramar sus aguas como afluente tributario del Masparro. En el período de lluvia suele aumentar su caudal notoriamente y cuando estas son fuertes y tormentosas tiene unas crecidas inundables, formando lagunas. Una de ellas se fue consolidando como *La Barrialosa*. Al pasar, se empieza a transitar por una zona húmeda llena de diminutas piedras de pizarra, que en forma de arenisca cubre de negro una vía inestable con frecuentes y pequeños montículos que hacen más zigzagueante e irregular el camino, hasta empezar a subir la cuesta de *La Loma*, cuya cresta se alcanza y por ella se van encontrando las casas de los tradicionales pobladores de este caserío. Desde aquí se empieza a bajar directo hasta el lecho del ya caudaloso río y para atravesarlo, las personas de a pie suelen quitarse las ropas, sin rubor alguno, para no mojarlas, pues suele llegarles hasta la cintura y a las mulas de carga se acostumbraba *soguearlas* para evitar que con su cargamento pierdan el equilibrio o fueran arrastradas río abajo. Es así como se le amarra del cuello una larga soga de cuero, con la cual un acompañante del arriero pasa primero arrastrando la punta de aquella y cuando la acémila entra al agua este la va sosteniendo con la cuerda tensa que le sirve de apoyo e impulso.

En ese lugar y al pasar los animales, se aprovecha también para refrescarse, tomarse un breve descanso y consumir algún bastimento. Ya después del mediodía, se emprende por unas horas más la travesía por entre la frondosa y cerrada vegetación tropical centenaria y cerca del anochecer se trata de encontrar algún rancho de esos que han hecho los cazadores de ocasión, para organizar el campamento, descargar y desaperear las *bestias*, recoger abundantes troncos para encender sendas fogatas que además de servir para calentar la cena y acompañar las conversaciones de las primeras horas de la noche, permanecen encendidas hasta el amanecer a fin de espantar los abundantes pumas, cunagueros y otros felinos tan frecuentes entre la espesura de una selva donde abundaban las dantas, báquiros, lapas, cachicamos enormes, venados, monos en manadas que solían asustar con sus escandaloso gritos y una variada avifauna. Solía ocurrir, que cuando se sacrificaba uno de estos animales de cacería y se dejaban las vísceras y demás desperdicios en los alrededores, al amanecer habían desaparecido, consumidos por alguno de estos felinos. Todo lo cual al

día de hoy ha cambiado por completo, pues el frondoso bosque ha sido desforestado y en su reemplazo pastos y cultivos ofrecen un paisaje visible hasta el horizonte.

Ya avanzando en la travesía, se pasa el caño *El pescado*, se llega a *Los Morritos*, y a partir de allí, la senda se despeja y empieza un paisaje combinado de sabanas y pequeños bosques, para acceder al primer caserío llamado *Los Mangos*, seguido de *Melenero*, *La Espinocera* y *Cruz Blanca*, para entrar a Barrancas por una larga calle, generalmente poblada por familias masparriteñas que se han ido asentando en ella, tal vez para sentirse más cerca de su terruño natal y recibir o despedir a sus paisanos cada vez que viajan en un ir y venir.

Con Barrancas se inició una relación lenta por la distancia y la separación por los espesos bosques llenos de fieras y el caudaloso río, sin embargo, se fue consolidando con el paso del tiempo. Relata Tosta (1977) que Barrancas se fue formando por personas provenientes de las ciudades de Barinas y Guanare en las primeras décadas del siglo XVIII. Según documentos de 1729, “*el Doctor Bartolomé Gallardo de Ochogavía, comisario del Santo Oficio, vicario eclesiástico y juez, designó al clérigo don Pedro del Pumar teniente ecónomo del pueblo de obispos, ... con facultades territoriales desde el sitio de Nuestra Señora del Real hasta el sitio de Santiago y Barrancas*” Ya para esa fecha es reconocido este lugar asociado con la quebrada del mismo nombre que por allí discurre y donde, aguas arriba del camino real, había unas peñas de tierra amarilla que dejaban caer con cierta frecuencia grandes terrones y pedruscos. En 1738 había pobladores en este lugar, pues se relata que, según declaraciones de testigos, los alcaldes ordinarios de la ciudad de Barinas “*quemaron las casas y derribaron otras en los sitios de Barrancas, Caipe, Tigre y Yuca para obligar a sus moradores a volver a la ciudad de Barinas*”; sin embargo, debido a tal violencia, más de 40 familias con 150 personas decidieron migrar hacia Guanare y tales espacios quedaron despoblados. En 1772 el obispo Martí, creó el curato de Barrancas. Fue población obligada por donde pasó Bolívar en sus marchas hacia el centro en todas sus campañas. Era un punto de referencia en el camino real hacia Guanare y el centro del país. Para 1830 Barrancas era una de las catorce parroquias del cantón de Obispos. Se dice que allí acampó El Libertador y amarró su caballo de un añoso árbol que aún permanece en la plaza que lleva su nombre. Afirma Tosta que para 1850 concurrían a la escuela 17 alumnos y el

maestro tenía un sueldo de 200 pesos al año. Para el censo de 1873, ya Barrancas *“tenía 104 casas, en las cuales vivían 489 habitantes”*, pero casi llegó a extinguirse. Para 1876, apenas había *“doce o trece casas o ranchos y ofrecía un aspecto desolador”* debido a las guerras. Se recuperó lentamente y ya para 1891, la aldea contaba con 81 casas y 561 habitantes. Se menciona como aldea del Distrito Obispos en la Ley Territorial de 1926 con 81 casas 370 habitantes y en Ley Territorial de la Asamblea Legislativa del Estado Barinas, del año 1955, cuando se creó el municipio Cruz Paredes capital Barrancas, en su artículo 18 estableció que *“el Distrito Obispos, cuya capital es la ciudad del mismo nombre, se compone de los municipios Cruz Paredes, El Real, La Luz, Sabaneta, la aldea de Veguitas y el caserío Masparrito”* con una población que para 1.950 era de 3.169 habitantes y de 4.489 para 1971. Así pues, cabe afirmar que Masparrito fue reconocido legalmente con la categoría de caserío adscrito al municipio Cruz Paredes del Distrito Obispos en la mencionada Ley y estaba bajo su jurisdicción desde la Ley anterior de 1926; con la cual ya existía esta vinculación, pues mi partida de Nacimiento, que es de 1943, está asentada en esta población con copias en el Distrito Obispos y en el registro principal del Estado Barinas.

## LA FAMILIA

Por el año 1910, dos años antes de la llegada por primera vez a Masparrito de Eugenio Terán, se incorporó a esas tierras procedente de Bistites, Abigail Quevedo Berríos. Venía por su cuenta, con sus cuatro hijos: una mujer, madre soltera, quién vendió sus fincas heredadas en Bistites y el Canjilón, a Don Pepe Ferraro, de Niquitao, para irse también a Masparrito en busca de mejores tierras, con sus hijos, Neptalí, Electo, Ezequiel y Virginia, todos del mismo lugar, hijos naturales de Guillermo Bastidas, a quien conoceremos más adelante. Bistites era una pequeña aldea más acá de Niquitao, con fieles muy devotos a San Benito, cuyas fiestas patronales se solían celebrar con especial ceremonia para pagar promesas y hacerle gaitas al santo milagroso. Allí se cantaba un estribillo, que recuerdo de cuando muy niño, asistí con mi padre a una de ellas, en la capilla de este santo milagroso, donde la gente se colocaba alrededor de los oficiantes, que con el santo en andas, bailaban al son de la música: *“San Benito chocho, chocho vale sé, agua pa’ los gallos que se arden de sed”*; y con tal exclamación y algunas genuflexiones, venía un trago de *“miche”* claro y un buche del mismo licor sobre la cara de los asistentes.

Aquella tarde, la columna andante de caballos, mulas y vacas, con la figura de una mujer con una niña en el pico de la silla y un muchacho en las ancas; otros dos más atrás, en una yegua, arriando los vacunos, y halando amadrinadas las mulas de carga, empezó a subir la última cuesta para llegar a su destino. Llevaban la mudanza bajo las lonas, bien aseguradas sobre la enjalma, con sogas de cuero como se cargaba por los caminos de los andes de entonces, para trasportar de un pueblo a otro, los *corotos*, objetos y productos del campo. Ya cerca del anochecer los vieron pasar con curiosidad y cierta alegría, en una tarde de verano, por las primeras casas del camino, hasta llegar a donde su hermano Rafael Quevedo, quién ya vivía por aquellos rumbos, en un ranchón con techo de hojas de caña y conopia, horcones de guayacán, un gran espacio abierto y un solo cuarto con paredes de bahareque en una esquina. Las dos vacas, la Mariposa y la Morocota, que eran de pintas blancas y negras la una y manchas amarillas la otra, dos animales de silla, caballo y yegua, para sacarles cría y

las mulas de carga, que las había comprado con parte de los fondos que le dejaron las fincas vendidas. El resto del dinero, guardado en las alforjas, lo destinaría a la adquisición de tierras ya cultivadas en su nuevo destino.

Primero vivieron más allá de una quebrada caudalosa y cantarina, cuyo caudal, de aguas cristalinas, transcurre en medio de grandes piedras y rocas, redondeadas por el paso de los tiempos, con chorreras que precipitan su cauce para formar pozos y en su caída, peligrosos remolinos espumosos y burbujeantes, que invitan a los viandantes a hacer un alto en el camino, para echarse un refrescante chapuzón. Su cercanía a la primera casa de Abigail sirvió para que la empezaran a llamar “*La Quebrada de los Quevedo*”. Aun se conoce como tal, en un lugar que después se bautizó como “*La Loma del Camposanto*”, pues en ella se estableció el cementerio, cuando los primeros colonos fueron llamados a las puertas de “*los hijos de Dios*”. Precedido por una piedra de regular tamaño y un tanto plana, que era utilizada para *descansar al muerto*, cuando los portadores, ya sudorosos y agotados por la travesía, se daban un alivio de la pesada carga, antes de cumplir la obligada tarea de bajarlo a su sepultura y enterrarlo. Esta casa la vendió poco después de haberla edificado, porque el lugar no le agradó para vivir tan cerca de las ánimas del purgatorio y tan lejos de los demás vecinos. Más adelante, a corta distancia de lo que hoy es *Pueblo Nuevo*, compró unas tierras a Juan Quintero en el sitio llamado de *El Arbolón* donde estableció su nueva hacienda de café e hizo una mejor vivienda.

Abigail era de mediana estatura, de rasgos fuertes, pero de un rostro agradable, con cierto parecido a la que años después, fuera su nieta, Sofía, la hija de Virginia Quevedo y de Eugenio Terán. Ya establecida, Abigail en aquel remoto lugar, la visitaron sus hermanos Casto y Ramón, para repartir con ella la otra parte de la herencia, de la finca grande en la *Loma de San José*, frente a Tostós, la cual se dividió a partes iguales entre los hermanos.

En Masparrito, ya como propietaria y ama de casa, rota la relación sentimental con nuestro abuelo, Guillermo Bastidas, le nacieron tres hijos más: Ignacio, Israel y Rafaela, los menores, quienes formaron parte de la primera generación de

Masparriteños. Ignacio murió de paludismo, enfermedad endémica para la época, responsable no solo de muchos fallecimientos en los campos, sino también de la condición humana, cansina, debilitada y macilenta de los afectados, cuyos glóbulos rojos sirven de alimento a flagelados tan peligrosos para la salud como son los plasmodios “*falciparum, vivax, malariae y ovale*”, que compiten en apetito por los componentes sanguíneos y dejan al paciente anémico, raquítico y barrigón por la inflamación del hígado, con fiebres recurrentes y fuertes dolores de cabeza, si es que no lo convierte en un cadáver.

Aquella fue una familia matriarcal, con una mujer acostumbrada a ser independiente, a tomar sus propias decisiones, a trabajar para ganarse la vida, a mantener a su familia por su cuenta y con un cierto grado de instrucción, ya que su padre, un hacendado de *la Loma de San José*, frente al pueblo de Tostós, la envió a estudiar a Boconó donde completó la educación primaria y dos grados de secundaria, en un colegio de aquella ciudad, que para la época, era una alta formación escolar y más aún en una mujer. Su nivel y su personalidad le ganaron el aprecio y el respeto de todos.

Eugenio Terán era hijo de Andrea Terán, una mujer joven cuyos hermanos, Lourdes y Leonidas vivían con ella en medio de los páramos andinos trujillanos. Leonidas, un joven de espíritu aventurero, decidió buscar un nuevo rumbo para su vida y se incorporó a la migración hacia las nuevas tierras recién exploradas y descubiertas. Para entonces, su hermana Andrea tenía a su hijo Eugenio, un muchacho blanco, sano y robusto que era el fruto procreado en un amor extramatrimonial, con Rufino Quintero, el jefe de una distinguida familia de aquellos recónditos páramos, de quién uno de sus nietos, ingeniero forestal, profesor de la Universidad de Los Andes, famoso novelista y escritor de fina pluma, Quintero (2020) destaca en una leyenda llena de nostalgia, de amor filial y de recuerdos. Hombre de fama bien ganada en aquellos contornos. Ya con cuatro hijos varones en una familia bien estructurada, en el año de 1899, “*se había sumado en compañía de su suegro, el general José María Ribas, a la campaña de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, que invadieron el país desde la frontera con Colombia y que en una exitosa campaña se*

*apoderaron del gobierno central*". Cuenta Ennodio Quintero en su relato, que Rufino, en la batalla de Tocuyito recibió una herida de bala en el hombro que no tuvo consecuencias fatales y ya con el grado de coronel, junto a su general y suegro, en vez de establecerse en Caracas y beneficiarse de su condición de oficiales superiores de un ejército triunfante, fueron enviados a la ciudad de Mérida en la condición de Primer y Segundo Jefes del Cuartel *Rivas Dávila*, regresando en 1900 a su viejo terruño y al "*caserón familiar*" donde nueve meses después, su esposa Angustias dio a luz una hermosa niña que bautizaron con el singular y evocador nombre de Delibana, quien falleció a consecuencia de la gripe española el año 18 del siglo pasado en plena y virginal juventud. Este perfil del progenitor de Eugenio Terán, seguramente se verá reflejado en la herencia de un carácter y una personalidad recia y persistente en aquel muchacho que, con el paso de los años y dos generaciones, acercará a tres familias en una parentela común.

Eugenio Terán, quien llegó a ser un personaje significativo de Masparrito, había nacido en 1905. Siendo un muchacho, de siete años, lo llevó hasta esos campos un hombre llamado Francisco Ribas, a quien apodaban "*Taita Chico*", quien traía una pollita que llamaba "*la fundadora*" y venía acompañado por una mujer, quien se impresionó con la presencia de animales salvajes, entre ellos los monos, tan abundantes y escandalosos al columpiarse entre las ramas de aquellas selvas, tan vírgenes como pobladas de árboles centenarios, cuyos animales le inspiraban mucho temor. Con "*Taita Chico*" vivió aquel muchacho, hasta que Leonidas Terán, su tío, a dos meses de casado, lo fue a buscar a un sitio llamado *La Cañada*, de donde vino caminando con apenas 7 años de edad.

La tía de aquel niño, se alegró mucho al verlo llegar. Su primer gesto de cariño hacia el infante, fue darle de comer y para ambientarlo, lo llevó con ella a buscar agua a una naciente, con dos *taparos*, que eran los recipientes naturales para acarrear el preciado líquido en aquellos lugares, donde los cántaros eran muy escasos y las pocas damajuanas o como allí les dicen, "*lamesanas*" o *pimpinas* de vidrio solo se usaban para conservar el aguardiente también conocido como *miche*, de local destilación. Fue en esa primera salida al campo que conoció las culebras, cuya abundante presencia las hacía visibles por todas partes. Este sentimiento de miedo a los ofidios, muy natural y

justificado por el peligro mortal que representan en aquellos recónditos parajes, sin antídoto alguno para curarse de una muerte lenta y casi siempre segura, se convirtió en una sensación permanente de terror a tales alimañas, por lo cual se armó con un garrote, convertido en su permanente compañero de camino.

Fue para entonces que Eugenio Terán, conoció a Abigail Quevedo, cuando su tío Leonidas lo mandó a buscar un queso a la casa de aquella señora y pudo observar a una mujer resuelta, al perro negro que la acompañaba y seguía a todas partes, a la mata de tártago que estaba en el patio, a las dos vacas lecheras recién ordeñadas, con sus becerros amamantándose, con la escasa leche que les quedaba después del ordeño y a unos muchachos más bien catires y de aspecto andino que la ayudaban en sus quehaceres, todo lo cual despertó su curiosidad infantil. A cierta distancia de la casa, pudo ver un árbol gigantesco, cuyas copas sobresalían muy por encima de la demás vegetación. Se podía ver desde lejos y era un punto de referencia para ubicar a Abigail, en *la casa del arbolón*, que, en un día de tormenta, tiempo después, quedó fulminado por un rayo y se secó. Aquel árbol tan enorme, en medio de una ventisca tan común en aquellos lugares, cuando cayó, hizo un estruendo gigantesco que se sintió en toda la comarca y su tamaño era tan grande, que las raíces abrieron zanjas a más cincuenta metros a la redonda y el tronco tan grueso que tenía más de cuatro metros de diámetro. Tan grueso que no podían abrazarlo cuatro hombres con sus brazos abiertos.

El temor a los ofidios de ese niño se volvió tan enfermizo que al cabo de un año lo regresaron a Las Mesitas. En su casa del pueblecito andino, cuesta arriba de Niquitao, se ocupaba de buscar la leña para alimentar los fogones de la cocina, de traer agua de la fuente más cercana y se alimentaba principalmente de leche, queso, cuajadas, papas, guisados de arvejas o de habas, mojos de huevos y arepas de maíz carriaco, condumio que constituía la dieta más común en esos parajes de campos alomados y pequeños pueblos andinos.

Poco después de haber arribado Eladio Terán a Masparrito, con Eugenio aun muchacho, llegó también Joaquín Terán con sus hijos, Julio y Eladio Terán. Estos le compraron a Abigail la parte de la finca del lado de arriba del camino, donde se establecieron y ella se mudó para el de abajo, más cerca del arbolón, que aún existía.

En el patio, había una mata de tártago cuyas hojas se usaban para envolver los quesos y amarrarlos con cascarones. Allá, en las tierras vendidas, aquellos sembraron una plantación de cambures, café, caña de azúcar y una variedad de guajes llamados “*Bucari*”, además del café ya existente.

Fue siete años después de su primer viaje, ya con catorce años de edad, que Eugenio Terán, cuando su primo, Eladio Terán hijo de Aquilino Terán, tuvo problemas con el General Baptista, lo trajo de nuevo con él a Masparrito. Ya sin miedo a las serpientes venenosas, a las cuales mataba con un garrote de mora, parecido al anterior compañero, que el mismo había arreglado para cuidarse de tan peligrosos y abundantes ofidios, que siempre constituían un riesgo para la vida de aquellos pobladores. Estas alimañas eran de presencia obligada entre los montes, cafetales, camburales y por los pasos acostumbrados de la gente, dada la vegetación exuberante y la humedad que facilitaba la proliferación de tales criaturas. Muchos murieron por la ponzoña de estos reptiles. Allí son conocidas por nombres castizos como *mapanares*, *macaureles*, *cuatro narices*, *rabos fritos*, *terciopelos*, *corales*, *cascabeles*, *loras* y otras denominaciones populares Eugenio volvió a *La Loma* y a la casa de su tío padrino Leonídas Terán, quien se había vuelto a casar. Su primera esposa murió al cabo de unos años y contrajo de nuevo matrimonio con la viuda de un hombre llamado Jesús Antonio, Rosalía, con quién ya no tuvo más hijos.

En la casa de Leonídas, vivió Eugenio hasta los 24 años. Por esos tiempos, le fue naciendo su vocación de comerciante. Empezó con un bolívar que le había regalado su tío. Con esta noble moneda, de gran poder adquisitivo para entonces, logró comprar unos platillos de barro a razón de cinco por medio real, los cuales vendió a medio cada uno. Luego le encargaron cántaros para el agua, jarros y cucharas, las cuales vendía a locha y los jarrones de beber café a medio, hasta que logró hacer su primera gran operación mercantil a crédito, es decir *fiado*, que siempre suele ser el mejor negocio de todo buen comerciante. Así logró comprar una vaca de ordeño a un hombre de apellido Rondón que vivía en *El Resbalón* por siete pesos, 28 bolívares de entonces. *Pesó* la vaca, que es como decir, la mató, benefició y vendió la carne a medio la libra, con lo cual pagó la deuda y empezó a acumular ganancias, que ya le permitían salir con el

caballo y la mula de su tío padrino para cargar la carne y distribuir la venta de una novilla que fue el siguiente negocio en el inicio de su vocación mercantil.

Con tan variadas experiencias de pequeña escala, nació el comerciante masparriteño que a lo largo de su vida combinó el cultivo del café con el comercio minorista. Ya cuando tenía 20 años, se asoció con Electo Quevedo, uno de los hijos de Abigail. Aquel tenía una casa en el sitio de *Pueblo Nuevo*, un conjunto de viviendas que hacían antesala al caserío principal. Con cien bolívares que puso cada uno, establecieron allí la segunda pulpería de Masparrito, puesto que la primera ya la había fundado Desiderio Montilla. Un símbolo del progreso de aquel asentamiento, pues en ellas se conseguían los víveres y alimentos enlatados como las sardinas y el tasajo, así como el pescado salado, la manteca de cochino, fósforos, kerosene, velas de esperma, algunos remedios, jarabes, bebidas, panela, alpargatas y otros enseres y también se compraba el café y otros granos que revendían, junto con el propio, en Niquitao o en Boconó, para regresar con las mulas cargadas de provisiones. Cuando los flamantes socios tenían que salir, la pulpería era atendida por Teodolinda Montilla, una mujer blanca, joven y bella, madre de la segunda camada de hijos de Electo Quevedo, como lo fueron Perpetuo y Gregoria.

Eugenio se enamoró de Virginia Quevedo, la hermana de Electo. Una mujer blanca, delgada, de regular tamaño, cabello castaño y de porte elegante. Cuando este le pidió matrimonio ella le contestó: *“Usted se debe casar, pero con otra”*. Después de un tiempo y de su insistencia, ella le respondió: *“Si yo me llego a casar aquí, me caso con Usted”*. Con el correr de los meses y de sus constantes requerimientos y frecuentes halagos, le dio el sí y se lo comunicaron a Electo y a los otros hermanos, quienes se alegraron por aquel matrimonio entre amigos, que echó las bases de una permanente unión familiar. Cuando se casaron, ya tenían la pulpería y una casa bien hecha, con techo de Zinc y detrás de la misma un solar de café que era de Virginia. Corría el año 1.935. Después de casado compró parte de la hacienda de Abigail, el lote que quedaba del lado de abajo del camino real para Niquitao, en donde cosechaban 20 quintales de café al año. El café se vendía a 12 pesos, 48 bolívares, la carga de dos sacos o quintales, que hacían los 46 kilogramos cada uno, cerca de 100 libras.

Para entonces la gente no aceptaba billetes sino bolívares de plata, fuertes o morocotas. Eugenio le perdió el miedo a los billetes cuando le dieron en Boconó uno de cien y otro de cincuenta como parte de la venta del café. Con ellos compró cajas de sardinas en lata y pescado salado para llevar a Masparrito, ya que, para entonces, el pescado seco era un alimento de lujo y se vendía a bolívar la libra, que era un muy buen precio. En esa época no había neveras y menos aún en aquellos parajes donde apenas se podían transportar en mula alimentos secos y otros enseres menores. Eugenio, quien se convirtió en mi padrino, era un hombre sereno y de aspecto tranquilo, de tez blanca, cabello negro y liso, nariz regular, estatura mediana, más bien corpulento, con una posición económica estable como pequeño hacendado del café y comerciante. Tenía su arreo de mulas y una grande que hacía el papel de *mula de silla*, montado en la cual emprendía sus viajes a Niquitao, a Calderas y más tarde a Barrancas.

Este caballero cargaba en la cintura la *faja* típica del hombre de bien de aquel entonces. Con cartuchera para las balas, la funda para el revólver, que nunca utilizó, la cartera para las monedas de entonces, al principio las morocotas y las de plata, fuertes de cinco bolívares, pesetas de a dos, bolívares, reales y medios, todas acuñadas en plata y tal cual locha de níquel, ocho de las cuales hacían un bolívar, de doce céntimos y medio cada una. La faja, que estaba hecha de un cuero suave, bien curtido y trabajado, solía ser de un color castaño claro con costuras amarillas, con un cierre que permitía a su interior guardar billetes y otros valores y se ajustaba al cuerpo con una hebilla. En la cabeza, un sombrero "*Borsalino*", unas botas de cuero o unas alpargatas, según el caso, y con las espuelas, hacían del personaje, un hombre distinguido. A su despedida, para el regreso, los muchachos como yo, su ahijado, estábamos pendientes de *pedir la bendición* y esperar que nos diera a los grandes un *fuerte*, que para nosotros era un gran capital y a los más pequeños una *peseta*, ambos de plata que alcanzaban para comprar muchas cosas. Una *locha* de caramelos era cinco.

Con mi madrina tía Virginia tuvo seis hijos: Carmen, la mayor quien murió en plena adolescencia, Sofía, quien tenía un rostro parecido al de mi abuela Abigail y fue

maestra, con sus hijos Carlos Enrique, Rafael y Marisofi. Aquel es Ingeniero Geofísico, profesor en la Universidad Simón Bolívar, hizo su doctorado en Inglaterra y hoy día vive y trabaja en Canadá como consecuencia de la obligada diáspora nacional. Mi primo y tocayo es Ingeniero del Ambiente y los Recursos Naturales, graduado en la UNELLEZ, donde fue profesor y Vicerrector de Producción Agrícola en Guanare y en Barinas se desempeñó como director del Ministerio del Ambiente. Marisofi es licenciada, formando parte del personal de la Unellez. Amparo, quien tuvo tres hijas, Marta, Jovita y Virginia, vive en Barinas y cuyas vivencias en aquella aldea me han permitido conocer muchas anécdotas y la culinaria característica de este poblado. Abigail, quien al morir su madre el 5 de mayo de 1951, de apenas ocho años, la llevó su padre a vivir con nosotros, tanto en Niquitao, como Barrancas y Barinas y allí creció como una hermana, estudio como normalista en Mérida y ha sido una gran Maestra de Escuela, casada con Antonio Quintero, un ganadero y padre de los morochos Antonieta y Antonio, y de Manuel el hijo menor, ambos ganaderos y ella licenciada en contabilidad y funcionaria de carrera en el Ministerio de Educación. Luego venían los hijos menores, Ramón, quien devino en enfermero del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, cuyo interés y motivación por la vida de aquel pueblo me han animado a escribir estos hechos y Román quien se graduó de Perito Agropecuario y se convirtió en Ejecutivo del Banco Provincial en Acarigua y mediano productor de arroz. Por cierto, fue Román ya como funcionario del Departamento Agropecuario de aquel Banco, quién me introdujo ante sus ejecutivos para hipotecar mi casa de Barinas y otros bienes, ya como exrector y obtener una línea de crédito con la cual pude comprar unos rastrojos en Santa Elena de la Caramuca, más allá de Quebrada Seca, y convertirme poco a poco, en flamante ganadero. Román, después de vender su propia parcela arrocera en la zona de Turén, se devino en técnico de campo en la Dirección Agropecuaria del Municipio Araure, donde se jubiló.

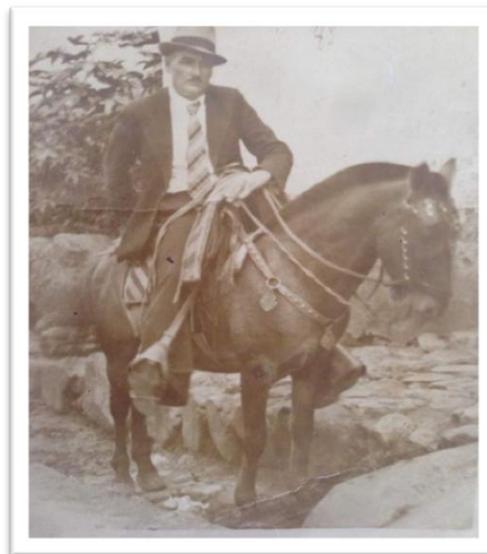


Foto de la izquierda, Eugenio Terán, a la derecha, cuando su sobrino político, Perpetuo Montilla, al centro, ya entrados los sesenta, lo llevó a visitar Caracas y pasaron a conocer el Arco de Triunfo de Carabobo. A la derecha, Electo Quevedo, un hombre de a caballo, revólver al cinto, comerciante y jugador de gallos. 1947. Fotos archivo familiar.

Algunos años después de la muerte de su esposa, Eugenio casó de nuevo con Susana Rivero, quien ya era madre de Martín, Escolástica y Hermógenes, y tuvo con ella a Heliberta y Nicolasa, con lo cual le creció la familia sin tanto esfuerzo personal. La primera, es madre de Eliecer Roa Terán, un Ingeniero graduado en la Universidad Nacional del Táchira; de un oficial de la FANB, Ronal Roa Terán y de Lorena Roa Terán, una Ingeniera con postgrado en la Universidad de Guadalajara, en México, a quién “La Diáspora” la obligó a quedarse en el país de los charros. Nicolasa, establecida en Acarigua también se casó y allí tiene su familia. Ya mayor, Eugenio se vino a Barinas a vivir con sus hijas. Murió a la edad de 99 años, el 11 de septiembre del 2004.

Abigail Quevedo murió muy joven y *de repente*, como solía decirse entonces. En una tarde del año 1920, cuando estaba en el patio, sacando un aceite de tártago, de improviso dio dos vueltas y cayó al suelo, había perdido el conocimiento, sintió un gran dolor de cabeza y al día siguiente murió en su propia cama. Es probable entonces que haya sufrido lo que hoy se conoce como accidente cerebro vascular, un derrame cerebral. Apenas estaba sobre los cuarenta.

A su muerte, sus hijos menores quedaron pequeños. Rafaela tenía seis años e Israel tres. Los mayores iban de los 14 a los 21. Entraron en un mundo de responsabilidades tal vez prematuro. El primogénito, Neptalí, ya mayor de edad, al parecer no fue capaz de asumir la nueva situación con la madre ausente y el compromiso que ameritaba tan dramático escenario familiar, para encargarse de la hacienda y de sus hermanos. Al poco tiempo de muerta su progenitora, salió de viaje sin decir para donde y regresó a los dos años, por unas pocas semanas, cuando de nuevo partió de Masparrito para siempre. Su destino fue un enigma hasta principios de los setenta, cuando enfermo regresó para morir en Barinas. Fue entonces cuando se supo que había salido hacia Valera, ciudad emblemática para los pueblos rurales por la fama que tenía su comercio, su agricultura, sus famosas piñas, dulces como la miel y de la cual se cantaba un estribillo que en uno de sus versos decía: *“Compañeros vamos a Valera, compañeros tomemos un trago, en Valera se compran cigarros, con billetes de siete centavos”*. De allí derivó hacia el Zulia, en las primeras oleadas que salieron hacia las zonas petroleras, donde permaneció por mucho tiempo, para regresar de nuevo a aquella ciudad y después a Barinas, cerrando el ciclo de una vida errante, solitaria y sin familia conocida.

Los dos hermanos que le seguían en edad, Electo y Ezequiel, se hicieron cargo de hecho y de derecho del cultivo del café, el manejo de los animales domésticos, iniciaron el comercio con Niquitao y el cuidado de sus hermanos menores: Virginia, Rafaela e Israel. Asumieron juntos las responsabilidades de la vida hogareña, el trabajo de la finca y los negocios, también permanecieron unidos hasta la muerte del mayor, ocurrida en Barrancas.

La partida prematura del mundo de los vivos de la madre, los obligó a madurar con mucha rapidez y la solidaridad que los llevó a trabajar unidos los ayudó a superar más de una dificultad y contratiempo. Iniciaron una fructífera relación con los comerciantes de Niquitao que les permitió consolidar una excelente amistad con las familias prestantes de aquel tradicional pueblo andino, que motivó a muchos de ellos, como a los Batoni y los Batista, a visitar la pequeña aldea y hacer negocios en ella. Ya entrados los años cuarenta, en sociedad Electo y Ezequiel, compraron una casa grande de tapiales y techos de teja, en una esquina de la calle principal, que les sirvió de

punto de referencia en aquel pueblo, hasta su mudanza definitiva para la histórica población trujillana.

Electo, desde su juventud, mantuvo relaciones sentimentales primero con Eudoxia Linares, con quien tuvo dos hijos varones, Porfirio y Pacífico, el primero se educó en Niquitao y llegó a ser el maestro de la escuela, de quién nos ocuparemos más adelante y el segundo fue el primer correo de Masparrito, quien quincenalmente llevaba cartas y encomiendas a Barrancas y de allá traía el escaso paquete postal, más bien con un fardo de encargos para los pobladores. Fue un cultivador de café, como casi todos y padre de familia.

Electo en su relación con Teodolinda Montilla tuvo otros dos hijos, Gregoria y Perpetuo. Este también se educó en Niquitao, se convirtió en Guardia Nacional y finalmente fungió de empresario en Caracas, donde desarrolló una red de puestos de venta de auto periquitos por distintos lugares de la ciudad. Allí se casó, construyó una quinta en Petare, tuvo sus hijos y murió fulminado por un infarto con apenas 43 años de edad. Fue él, a su regreso del servicio militar, en una visita a Masparrito, con quien solíamos salir a bañarnos en los fríos, profundos y clamorosos pozos de *La Quebrada de los Quevedo*, quién me enseñó por primera vez a usar talco para los pies y colonia en el rostro, resultado de su aprendizaje en el cuartel. Afeites desconocidos en aquellos medios rurales. Gregoria ya adulta se mudó a Barrancas donde se casó con Epifanio Olivera, un llanero famoso como *sobador de zafaduras y esquinces*, funcionario andante del Servicio de Malariología, quién con su mula aperada y equipada con rociadores y venenos recorría los campos aplicando a las casas la fumigación contra los mosquitos del paludismo y la fiebre amarilla. Allí tuvo sus hijos y la pareja descasa en paz en el viejo cementerio.

Ya mudados los hermanos para Niquitao, Electo mantuvo una larga relación sentimental con Carmen Berríos, una hermosa mujer andina, de tez blanca, cara más bien redonda como la luna llena, boca pequeña cuya dentadura la adornaba un diente de oro, muy de moda en aquella época. Una señora dulce y apacible quién me trató con cariño cuando iba por su casa buscando a Antonio José, su hijo mayor casi de mi edad, con quién salíamos a jugar por las tardes. Su abuela, la señora Estefanía algún dulce nos ofrecía al salir. De esa unión nacieron Antonio José, perito agropecuario, graduado

en la Escuela Salesiana de Agricultura, cuando ésta se encontraba en Valencia, cerca de la redoma de Guaparo y del Cuartel, donde se alza una hermosa Iglesia que formaba parte de ese conjunto, cuya finca vendió la laboriosa y agrícola congregación para salir de la ciudad y establecerse en las afueras de Barinas. Hasta allá fui a visitarlo, ya cerca de su graduación. Él una vez estuvo en Maracay y llegó hasta la residencia de la cuarta transversal de Calicanto, donde vivía como estudiante. Era un muchacho de tez blanca, de baja estatura y muy conversador. Tenía una memoria visual excelente y en unas vacaciones cuando estuvo en Barrancas, a fines de los cincuenta, precisaba la marca y el modelo de los carros al solo verlos despuntar en el puente de la quebrada. Murió muy joven, ejerciendo su profesión en Boconó, cuando un aciago día tomó prestado “*un jeep*” de un colega y amigo para viajar a Niquitao, en vez de llevar su propio automóvil. Cuando apenas había iniciado la travesía, otro carro se atravesó en su trayectoria y sin mediar palabras, el asesino le disparó al pecho con un revólver, al confundirlo con el dueño del vehículo. Su vida inocente y llena de optimismo se apagó a los dos días en el hospital de la ciudad jardín de Venezuela y una familia se llenó de luto por una venganza ajena. Ana Victoria, Abogada de la República, fue por muchos años la Secretaria Ejecutiva de Pedro Pablo Aguilar, uno de los políticos más emblemáticos de la Democracia Cristiana Venezolana, Diputado y Senador, Secretario General de COPEI, orador elocuente y trujillano en cuerpo y alma. Cuando aquel se retiró ya jubilado, ella se desempeñó como directora en el Consejo Supremo Electoral. Para entonces todavía este organismo gozaba de respetabilidad como árbitro imparcial de los procesos electorales en el país. Agustín, el menor de los hermanos, flamante Economista de la Universidad, Central de Venezuela, con postgrado en la Universidad de Harvard, dirigente político de gran autenticidad y sin dobleces. Rafael de Jesús, el cuarto de los hermanos, heredó la vocación de su padre por el comercio.

Finalmente, mi padrino Electo, ya cincuentón, se casó con la hermana de mi madre, mi tía Evangelia Camacho, en la Barrancas de calles arenosas y llenas de piedras, por los entrados años cincuenta, de cuya unión nacieron Rito Ramón, Electo José, Arturo Antonio, María Abigail, los morochos Eloy y Pedro Luis y los niños Eugenio y Hercilio que murieron como angelitos. Por la fuerza del destino y el llamado de la hacienda cafetera, el matrimonio se mudó a Masparrito, donde nacieron los hijos

y con su regreso a Barrancas, allí estudiaron la primaria hasta la muerte de su padre, cuando toda la familia, al igual que la mía salimos hacia Valencia con el apoyo de nuestro tío, Hercilio Camacho quién siempre nos dio el mayor apoyo y fue muy unido con mi madre.

Electo fue un hombre de caballo de silla, sombrero *Borsalino*, revólver y puñal de cruz en la cintura, gallero y comerciante, de un temperamento sereno y moderado en el hablar a quién nunca vi tomando licor ni pronunciando una mala palabra. Desde los años sesenta se estableció en Barrancas con un comercio mediante el cual mantuvo a su familia y una relación clientelar con los masparriteños, hasta su muerte, a la edad de 71 años, víctima de un infarto fulminante, que no le dio tiempo a despertar aquella madrugada del 7 de diciembre de 1972. Fue un hombre del siglo XX rural, que había nacido el 28 de octubre de 1901.

Mi padre, por su parte, era un mocetón de tez muy blanca, más bien catire, de contextura mediana, fuerte complexión e inagotable energía. En aquel entonces apenas logró aprender a leer y escribir con las enseñanzas de su mamá. Se dedicó por entero al cultivo del café en la hacienda familiar, respondiendo por la producción de la misma con gran sentido de compromiso y participando como socio en los negocios de su hermano. Permaneció soltero hasta cuando, ya en Niquitao el año cuarenta y dos, se casó con mi madre, María Ramona Camacho, una caldereña educada en Niquitao. Regresó a Masparrito en su compañía, para manejar la herencia que le correspondía y fue allí donde nací el año 43, también lo hicieron mis hermanas María Teresa y Carmen Lucía.

Ya en Niquitao, la familia creció con Ezequiel de Jesús, Ramón Arcio, Mery Virginia y Humberto Ireño. En Barrancas nació la menor, Antonieta. Todos con estudios universitarios y un ejercicio profesional exitoso. José Ezequiel Quevedo mi padre, siempre agricultor y comerciante, tanto en Masparrito como en Niquitao, donde mantuvo en sociedad con su hermano una bodega bien surtida y la llamada “*pesa*” o carnicería que abastecía el consumo animal de aquel pueblo andino. Compró a sus hermanos la parte proporcional de una herencia en la “*Loma de San José*” en cuya hacienda aprendí los secretos del cultivo y compartí la cultura que gira alrededor de la caficultura. Y en Barrancas se concentró de nuevo en la agricultura tropical, maíz,

arroz, plátanos, yuca y otros tubérculos; fue parcelero del proceso de Reforma Agraria y finalmente cultivador de frutales, mangos para la exportación, naranjas y lechosas en las fértiles tierras del lago de Valencia, cuando toda la familia se mudó a esa gran ciudad en busca de estudios universitarios para los hijos.

Murió el mismo día cuando Rafael Caldera tomó posesión de la Presidencia de la República por segunda vez. Aquel amanecer, se levantó muy temprano, como siempre, se bañó, tomó café, oyó a *Notirumbos*, programa de su preferencia por las mañanas, se desayunó con el apetito de siempre y a media mañana sintonizó la televisión para ver la toma de posesión de su presidente. Destapó una botella de buen whiskey y se dispuso a ver la ceremonia y a escuchar el discurso presidencial, que tuvo la oportunidad de oír hasta el final, campaneando unos tragos de “*Old Parr*”, su marca preferida, con la satisfacción de atender por última vez al candidato de su partido y por el cual luchó, incluso durante la dictadura de Pérez Jiménez, durante las elecciones del año cincuenta y dos. Ya por la tarde sintió que le faltaba el aire y se sentó en el jardín, a la sombra de un apamate, a respirar en medio de la brisa fresca y oxigenada por la vegetación. Su corazón agrandado y chagásico, confabulado con unos pulmones agotados, hicieron que al anoecer se sintiera mal y antes de las ocho de la noche expiró tranquilo, después de recibir los Santos Oleos. Era el 2 de febrero de 1994. Tenía 87 años. Había nacido el 6 de septiembre de 1906.

Su vida de trabajo, de buen padre de familia, hermano solidario, de ciudadano comprometido, sin dobleces y su condición de hombre veraz y honesto quedó como legado para la familia. No dejó riquezas; pero tampoco deudas y sí una familia numerosa y bien formada, que permaneció unida bajo el liderazgo de mi madre, quien estuvo con nosotros hasta el 10 de enero de 2011, con el testimonio de una larga vida, dedicada a su esposo y a sus hijos. Había nacido en Calderas, el 18 de septiembre de 1918, hija natural de Emilio Rojo y de Eloína Camacho, ya de seis años fue enviada a Niquitao, a estudiar la primaria y a vivir con la familia Rojo Paredes, a cargo de su primo Juan Bautista Rojo, donde recibió los estudios de primaria y al terminar, se ganó el premio a la mejor alumna, entregado por el Supervisor de Educación, un libro sobre la Vida de Bolívar, que en Niquitao pasó de mano en mano.

Recitaba de memoria cartas y discursos del Libertador, con un bolivarianismo puro y sin compromisos. Estudió corte y costura con el sastre Aníbal Briceño en su taller escuela, el hijo de la señora Margarita de Briceño, nuestra vecina en la siguiente esquina, en esa larga manzana que en Niquitao, con una gran macolla de trinitarias, derramaba ramilletes de colorido follaje sobre la pared y hacia la calle. Con esa profesión de costurera que tan útil resultó en los difíciles años cincuenta, solía permanecer en su máquina “*Singer*” muchas veces hasta la media noche para entregar un flux, una liquiliqui, un juego de pantalones y camisa, un traje de novia a su clientela y hasta una hamaca matrimonial. Doña Ramona fue más allá de una gran madre, una mujer comprometida con la vida y con la gente, trabajadora incansable, muy devota, una amiga respetada por la comunidad y un punto de referencia moral y religioso.

Virginia, como ya se anotó, logró casarse con Eugenio Terán y vivió su vida en Masparrito donde murió a consecuencia de un embarazo ectópico que se le complicó por falta de médico y tratamiento apropiado.

Rafaela a su vez, formalizó su unión con Francisco Azuaje, uno de los hijos de Teresio Azuaje, quien dejó este mundo en un lance mortal y de ese matrimonio nacieron Rafael del Carmen, el fugaz operario del sistema hidroeléctrico local de corta duración. Yolanda y Polibio, los menores. Terminó migrando para la ciudad de Barinas, con su familia, donde murió.



A la izquierda, casas a la vera del camino en Pueblo Nuevo. 2005. Foto Yolanda Azuaje Quevedo. A la derecha José Ezequiel Quevedo y María Ramona Camacho de Quevedo. 1979. Archivo familiar

Israel, por ser el menor, pasó unos años “del timbo al tambo”, primero se lo entregaron a su madrina, donde se aburrió con el bramido de los araguatos, y el “tururú” de los pavos. Esta mujer, a quien llamaban *Filomenota*, por su tamaño, solía ponerse a llorar de pena por la prematura muerte de su comadre, lo que provocaba en el niño mucho temor. Lo regresaron donde Leonidas Terán su padrino, quien lo mantuvo en el caney de sacar chimó de Manuel Rosales, un amigo y vecino que provenía de La Quebrada. En aquel inhóspito lugar enfermó y entonces un señor de nombre Julio Higuera de natural nobleza y generosidad, lo llevó a Niquitao para hacerlo ver de un médico, y al lograr su mejoría lo regresó a vivir con los hermanos.

Todavía muchacho, le cayó una pared de bahareque encima, que estuvo a punto de despedirlo de este mundo, se vio muy grave, quedando derregado por varios meses, de cuyo accidente fue mejorando espontáneamente, por ser un niño resistente y resiliente, en un lugar sin médico, ni dispensario, donde lo más común era una *sobandera* y las alternativas del enfermo eran recobrar la salud o el cementerio. Ya hombre formado se casó en Masparrito y tuvo dos hijos, Margarita y Lorenzo. Después de divorciado se fue al llano, primero a Barrancas y luego a Veguitas, Sabaneta y Boconoíto donde vivió hasta su muerte en 1.986. Fue un gran lector de La Biblia, la

cual dominaba casi de memoria. Era un hombre catire, de baja estatura, de aspecto menudo; pero de un gran carácter, muy jovial y conversador. Trabajó en el aserradero de un italiano, Tomás Cicarelli, de quien fue su amigo y en el ambiente de esos pueblos llaneros discurrió el resto de su vida.

Esa fue la familia que logró fundar una madre soltera como Abigail Quevedo. Con el testimonio de su corta existencia, logró demostrar la capacidad de una mujer para vivir independiente, administrar sus bienes, fundar una familia, una finca y establecer un hogar en un retirado lugar de la frontera agrícola. Su apellido, que permitió replicar el de su padre, se multiplicó en hijos, nietos, bisnietos y tataranietas regados por los confines del país y ahora, con la crisis que vive Venezuela, por el resto del mundo.



A la izquierda Francisco Azuaje. A la derecha Rafaela Quevedo de Azuaje. Años sesenta. Fotos Yolanda Azuaje.

En esta perspectiva, dos líneas familiares que se desprenden de Abigail Quevedo y Guillermo Bastidas la una y de Andrea Terán y Rufino Quintero, la otra, establecen en Masparrito una descendencia que al enlazar sus destinos con la unión de Virginia Quevedo y Eugenio Terán marcarán una parentela que ha vinculado desde entonces a

los Quevedo y los Bastidas, los Terán y los Quintero, con los Camacho, mediante el matrimonio de José Ezequiel Quevedo con María Ramona Camacho, la cual se reforzó con la unión nupcial de Antonio Quintero, hijo de Arturo Quintero y nieto de Don Rufino con Abigail Terán, una de las hijas de Eugenio, en un nexo familiar que se ha consolidado con el paso de los años. Cabe agregar a la numerosa familia Rojo, por el abuelo Emilio y el primo Juan, cuya sangre y genes también fluyen por nuestras venas y a los Berríos, desde los tiempos de Toribia, la esposa de Ezequiel Quevedo, el hacendado bisabuelo de la Loma de San José.

## EL PUEBLITO, PUEBLO NUEVO Y LOS CASERÍOS

Los hermanos Quevedo, Desiderio Montilla y algunos otros de este grupo familiar, hicieron sus casas cerca de sus haciendas en un sitio que llamaron “*Pueblo Nuevo*” como a un kilómetro de donde poco a poco se fue formando lo que sería “*El Pueblito*”. En este lugar también se establecieron otros pobladores como Ernesto Quintero y su esposa, Catalina Rondón y el “*maestro*” Luciano Bencomo con su mujer y sus hijos Santana, Pedro, Eduardo, Joaquín y Lorenza. Santana Bencomo, el mayor, unió su destino a la hija de Rafael Braque.

Otro grupo de pobladores, se estableció más al este de Pueblo Nuevo, en un paraje que se dio en llamar “*El Barrumbal*”, donde inicialmente fijaron su morada los hermanos Pacheco. Años después, Basilio Pacheco, el hijo, se endeudó con los hermanos Batoni, comerciantes de Niquitao, teniendo que venderles su heredada hacienda. Una vez comprada, enviaron de Niquitao un maestro albañil, para construir allí una vivienda de “*tapial*” a base de tierra apisonada, como las de Niquitao, pero en vez de teja, ya que no había alfarería y su transporte resultaba virtualmente imposible, con techo de Zinc. Esta ya vieja casa, a pesar de las inclemencias del clima, con lluvias torrenciales casi todo el año, ha soportado el paso del tiempo y allí sigue enclavada. Los Batoni, quienes progresivamente dejaron de frecuentar estos lares, se la vendieron a Ángel José Riveros quien vivió allí por muchos años con su familia, a la vera del camino.

Los Linares, Nicanor, Miguel y Manuel Linares, otro grupo de hermanos y sus hijos, llegaron procedentes de San Lázaro. Ellos establecieron conucos y haciendas de café. A Nicanor lo apodaban “*El Sabio*”, ya que había estudiado para padre. Se establecieron el año 1914, que fue el año de la plaga de la langosta, la cual acabó con los cultivos en Los Andes y a San Lázaro lo dejaron en ruinas. Fue una invasión parecida a la que arrasó con los cultivos treinta años antes en muchas regiones de Venezuela. Por Masparrito pasaron como una nube y no se detuvieron. Las

espantaban con grandes humaredas. Nicanor era el papá de Eudoxia Linares, quien llegó pequeñita. Se alojaron en la casa de un hombre llamado José de la Paz, mientras hacían su casa. Aquellas familias tenían en la hospitalidad uno de sus más preciados valores, que, junto con la palabra de honor y el respeto por la propiedad ajena, la vocación por el trabajo, la consideración personal, la fe en Dios y la valentía, constituían el perfil idiosincrático de esos pueblos de la montaña. Nicanor era un hombre retaco, muy fuerte y de gran apetito. Eudoxia, creció en Masparrito, era una mujer más bien de baja estatura, de cabeza redonda, tez blanca, frente muy amplia y larga cabellera. Fue la madre de los primeros hijos de Electo Quevedo: Pacífico y Porfirio Linares, cuyas historias muy especiales, merecen ser contadas más adelante.

Guillermo Bastidas con su familia llegó a Masparrito el año de 1914, procedente de Bistítes, donde había nacido y hecho su vida. Allá se casó con Debora Rosa Camacho. Murió en Masparrito el año 1938. Es posible que el viaje de la propia Abigail y las noticias que llegaban de las feraces tierras o la leyenda de aquel lugar como sitio de promisión, lo motivaran para salir de Bistítes. Además de los hijos de Abigail, en su propio matrimonio tuvo nueve más con su esposa Débora: Pragedes, la mayor quien a su vez procreó veintidós, de los cuales apenas le sobrevivieron tres: Andrés, Viviana y Erasmo Berríos; Rafael, quien casó con una Señora de nombre Emperatriz, y engendró a Dolores y a Clemente; Pedro, quien formalizó matrimonio con Inocencia Quintero, fructificando en Elbano, Raúl, Leopoldo, Gina, Evangelia y Lina; Rosa, contrajo nupcias con Gerardo Balza y tuvo a Marciano, Estefanía, Vidal y Josefina; Eloina, se unió en matrimonio con Isidro Araujo de quién apenas nació Arminda, muriendo de parto; Carolina, quien no tuvo descendencia; Lesmes Abad, carpintero de profesión, se unió por la ley y la iglesia con Ramona Blanco y tuvo a Humberto, Evalina y Lesmes. Luego se *juntó* con Aurora Rosales, una mujer andina, que muy joven llegó a Barinas, procedente de Pueblo Hondo en el Táchira, de quién nacieron Luis, Julio, Yolanda, Gladys, Carlos, Rigoberto, Jesús, Eleazar, Arminda y Carmen. Crucita, quien procreó a Nelsy; y Francisca, la novena de sus hijos, quien se casa con Pedro Castellanos, de cuya unión nacieron Bedo y Jovino Castellanos. Estos a su vez, dejaron una abundante descendencia, como solía ser característico en las familias de la época, que dan una

idea de cómo Masparrito se pobló rápidamente de gente que llegó ya con una familia constituida y otros que allí se casaron o se juntaron para formar nuevos hogares.

Guillermo Bastidas, al igual que otras familias que fueron llegando después, se establecieron en una pequeña semi planada, que poco a poco fue constituyendo el llamado “*pueblito*”, ya con un terreno para la plaza y cuatro calles que sirvieron para demarcar el lugar donde las gentes iban a establecer sus viviendas y también para indicar la entrada y la salida de los caminos reales que marcaban la ruta hacia Calderas por un lado o hacia “Pueblo Nuevo” y el camino a Niquitao y Barrancas, por el otro y un tercer camino que se abría paso en línea recta por la boca calle de la primera transversal, que partía de la capilla, bajando pendiente abajo, directamente hacia el distante río, por un lugar que dio en llamarse “La Vega”. La otra calle transversal, hacía esquina con la plazoleta y la calle principal. Esta continuaba serpenteando por un camino con partes empedradas para evitar los barrizales, bajaba hasta un riachuelo que abastecía de agua a la población, para adentrarse entre los cafetales, hasta encontrar las casas que custodiaban el camino, formando el “*Pueblo Nuevo*”.

Aquella transversal que dibujaba el cuadrilátero de la plazoleta, tenía en frente un conjunto de casas en su mayoría de los Arráiz y los Azuaje, culminaba su breve trayecto de una cuadra, en la vivienda de Teodolinda Montilla, un poco más al fondo de la esquina y de allí se abría hacia los cafetales, que en el corto verano, alfombraban la tierra con las encarnadas florecitas, que como pequeños “*gallitos*” dejaban caer los bucares sobre la seca hojarasca, formando un manto protector de los suelos y sirviendo de propicio alojamiento a infinidad de insectos, lombrices humificadoras y de cama y escondite a unos cuantos ofidios. Por debajo seguía una cuadra larga, paralela a la calle principal, también llena de casas que terminaba de delinear la condición de pueblo de aquella pequeña aldea, que no contaba con más de treinta casas. Fue en un sitio preferente de ese lugar, a la entrada y al frente lateral de la capilla, antes de que esta existiera, que Guillermo Bastidas logró construir una casa grande, para poder alojar a una familia tan numerosa, y allí se estableció.

Los primeros en fundar sus residencias en esa demarcación, que se fue llenando progresivamente con las familias emblemáticas de Masparrito, fueron Guillermo Bastidas, Antonio Linares, el padre de Eudoxia Linares y marido de Estrella Linares., Pedro Bastidas, hijo de aquel, Antonio Briceño y Carmen Linares.



Vista de la plazoleta con pobladores acompañando a Arturo Quevedo Camacho, de visita, frente a la calle principal. A la izquierda: Felipa Mejías, hija de Nemesio Mejías, Teresio Azuaje, nieto de quién murió en un lance a cuchillo; Arturo; Erlinda Bastidas de Moreno, ya fallecida y Carmen Cecilia Paredes, sobrina de Erlinda Bastidas de Moreno y un visitante. Al fondo la calle transversal. 2010. Foto Arturo Quevedo.

La primera casa en el pueblito la hizo Guillermo Bastidas el año 1914, quien había llegado con su numerosa familia desde Bistites y quien sembró un cafetal detrás de su vivienda. Si nos atuviéramos al criterio de considerar la fundación de Masparrito, considerando la formación del pequeño poblado en el cual se convirtió, sería Guillermo Bastidas el fundador del mismo, en 1914, ya que, al establecerse allí, otros migrantes lo acompañaron en su propósito y dieron lugar a un conglomerado de viviendas que las gentes dispersas por los campos aledaños dieron en llamar “*El Pueblito*”.

Guillermo le vendió esta finca a su hijo Pedro Bastidas, quien después hizo su propia casa más abajo de donde, con el tiempo se construyó la capilla. Otra vivienda grande y bien construida la hizo Manuel Montilla. Allí también edificaron los Azuaje y

Transfiguración Uzcátegui, quien se alojó en la casa de Manuel Montilla, mientras este le hacía una propia que le vendió al culminar su construcción. Los Montilla, finalmente hicieron allí las suyas, que como vimos, fueron de los primeros colonizadores en llegar a aquellos lugares. Los hermanos Azuaje, que habían llegado en 1913 y se vinieron hasta la planada, los Cruz un poco después y muchos otros que antes vivían dispersos aquí y allá, se animaron a levantar sus casas en ese emblemático sitio. Manuel Montilla hizo una casa grande que la vendió después a Teresio Azuaje. A los hermanos Azuaje, les vendió tierra Manuel y José Abel Montilla quienes procedían de Niquitao y al cabo de los años, habían fundado casas y haciendas. Teresio Azuaje fue también un personaje singular por su voluntad de trabajo y su afición a los gallos. Tuvo siete hijos: Juan Pablo, Francisco, Pánfilo, Rosa, Sinforiana y Natividad, la madre de Toribio.

Por esa misma época llegaron los Cruz: Miguel Antonio Cruz, casado con Trina Vergara Jerez, quienes tuvieron siete hijos, Jesús Manuel Cruz, Antonio José, Isabel María, Ana Josefa, Elio, Silvio José, a quien apodaban “*Joseito*”, y Ángela María. Varios de los hijos de Jesús Manuel Cruz fueron más tarde, maestros en la futura Escuela de Masparrito. Jesús Manuel Cruz, se casó con Ana Victoria Bastidas. De esta unión nacieron once hijos: Víctor Manuel, Luisa María, Miguel Antonio, Isabel Teresa, Rafael Tobías, Fernanda de la Trinidad, Abigail Coromoto, José Alcides, José Rogelio, José Ramón y Ana Beatriz Cruz Bastidas. Las familias eran prolíficas. En aquellos hogares, de descendencia tan numerosa también solían ocurrir decesos infantiles. Resultaba un verdadero milagro que todos lograran llegar a la mayoría de edad, como sucedió con los hermanos Cruz.

Jesús Manuel Cruz, destacó entre ellos. Se quedó en Masparrito y fue un personaje significativo de aquel poblado. Su pulpería siempre estaba bien abastecida y ejercía un liderazgo en aquella pequeña población. Algunos lo apodaban “*El Chato*” por su nariz un tanto aplastada y otros “*Don Chuy*”, por el respeto y consideración que inspiraba entre quienes lo trataban. Fue un importante personaje que logró criar y educar a su numerosa familia. Había nacido el 14 de enero 1912 en Las Mesitas. Hombre polifacético, que, con una educación elemental, logró superarse, llegando a

realizar un curso práctico de odontología. Se compró un aparato y los instrumentos necesarios para ejercitar el oficio y como tal se convirtió en “*saca muelas*”, preparador de *planchas* y aplicación de otras destrezas elementales de tal profesión, tan necesarias en aquella aislada comunidad. De igual manera, tenía conocimientos de medicina y enfermería, los cuales vinieron a complementar los de Leonídas y a sustituirlo cuando este se mudó para Barinas. Era también partero y fueron muchos los masparriteños a quienes ayudó a llegar a este mundo. Se desempeñó por varios años como enfermero practicante en el Puesto de Socorro o Enfermería de la aldea. Mantuvo una permanente relación con el enfermero de turno y cuando le llegaban casos que así lo requerían, para allá los remitía, donde además de las curas, le administraban los escasos medicamentos que podían disponer.

Jesús Manuel, fue el primero en comprar un radio de pilas, cuyos programas hicieron la delicia de la población al anochecer. También fue el primer hacendado que logró instalar una trilladora mecánica de café, accionada por un motor a gasoil, el cual vino a sustituir con una técnica moderna, el rudimentario sistema existente de trillar en molinos de piedra, Esta práctica fue la precursora de un sistema más completo que se vino estableciendo ya para fines del siglo XX, mediante un proceso que permitía producir un café “*lavado*” de mejor calidad. Esta práctica permitió que otros productores le llevaran el grano para su procesamiento y motivó a quienes pudieron seguir su ejemplo, instalando nuevos equipos y logrando mejores precios para el aromático y estimulante grano.

Varios de sus hijos, completaron la primaria en Niquitao, algunos siguieron estudios de normalista y fueron también maestros en la escuela. Una descendiente suya, Ángela Cruz, se graduó de médico y llegó a desempeñar un importante cargo en la Federación Médica Venezolana. Sus negocios le permitieron comprar el primer “*Jeep*”, un techo de lona, de color rojo, que mantuvo en la cercana ciudad de Calderas, para transportar sus mercancías desde y hasta Barinas. Jesús Manuel Cruz fue un líder comunitario, un dirigente local vinculado a la política y militante de *Acción Democrática*. Varias veces se desempeñó como Comisario y Jefe Civil. De rostro adusto, carácter muy recio, amigo de los suyos, enemigo temible, servicial y trabajador

incansable, padre ejemplar de una familia numerosa y ya en la tercera edad, cariñoso con sus nietos. Tuvo una larga existencia. En el invierno de aquel ciclo vital, se fue a Barinitas en busca de apoyo a sus achaques al calor de sus hijas y nietos que allí vivían y entregó su alma al creador el 28 de Julio de 1995. Tenía 83 años, que aún hoy es una larga existencia. Tobías, uno de sus once descendientes directos se encargó de la casa y de la finca y emulando el testimonio de su padre, continuó la presencia familiar en la nueva parroquia.



Jesús Manuel Cruz, ya retirado, a la izquierda. Foto Isabel Teresa Cruz. Archivo familiar. Ismael Montilla a la derecha. Una foto de archivo familiar. Dos hombres significativos en la vida de Masparrito.

Estas familias, Cruz y Azuaje, todas hacendadas en el cultivo del café y también comerciantes vivieron un drama cuyas huellas perduraron por largos años, hasta que el tiempo y la presencia de nuevas generaciones lograron superarlo, como veremos más adelante.

Pedro Bastidas, el esposo de Lucía Becerra y su familia, llegaron procedentes de la *“Mesa de Esnujaque”* quienes tuvieron sus hijos: Ítalo, Pedro, Erlinda y Enriqueta. Fundó en el Vegón del Río Masparro un Trapiche con su cañaveral, para hacer panela. Vendía a 15 bolívares el bulto de 24 panelas. También allí tuvo un cañaveral otro Pedro Bastidas, el hijo de Guillermo. Para entonces, también llegaron los Batoni, visitantes más bien de paso, hijos de don Emilio Battoni, un inmigrante italiano quien apareció en Niquitao, quizás huyendo de los estragos de la Primera Gran Guerra Mundial. Esta familia de comerciantes y agricultores, que allí prosperaron, hicieron

excelente amistad con los hacendados y comerciantes de Masparrito, al igual que los hermanos Baptista. Rafael Baptista, mando a construir una casa de tapiales con la técnica que se utilizaba en Niquitao, mediante encofrados de tablas bien aseguradas, se apisonaba la tierra gredosa a la cual le agregaban paja seca y bien picada para darle consistencia. Esta casa se la entregó por pago de deudas a Elbano Batoni y este a su vez se la vendió a Miguel Cruces, donde este vivió hasta su muerte.

Los Berríos vinieron de Niquitao, ya por los años 20. Rosalino y su hermano, y se establecieron en Masparrito. Rosalino se casó con Juana Montilla y tuvieron a Evaristo, Elías, Cenobia, Teodora y María del Carmen. Era un hombre de bien, que fundó su hacienda de café y prestaba plata a interés a quien lo necesitaba. Respetado por todos. Juana fue la mejor amiga de Virginia Quevedo. Solía pasar largas horas acompañándola y compartiendo con ella, como inseparable confidente. Casi siempre se despedía diciendo: *“me voy porque tengo que lavarle la ropa y hacerle la comida a Nino”*. Ella fue de invalorable apoyo a su amiga Virginia en la organización de su matrimonio con Eugenio Terán en 1935, la acompañó en sus partos y cuarentenas, en la enfermedad que la llevó a la tumba y en la organización del velorio, cuando murió, aún muy joven, el año 1951.



A la izquierda, la salida del “Pueblito”, calle abajo buscando las haciendas de café y el río Masparro, hacia La Vega y a la derecha una vista de la salida por el camino que conduce a “Pueblo Nuevo”, Niquitao y Barrancas. 2005. Foto de Yolanda Azuaje Quevedo.

El catire Bernardo Albarrán provino de Niquitao, se estableció y se casó con Casimira, la hija de Félix Camacho. En la llamada “*Loma*”, en el camino hacia Barrancas, también se asentó Víctor Jáuregui, padre de Abraham y de Víctor. Allí fundaron su hacienda de café, caña de azúcar y cultivos de maíz. Posteriormente llegaron solteros los hermanos Santos, Guillermo y Augusto. Aquel se casó en su nueva tierra con la señora Augusta y Augusto con María de la Cruz Azuaje, a quién cariñosamente llamaban Crucita.

Progresivamente y en menos de veinte años se fueron poblando estos espacios. Aquellas montañas selváticas, llenas de árboles centenarios, de animales del monte y avifauna diversa, con lluvias torrenciales casi todo el año, un clima templado muy apropiado para la vida humana, aguas puras surgidas de manantiales abundantes, cantarinas y transparentes, neblinas constantes, que como mantos protectores del inclemente sol, creaban un ambiente de luces y sombras y un clima húmedo que propiciaba la multiplicación de insectos diversos por millones, tanto en la tierra, como en la vegetación y hasta en los aires, que aparecían con la misma intensidad que abandonaban su existencia, con el caprichoso cambio del tiempo durante el mismo día o la semana; demostraron ser muy apropiadas para los nuevos colonizadores.

Apremiados por los giros que daban los acontecimientos trujillanos, abundantes en conflictos políticos entre caudillos locales y atizados por la convulsionada vida nacional, en una situación de incertidumbre que unida a la necesidad de buscar un pedazo de tierra para cultivar y un sitio escondido donde protegerse de persecuciones, supuestos enemigos o inclementes búsquedas por una justicia con los ojos bien despiertos y la balanza inclinada hacia el platillo del poder, fueron encontrando en aquellas lomas y laderas, un rincón donde sentir la seguridad de una existencia nueva, cobijada por la distancia, la dificultad de acceso y el olvido. El “*pueblito*” surgió, más allá de los caseríos desparramados por la montaña, donde la gente hizo sus casas como pudo, para vivir en medio de su tierra y sus labranzas, como un centro de encuentro para compartir en él, la necesaria comunicación social, el aprovisionamiento de las cosas indispensables para la vida, la búsqueda de una relación amistosa, un rato de recreación jugando gallos, bolos, dados o baraja y el intercambio de opiniones y comentarios, indispensables para llenar la vocación social de todo ser humano. Se fue

consolidando como punto de referencia y de concurrencia y así obtuvo su bautizo como la lejana aldea, que fue conquistando con el intercambio comercial y cultural, primero con Niquitao y después con Calderas y Barrancas, el reconocimiento como un centro poblado y de producción agrícola. Había surgido un nuevo pueblo.



Dos vistas de “El pueblito”. Arriba, la calle principal de Masparrito. Al medio de la calle, la casa de Jesús Manuel Cruz y la siguiente de la familia Azuaje. 2010. Foto tomada por Arturo Quevedo Camacho el año de mayor sequía y en pleno verano, cuando por la rústica vía que abrió una máquina, pudo entrar un camión pequeño hasta la plazoleta, donde se ve el movimiento de tierra y el pequeño busto de Bolívar allí colocado. La de abajo, con una vista panorámica, tomada el 5 de marzo de 2020, por la señora Carmen Villamizar de Montilla, la esposa de Euvaldo Montilla, hijo de Ismael Montilla y oficial de policía. La casa amarilla, que hace esquina en la salida hacia Pueblo Nuevo, antes fue de la escuela y hoy flamante “Casa de Gobierno Parroquial”. Esta fue la vivienda original de Juan Pablo Azuaje. Su hermana, casada con Reyes Camacho, la vendió a Ismael Montilla y finalmente este al Estado para los asuntos parroquiales. Al fondo en la extrema derecha, casi invisible, la que fue de Isidro Arráz y Teodolinda Montilla.

## EL CAMINO A CALDERAS

Miguel Corredores, huyendo desde Niquitao permaneció por poco tiempo en Masparrito. Era amigo del General Juan Araujo, quien lo defendió de las imputaciones que le habían hecho, resultó absuelto y regresó a dar la cara a sus acusadores. Más tarde volvió al pueblito que le había dado protección y amparo junto a su hermano llamado “*El Tuerto Corredores*”, a quien le faltaba un ojo, consecuencia de una herida, recibida en un episodio de las guerras intestinas. Ambos se establecieron en “*El Vegón*”, en las cercanías de una quebrada que vertía sus aguas al río Masparro, en un sitio que luego se llamó, “*La Quebrada de los Corredores*”.

En aquel lugar, de tierra fértil y agua abundante, sembró plantaciones de caña, que en tales vegas rendía muy buen jugo. Edificó un trapiche para elaborar la panela que abastecía a los pobladores. Encomendó a Margarito Sáenz la hechura de un alambique para hacer aguardiente, dando inicio a la elaboración de este popular licor de contrabando. El *miche* Masparriteño, era famoso por su excelente calidad de destilación. Se hizo famoso en toda la comarca. Este Alambique lo manejaba Manuel Rondón y una botella valía 2 bolívares, media, un bolívar y un cuartico valía un real. El demandado *aguardiente* masparriteño, fue el responsable de muchas peleas a cuchillo limpio, que se armaban en los llamados “*rabos del convite*” y en otros encuentros. Eran fiestas bailables, en la casa del dueño de la finca, con música de violín y cuatro. En los domingos de peleas de gallos, se brindaba con este licor, en *la gallera* llena hasta el techo de gentes enfebrecidas por los gritos y las apuestas. En los velorios nunca faltaba la copita del transparente e intenso licor, para brindar por el finado y rogar a Dios por la salvación de su alma.

Este aguardiente, de alta concentración etílica servía también para animar a los trabajadores del café en los frecuentes “*convites*” que los productores solían convocar para limpiar los cultivos y para las cosechas del grano, que, como cerezas de un rojo púrpura, era recogido en “*catabres*” o canastos de mimbre y ensacados para secarlo en

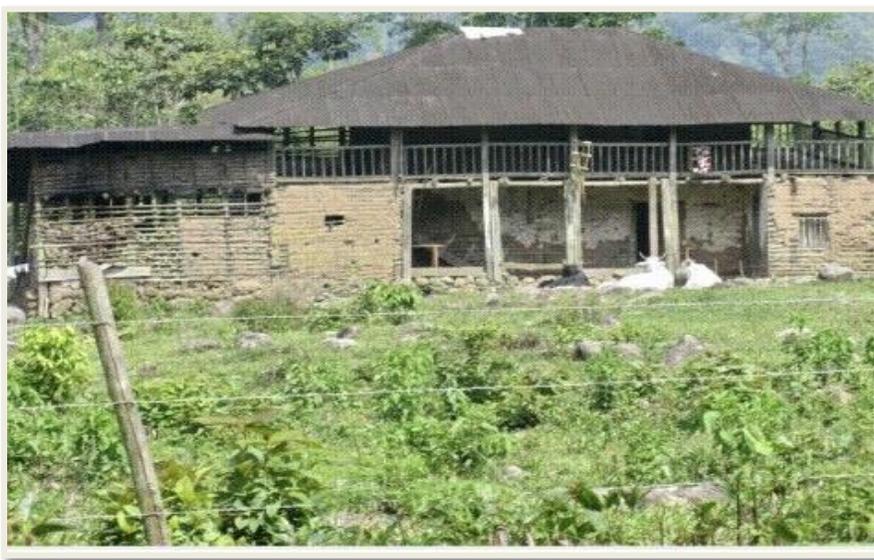
“trojas” construidas como cielo raso de las viviendas, hechas con vigas y tablas de buena madera. El grano en cereza se mantenía en las trojas hasta la llegada del verano. Los meses de enero y febrero, llenos de sol, constituían la temporada para extender el café “*en pepa*” en los patios, terminar de secarlo y llevarlo al molino, para librarlo de su cáscara y pergamino, “*polvearlo*” al aire libre, escoger los granos negros, partidos e impurezas y dejarlo listo para su venta.

Para entonces no había camino hacia Calderas. Fue la iniciativa de Miguel Corredores, cuyas fincas, fábrica de panela y de aguardiente estaban en la posible ruta hacia esa ciudad. Hizo las primeras trochas en esa dirección. Más adelante, Serafín Paredes un nuevo migrante y Basilio Pacheco, el hijo de Trino Pacheco continuaron el proyecto, abriendo el rumbo desde El Vegón y encontraron una pica hecha por los cazadores que solían venir en busca de animales salvajes desde Calderas, por la vía de Sacapán, con la cual la enlazaron. Desde entonces, se inició el tránsito hacia este pueblo. En El Vegón también se estableció Antonia Braque, madre soltera de Rafael, Eduarda y Agustina. Rafael, años después se casó con una de las hijas de quien conoceremos como el “*Maestro*” Bencomo.

Hubo gente que, huyendo, para evitar ser aprehendidos, bien por hechos de sangre o enfrentamientos y confrontaciones perdidas, desde los pueblos de Trujillo llegaban de tiempo en tiempo a Masparrito, donde solían establecerse. Otros, hacían escala para recuperar la calma y encontrar la paz. Aprovechaban la nueva trocha para continuar su rumbo hasta Calderas, adonde llegaban con nombres supuestos, para vivir allí sin ser reconocidos.

Este nuevo camino, que resultó ser más corto que los otros, permitió una relación constante con aquella ciudad del Estado Barinas, cuya idiosincrasia andina les era familiar y un sitio atractivo para vender el café y abastecerse sin la necesidad de un viaje tan largo y riesgoso como el de atravesar selvas y páramos para llegar a Niquitao. Había que vadear, primero el río Masparro, que más cerca de sus nacientes, se dejaba pasar con menos dificultad cuando no estaba crecido y en una sucesión, separadas por sus respectivas cuencas, varias quebradas, que fueron bautizadas por el

color de sus aguas y por algún capricho de los pobladores, como *La Perra*, *La Amarilla*, *La Blanca* y ya más cerca de Calderas, *La Volcanera*. Era un trayecto muy curvilíneo, buscando siempre facilidades para los peatones y las mulas de carga. En 2010, cuando hubo una gran sequía que casi agotó el agua de las quebradas y redujo el nacimiento río a un riachuelo, se intentó con una máquina hacer una carretera, que devino en ancho camino, mejor alineado. Fue entonces cuando por aquel verano, entraron algunos vehículos de doble tracción, entre ellos un camioncito F350, en cuyo velocímetro, Arturo Quevedo pudo medir el trayecto de 18 kilómetros entre la salida de aquel viejo pueblo y la entrada a Masparrito, con lo cual se comprueba la cercanía entre los dos poblados, que aun por la vieja y serpenteante vía no llega a los 23. Esta nueva calzada, que permitió el acceso de los pobladores, duró muy poco. Las fuertes lluvias, la falta de mantenimiento y lo rústico del trazado, hicieron que las aguas se encargaran del resto y obligar al viandante a continuar transitando por los viejos senderos de a pie.



“La casa de Zinc”, así bautizada por la gente, construida por Pedro Bastidas, el marido de Lucía Becerra, acusa el paso del tiempo y los rigores del clima; pero sigue allí como punto de referencia para los viajeros. A la muerte de aquel, fue habitada por su hija Enriqueta, quien se casó con Diego Rafael Paredes y juntos continuaron la obra y la producción de la caña. 2005. Foto tomada por Yolanda Azuaje Quevedo.

Los hermanos “Jerez”. “Rafael” y “Vicente”, se establecieron con nombres supuestos, en las tierras baldías después de pasar el Portachuelo, en El Vegón, cerca del río, aprovechando esta nueva vía de comunicación, que también abría para la

agricultura tierras aprovechables. En realidad, eran los hermanos Diego Rafael y Vicente Paredes. Talaron el monte y trabajaron la agricultura. Diego Rafael se casó con Enriqueta, la hija de Pedro Bastidas, el de la Mesa de Esnujaque, quien ya había construido una gran casa techada de zinc, que así fue bautizada. En sus alrededores plantaron extensos sembradíos de caña de azúcar, para elaborar panelas de papelón, que abastecían a la comarca. “Vicente” al poco tiempo siguió hasta Calderas, donde vivió con su familia, aunque mantuvo frecuentes visitas a su cercano hermano para abastecerse de papelón y disfrutar del reencuentro, recordando los viejos tiempos de azaroso vivir. Este lugar, se convirtió en sitio de parada para muchos caminantes que hacían la ruta de Calderas a Masparrito, para tomar un descanso, tomarse un vaso de agua o bien del jugo almibarado de la caña de azúcar y disfrutar de un café recién colado y ya de despedida, tal vez con un trago de “miche”, compartiendo con aquellos otros, que desde Masparrito emprendían su caminar hasta ese icónico pueblo andino barinés.

Para salir desde Masparrito, los arrieros se tomaban su taza de café y un desayuno mañanero, aperaban sus mulas amaneciendo y luego de apretar las cargas sobre las enjalmas, acomodaban sus *porsiacasos* y con un solo “*jopido*”: ¡mulas jooo!!! Bajaban apresurados por la calle de la capilla, saludando al paso a quienes encontraban y continuaban por un ancho y curvilíneo camino sembrado de casas dispersas en la orilla del camino, para encontrarse con el caserío del Portachuelo apenas a un kilómetro largo del *Pueblito* y continuar hasta acceder al caserío de *El Vegón*, un lugar plano en las riberas del río Masparro, que viene siendo uno de los dos grandes afluentes, que al juntarse con el que discurre por las laderas del camino que sale para *Las Agüitas* y recibir los numerosos riachuelos y quebradas, forman el caudaloso torrente. Luego se continuaba hasta pasar *La Quebrada Blanca* y encontrarse con *La casa de Zinc* y las siembras de caña de Rafael Jerez, como a unos seis kilómetros del *Pueblito*. La recua de acémilas continuaba avanzando para iniciar una nueva subida por una cuesta montañosa hasta dar con *La Perra*, quebrada que recibe al viajero con sus aguas cantarinas para continuar ascendiendo hasta alcanzar la primera de *Las Quebradas Amarillas*, antes de la cual se encuentra la muy famosa *Cueva de los Indios*: una especie de caverna de ciertas dimensiones donde la gente acostumbraba guarecerse de las copiosas lluvias y donde solían acampar y preparar el yantar de los obreros, cuando el padre Sulbarán, el cura párroco de

Calderas que tanto quiso a Masparrito y que por la década de los años sesenta acampaba, con cuadrillas de trabajadores a quienes reclutaba para arreglar aquel camino.

Estos riachuelos de aguas amarillentas, con una distancia de menos de un kilómetro entre las dos, permitían acceder a una planada bautizada como *el Llano de Trino* en donde, ya a mitad de camino, se tomaba un descanso para ajustar las cargas de las mulas y consumir parte del *avío*, atendiendo los reclamos del estómago, que ya empezaba a exigir su atención. Los viajeros apuraban el paso unos cuatro kilómetros bajando hasta encontrarse con la Quebrada *La Volcanera*, cuerpo de agua que ya vierte su cauce en la cuenca del río “*Calderas*” y que solía detener a los viandantes cuando las torrenciales lluvias escurrían su caudal por las chorreras y cascadas que se formaban a su paso. Al cruzar la sonora corriente por el vado, la travesía seguía su curso hasta encontrar *La Quebrada del Medio* y el caserío *El Molino* donde se ubicaba la propiedad de José Torres, un lugar pintoresco, ya convertido con el final del siglo en un flamante hotel turístico, el *Centro Agroturístico y Recreacional La Vieja Molienda*, una hermosa posada con restaurante, parque infantil, canchas deportivas, parrilleras y otras atracciones en un impresionante ambiente campestre al lado del riachuelo, con un hermoso balneario natural. Se continuaba la ruta hasta llegar al caserío *Santa Filomena* y ya cerca de Calderas se arribaba a *La Cruz Verde* desde donde se enfilaba por el cerro *El Copei* para entrar a Calderas. Más recientemente se hizo una derivación por un sitio llamado *La Cuchilla* que es transitado por vehículos a través de los cuales, quienes vienen desde Calderas, pueden acceder al Centro Recreacional.

Conscientes aquellas gentes de pertenecer al territorio del estado Barinas, y consolidado el vínculo socio político con esta Entidad Federal, se nombró un Comisario desde Calderas, con libro para nacimientos y novedades, cerca del año 1915. Años antes se había nombrado como policía a Basilio Pacheco y a un Comisario llamado Manuel Rondón desde Niquitao, quien permaneció en el cargo, ejerciendo su autoridad en la pequeña aldea hasta su muerte. Con Calderas, por su cercanía relativa con Masparrito en relación a Barrancas, la cual quedaba a casi dos días de camino, se estableció una nueva relación comercial, social y hasta religiosa, pues desde ese pueblo empezó a venir por los meses de febrero o de marzo, un sacerdote a celebrar las fiestas patronales.



Dos bellas quebradas en la vía a Calderas, en pleno verano, con sus “chorreras” o caídas de aguas la una y la otra con un remanso de color amarillo rojizo. 2005. Foto Yolanda Azuaje Quevedo.



Puentes colgantes en el camino hacia Calderas, en medio de la espesura. Al final del verano, a la izquierda, el río Masparro naciente, reduce su caudal y en el invierno cubre todo el lecho. A la izquierda otro puentecito en una pequeña quebrada. Foto 2005. Yolanda Azuaje Quevedo.

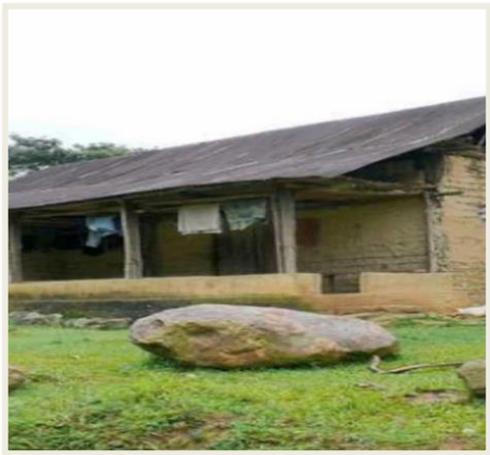
El camino hacia Barrancas además de largo, requería atravesar el río, que por el vado de La Loma era ya muy caudaloso, ya que había recibido en su lecho a las quebradas que en su enorme cuenca montañosa iban a escurrir sus aguas para formar aquel. Cuando crecía hacía imposible el paso a los viajeros. Por otra parte, las selvas de las vegas del Toro, llenas de tigres y otros animales salvajes, hacían menos placentero y un tanto peligroso el viaje a los caminantes.

El camino para Niquitao, como veremos más adelante, si bien fue la vía inicial de los colonizadores y la relación económica, cultural, social y afectiva de aquellos, puesto que casi toda la población era de origen trujillano, existía la dificultad de atravesar los páramos con sus cuestas y hondonadas de difícil y duro transitar. No solo había que salir de madrugada para llegar anocheciendo, sino también soportar el mal de páramo que a muchos dejó tullidos de frío a la vera de aquellos caminos pedregosos, quebrados y solitarios. Eran tan frecuentes los puntos donde había fallecido algún “*emparamado*” que se acostumbraba al pasar por el sitio del suceso, donde alguien había entregado su alma al creador, tirarle una piedrita y persignarse por la salvación de su alma, que se suponía en las penas del purgatorio y también para invocar su protección en aquellos pasos tan arriesgados, motivo por el cual, en su transcurrir se podían encontrar montículos de piedras pequeñas que recordaban al viajero los riesgos que corría y lo motivaban a redoblar el paso para alcanzar la cumbre más alta del camino. Las dificultades de ambas rutas hicieron preferible la de Calderas.

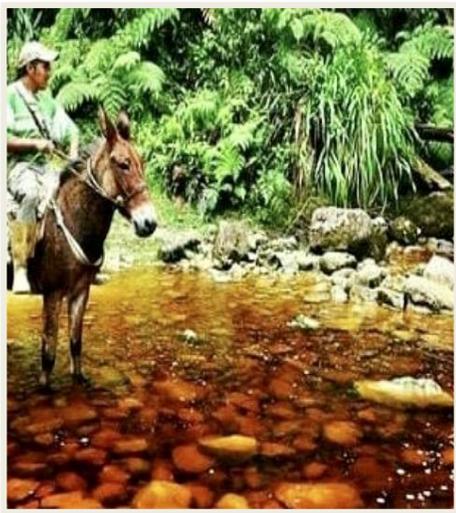


Otro puente colgante en la vía hacia Calderas, que muestra cierto deterioro y a la derecha una bella quebrada de aguas azuladas, que engalana la selva y hace un contraste con la hojarasca de colores ocres en el verano. 2005. Foto de Yolanda Azuaje Quevedo

Cuando se abrió *El Vegón* a la agricultura, se empezó a cultivar en mayor escala la caña de azúcar. Además de la fábrica de la panela para endulzar el café, hacer dulces y guarapos, también se inició más a escondidas, la elaboración del aguardiente, que por esos parajes llaman *miche zanjonero* o en lenguaje de galleros: *lavagallos*, ya que después de las peleas a estos plumíferos, sus dueños acostumbraban curarlos lanzándole buchets de tan concentrado grado alcohólico, para curarles las heridas.



Modestas casas rurales a la vera del camino junto a las pequeñas fincas. 2005. Foto Yolanda Azuaje Quevedo.



El maestro en su mula, pasando la quebrada amarilla y viandantes subiendo la “cuesta del diablo” en el viejo camino del Portachuelo hacia Calderas. 2005. Fotos Yolanda Azuaje Quevedo.

La panela tenía un proceso artesanal muy rudimentario a diferencia de las fábricas de los grandes trapiches. Se cortaban y limpiaban los tallos de la caña y se exprimían en unos trapiches hechos a mano, que consistían en un par de rolos de buena madera. Con su parte central como de 75 centímetros de longitud, completamente circulares y de unos 25 o 30 centímetros de grosor, con estrías en forma de rombos. En los extremos llevaban primero una parte redondeada, pero más delgada que la central, de unos 15 centímetros de diámetro para que rotara, que iba embutida en las bases laterales del trapiche, las cuales consistían en sendos horcones muy gruesos que a menos de un metro de altura se abrían en su parte interior para contener en ellas las dos masas redondeadas de la dura madera, las cuales sobresalían unos cincuenta centímetros por ambos lados de forma cuadrada, en las cuales iban dos orificios atravesados por sus respectivas palancas de madera redondeada y suavizada en sus entremos para mover manualmente las mazas en sentido contrario una de la otra por dos operarios. Estas mazas iban apretadas en forma gradual con cuñas también de madera. Por la parte central una tercera persona iba introduciendo en el medio, las cañas de azúcar y por el otro iba saliendo el bagazo o materia seca. El dulce jugo caía en chorros en un perolón situado en la luz que quedaba bajo las gruesas macetas del rudimentario trapiche.

Extraído el jugo, se colocaba en una gran paila, al calor de un fogón grande con un túnel alimentador, con leña y los propios bagazos de la caña ya secos, de procesos anteriores y el humo salía por una chimenea, todo hecho de ladrillos ennegrecidos por el uso. De esta primera paila, en la cual se sacaban las impurezas y *cachazas* se pasaba a otras en las cuales se iba batiendo y reduciendo hasta lograr una mezcla espesa, la cual se colocaba en hormas cuadradas hechas de madera, donde se secaban como panelas, listas para el consumo. En las cocinas, se colocaban cerca de los fogones o en improvisadas trojas donde también se solían poner los quesos frescos para su ahumado y conservación, y para tenerlas a la mano cuando se hacía el café y los guarapos o se endulzaba algún postre o comida.

Los trapiches generalmente estaban al otro extremo del patio de la casa, en un área techada como un ranchón o caney que albergaba el fogón, las pailas y un mesón en el cual se colocaban a secar las panelas para después hacer paquetes envueltos en

cascarones de cambur ya secos. Allí podían observarse los montones de bagazo colocados en las cercanías para su secado y utilización como combustible. En cambio, el aguardiente se acostumbraba elaborar en lugares escondidos, más bien recónditos, apartados de la vista de los caminantes, en un rancho construido entre los árboles y ubicado en un zanjón difícil de ser percibido a simple vista, para evitar ser descubierto por una eventual visita de las autoridades, que en este caso no existían, pues el comisario y los policías se hacían de la *vista gorda* y muchas veces eran también sus clientes favoritos.

El *miche* era elaborado por el método tradicional, mediante un alambique que solía encargarse a un latonero especializado y resultaba una inversión costosa, no solo por su construcción, sino también por el valor del cobre utilizado para soportar las temperaturas. Constaba de una gran olla o retorta sobre cuya boca iba una especie de cono invertido que hacía de tapa y terminaba en una boca o tubo, al cual llamaban *capuchón o capitel* y a partir de allí iba, de manera horizontal, una tubería más o menos larga y en espiral que se solía nombrar como *la culebra*, la cual actuaba como serpentín y terminaba bajando en ángulo recto por la tubería, también espiralada y colocada dentro de una olla o depósito con agua al natural, que ayudaba al enfriamiento del vapor que a través del proceso se convertía en un líquido transparente o aguardiente, que salía por la punta del tubo en un fino chorrito.

El jugo de la caña se dejaba fermentando en unos *pipotes* o toneles por más de una semana, a lo fines de que diera *el punto* adecuado para iniciar la destilación. Algunos acostumbraban utilizar la panela ya elaborada, la cual mezclaban con agua y otros aditivos y la dejaban fermentando igual. Cuando la fermentación llegaba a la condición deseada, se iniciaba el proceso de destilación. Los primeros escurrimientos que caían en un recipiente eran llamados "*miche de cabeza*" y se utilizaba para lavar los gallos después de las peleas o para desinfectar heridas. Era muy tóxico, y el alambiquero sabía hasta donde separarlo para garantizar que el de consumo humano no hiciera daño. Cerca de medio litro dependiendo del criterio del operario. Se aseguraba que el producto fuera efectivo y puramente alcohol etílico, que según la cantidad destilada podía llegar a tener de 40 a 60 grados, siendo los primeros litros en salir de mayor grado alcohólico que los últimos y dependiendo de los gustos lo

embotellaban separadamente o lo mezclaban. Tanto el *miche de cabeza* como el de “*cola*”, de muy bajo grado alcohólico eran separados del resto. Una vez culminada esta labor, que llevaba varias horas y generalmente se hacía por la noche para no llamar la atención, era envasada en garrafones o *pimpinas* para su comercialización y el de consumo local en botellas de un litro, de medio o de un cuarto.

## LA CAPILLITA Y LAS FIESTAS DEL PADRE

La primera capilla de Masparrito la hicieron en *convite* todos los pobladores, el año 1918. Con paredes de bahareque bien embutido y frisado, techo de broza y conopia y piso de tierra compactada con *pisones* hechos de madera. Un trozo rectangular, con la superficie alisada al cual se ajusta un *cabo* también del mismo material, que sirve de agarradero para lanzarlo una y otra vez contra el suelo, hasta dejar la superficie plana y nivelada. La pequeña casa de oración, surgió frente al descampado que fungía de plaza, haciendo esquina con la calle que sale hacia Calderas, como una modesta y sencilla construcción, parecida a un pequeño galpón, pero con el respeto y aprecio que la religiosidad de sus pobladores tenía.

Esa capilla se hizo a instancia del señor Antonio Briceño, un comerciante que provenía de Niquitao, quien invitaba a toda la población, incluso a las mujeres, a cargar las fajas de *mapora*, una palmera de tallos finos y largos, que se cortaban longitudinalmente, simulando varetas, para embutir el bahareque, que se amarraba con bejucos a los horcones de buena madera, haciendo una cavidad que se llenaba de barro para formar la pared, la cual se frisaba con el lodo amasado de tierra arcillosa, o gredosa, como popularmente se les decía. La cal para pintarla se trajo de Niquitao, a tres reales la arroba.

Antonio Briceño era una persona entusiasta, con carácter de buen comerciante, quién solía ir a Masparrito a vender ganado a veinte bolívares una res pequeña o en 30 si ésta era muy grande. Cuando se mataba un animal, la carne se vendía al precio de medio real la libra. Tiempo después de la construcción de la capilla y afianzada la relación comercial con las gentes, Antonio Briceño se mudó al caserío ya formado en *El Pueblito*. Alrededor del sitio donde se construyó esta primera Iglesia, una modesta capilla, se establecieron la mayoría de los pobladores. Se trazó una incipiente plaza en el descampado con sus cuatro calles entrecruzadas, su pequeña iglesia, haciendo esquina con la calle y casi al lado, vía de por medio con la casa de Guillermo Bastidas y su numerosa familia, la cual destacaba por su tamaño.

Más abajo, por la misma calle, la gallera, la Comisaría, posteriormente convertida en jefatura civil, un rosario de casas y un camino ancho al principio que se va prolongando como una cicatriz, atravesando el caserío del Portachuelo y se extiende en medio de la umbrosa vegetación, serpenteando la salida hacia *El Vegón* y la trocha que continua hacia Calderas, con algunas casas de gente recién llegada.

Por la misma calle, frente a la plaza, destacaban la casa de Miguel Antonio Cruz, padre y su familia, la cual a su muerte la dejó a uno de sus hijos, Jesús Miguel, al centro y más abajo las de los Azuaje, Teresio mientras vivió, Toribio, en la otra esquina, plaza por medio, frente a la Capilla, la de Juan Pablo y al fondo de la otra esquina cerrando la calle, donde empieza el cafetal, la de Teodolinda Montilla. Se podría afirmar, que la construcción de la Capilla, marcó la consolidación de aquella Aldea, que, con los caseríos vecinos de *Pueblo Nuevo, El Barrumbal, El Vegón, El Portachuelo La Vega, La Laguna y La Loma*, formaron una comunidad con identidad propia, una cultura e idiosincrasia común y una relación comunitaria que se daba alrededor de las labores agrícolas y de la incipiente vida social.

El Primer cura que visitó Masparrito, vino de Calderas a través del camino de este pueblo con Niquitao, el mismo que siguió Martí con sus 1.000 hombres en 1813 y también Bolívar en 1821. Aquel cura dobló hacia Masparríto por el páramo, antes de llegar a Niquitao, tomando la ruta hacia Masparríto, el año 1920. Prefirió esta travesía, más larga; pero más frecuentada y sin quebradas y ríos que cruzar, quizás porque la “trocha” directa desde Calderas era de difícil tránsito o también por ser aquel, el camino real que también tomaba el arzobispo de la Arquidiócesis de Mérida, cuando salía en Visita Pastoral viniendo por los campos y pueblos desde Altamira a Calderas, de esta a Niquitao, a Tostós y a Boconó.



Al frente, la capilla, recién pintada y a la derecha la antigua casa de dos niveles, que aún se sostiene y que, por un tiempo, albergó la primera escuela pública. En frente, parte de la plazuela con el camino empedrado en pendiente, por un lado. 2005. Foto Yolanda Azuaje Quevedo.



Pacífico Linares, al centro, a la izquierda su hijo, José Gregorio Linares y a la derecha Electo José Quevedo Camacho, frente a la capilla, ya remodelada. 2008. Foto de Arturo Quevedo.

Un grupo de pobladores salió a recibir al cura, en la *boca de la montaña*, que era un lugar de obligada escala, donde por arte de la altitud, de repente termina el bosque nublado premontano y se abre una explanada llena de luz y de sol donde empieza la vegetación paramera. Allí el camino de la selva espesa venía subiendo por una especie de galería o túnel formado por la tupida vegetación cuyos ramajes se juntaban sobre la angosta vía, por donde transitaban a duras penas gente de a pie, mulas de carga y

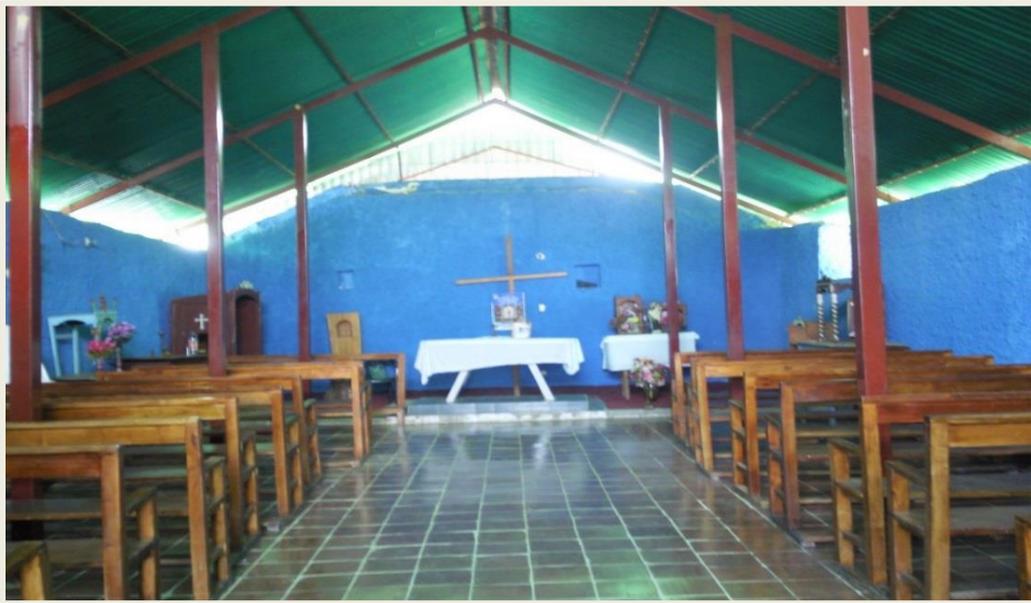
gente de a caballo. Al llegar a aquel lugar, llamado *El Almorzadero*, se pasaba de repente de la penumbra, que la sombra de la elevada vegetación hacía para impedir el ingreso directo de los rayos del sol, a un ambiente despejado y luminoso, donde una semi planada horadada en diversos caminos por los cascotes en el transitar de las mulas, cargadas con pesados fardos que sumaban hasta seis arrobas, servía como área de reposo, para hacer un alto en el largo camino y darle un descanso a las cansadas *bestias*..

Esta plazoleta con aspecto de campamento y una choza de horcones y techo de palmas, para evitar un día de lluvia y los rayos del sol, como si se tratara de una encrucijada, invitaba al viajero a hacer un alto en el camino por un rato, extraer los *avíos* para almorzar ya cerca del mediodía, revisar y apretar las cargas y asegurar bien las monturas, para enfrentar la muy quebrada y empinada cuesta para subir por *Las Tapias* y continuar hacia Niquitao. Allá en *El Almorzadero* esperó la comitiva al sacerdote que por primera vez visitó Masparrito. Lo recibieron con un *arco de ramas y de flores*, símbolo triunfal de bienvenida, quesos, gallinas bien cocidas, con su proverbial *pescuezo relleno* con las *menudencias*, huevos cocidos, cambures, guajes sancochados y dulce de nuez, todo colocado sobre hojas de cambur como mantel natural y para acompañar el yantar, un café bien aromático y caliente, preparado en el mismo lugar. No faltó el traguito de “*miche*” para calentar el cuerpo y unas copitas de vino “*Cinzano*” para el cura. De allí en adelante era todo un sentimiento de gozo y vivas al heroico padre y ya en el *Barrumbal* se fueron juntando a la comitiva gentes que salían de sus casas a vitorear al cura y a continuar con la romería.

Desde ese día hasta su regreso fue todo una fiesta sencilla y campesina, que sirvió de reencuentro y renovación de la fe para aquellas gentes dispersas por los campos. La vida social de aquel poblado se reducía a las parrandas con las cuales finalizaban los “*convites*”, los nacimientos, los velorios, la gallera y los bolos de los domingos y ahora por primera vez con la visita del “*padre*”, las fiestas patronales. Era el acontecimiento más importante del año, con confesiones, comuniones, bautizos, matrimonios, largos sermones invocando la bendición de Dios y fiestas populares, como aquellas que en esos lejanos parajes podían tener lugar: juegos de dados, de barajas, algún aventurero de esos que llevan una lotería de animalitos o una ruleta de la

suerte, buscavidas, y tal cual vendedor de golosinas. Más adelante visitó a Masparrito el padre Baptista proveniente de Niquitao. Ya para entonces había llegado mucha gente a sembrar café y a trabajar la tierra. Se había convertido en una pequeña aldea consolidada.

Julio Baptista, quien al igual que sus familiares fueron asiduos visitantes y comerciantes desde Niquitao, construyó unos hornos para quemar la roca y fabricar cal en El Vegón, en el nuevo camino hacia Calderas, al lado del río Masparro. Junto a la elaboración de panela y al alambique para destilar el jugo de caña y fabricar el “miche”. Esta fue la tercera pequeña industria que allí surgió, la cual no duró mucho. Los hornos fueron abandonados porque casi nadie compraba este producto, ya que las casas de los pobladores eran pocas y muchos de ellos se conformaban con mantener sus paredes con frisos de barro.



Vista interior de la capilla que ha sido remodelada. 2010. Foto Arturo Quevedo Camacho.

## DE NIQUITAO A MASPARRITO

El Comercio de intercambio fue inicialmente entre Masparrito y Niquitao. Había dos arrieros: Urpianito y Chico, quienes llevaban en la espalda cuatro arrobas de café más el avío por 8 bolívares de Masparrito a Niquitao y de aquí traían corotos de cocina tales como ollas, platos, cubiertos, tazas y otros útiles, así como víveres, alimentos enlatados, medicinas y algún otro encargo que les solían hacer. Los hacendados disponían de sus propias mulas y caballos de silla. El camino de Niquitao a Masparrito era muy transitado en la época seca o de “*verano*”, pues había que sacar el café y comprar todos los bienes de consumo. De Niquitao se salía por el camino del *manzanar* hasta llegar a la laguna, y bordeando la misma por el lado izquierdo, se empezaba a subir la cuesta hacia el Páramo, donde vivían los últimos pobladores. La subida empinada paramo arriba entre frailejones y vegetación propia de esos pisos climáticos, despedían con sus cortos follajes la última casa para continuar subiendo hasta llegar a un sitio llamado *El Alto*, en cuyo lugar había una naciente y un pocito para tomar agua pura y fría.

En este sitio la vista se extendía en todas direcciones. Un mirador espectacular desde donde se podían divisar picos y hondonadas de aquellas montañas vestidas de frailejones, que vistas desde lejos semejaban aglomeraciones de nieve matizadas con las pequeñas hierbas de los páramos. Un viento frío azotaba los rostros y la falta de oxígeno aceleraba la respiración de los viandantes. Allí se dividía el camino hacia Masparrito bajando por la izquierda o se continuaba por el filo hacia Calderas. Se bajaba una cuesta muy empinada hasta un portachuelo llamado *Pozo Negro*. Una laguna circular completamente oscura, que vista desde lejos parecía el ojo enorme de la naturaleza, que, con el reflejo del sol en su oscura superficie, parecía vigilar el destino de los transeúntes y advertirle los riesgos que corrían si no apuraban el paso. Luego se empezaba, otra vez a subir hasta alcanzar cerca de la mitad de la empinada montaña por unos caminos pendientes, llenos de cascajos y zanjas profundas, llamados *Las Alcantarillas*, para luego continuar más bien horizontalmente cortando el cerro,

por los *Caminos Reales*, que en realidad fueron hechos por el ganado que pastaba en los páramos y progresivamente mejorado por los viajeros en lo que se dio en llamar *El Paramito del Medio*. A la izquierda, viajando desde Niquitao, se veían las ruinas de lo que fue una casa, cuyos habitantes no pudieron aguantar la dureza del clima, la soledad y la escases de recursos, pero que sirvió por mucho tiempo para un breve acampar, tomarse un descanso y continuar bajando por unos lugares muy abruptos de rocas en bisel como paredes, que se llamaban *Las Tapias* a través de caminos angostos y con saltos en plena roca, peligrosos y de difícil transitar, hasta caer a un lugar llamado *El Llanito* ya frente a la *boca de la selvática montaña* que parecía la entrada a un túnel vegetal formado por la espesura del bosque. En ese descampado generalmente se descansaba y se comía en la tardecita, un *puntal* ligero con lo que quedaba de las viandas, si se venía de Niquitao o se almorzaba si se venía desde Masparrito, por eso también lo llamaban *El Almorzadero*

Para continuar la travesía los viajeros se internaban en la selva espesa, al final de cuyo trayecto, el viajero se encontraba con los primeros sembradíos de café, de maíz, yuca y cambures, al llegar a *El Barrumbal*. Más adelante pasaba *La Quebrada de los Quevedo* y atravesando los cafetales continuaba hasta llegar a un cruce, donde se abría, a mano izquierda, la salida para tomar hacia *La Loma* y Barrancas. A la derecha, en un pequeño recodo o altozano, el molino de trillar café, que, como un emblema de la condición cafetalera de sus gentes, daba la bienvenida a los viajeros. Un poco más allá a la izquierda, el lugar donde estuvo la casa donde yo nací, casi haciendo esquina con el camino que baja hacia *La Loma* y subiendo unos metros a la derecha la de Eugenio Terán, que aún hoy se conserva, las cuales anunciaban la entrada a *Pueblo Nuevo*, una sucesión de modestas viviendas en la antesala de *El Pueblito*. Por ese camino que consumía un día largo de andar a pie o a caballo, había que salir de madrugada para llegar anocheciendo, casi sin parar.

También se construyó en Masparrito una casa de dos pisos, de bahareque, techada de Zinc, hecha por el hijo de un general que vivía en Las Mesitas, un personaje con fama de ser adinerado, procedente del páramo de Cabimbú, quien llegó a ser Gobernador de Barinas. En esa casa vivió el hijo de aquel hombre, con mi tía

Crucita Bastidas, una de las hijas de mi abuelo Guillermo Bastidas. Cuando esta pareja abandonó Masparrito, años después, su dueño la vendió a crédito a un hombre sin bienes de fortuna, que no terminó de pagar la deuda y regresó la propiedad. Fue entonces que la compró Pedro Bastidas, hermano de aquella, quien culminó su construcción y se estableció en ella y a su vez, al mudarse a Calderas, y después a Barinitas, la vendió al hijo del llamado “Zarco” Félix, un catire alto con los ojos azul verdosos y bigote ralo, quién a su vez, la enajenó de nuevo a una persona que al poco tiempo se fue para Barinas, revendiéndola a un hijo de Pacífico Linares. Esta frecuente transferencia de la propiedad, ilustra claramente la movilidad social, en búsqueda de mejores lugares para vivir, de quienes se arriesgaban a dejar el lugar. Esa casa por ser la mejor del *Pueblito* fue utilizada por un tiempo como el local de la Escuela.



La casa de Ángel Daboín, con su esposa sentada, atendiendo una visita, En el “Barrumbal”. Ya casi entrando a la montaña, para seguir a Niquitao. 2005. Foto Yolanda Azuaje Quevedo.

Para viajar a Niquitao, aquellos que habían pasado algún susto con el mal de páramo o llevaban con ellos niños o personas mayores, preferían tomar una vía más larga, que generalmente se hacía en dos días, pero que atravesaba por diversos poblados, cruzaba la raya entre Barinas y Trujillo para acceder al camino de Boconó a Niquitao por “*El Canjilón*” o por *Bitisay*.

Los viajeros que optaban por este peregrinar, subían como quien va para *El Barrumbal*, hacia el camino de Niquitao; al llegar a la *La Loma de los Rondones* viraban hacia la derecha, se dirigían a *La Vega de los Apios*, accedían a *El Portachuelo*, y bajaban a *La Laguna*, para vadear el río *Azul* aguas arriba del paso que va para *La Loma*, continuaban su travesía hasta alcanzar *La Quebrada del Viejo*, y caminando por entre sembradíos y pequeños bosques aceleraban su andar para llegar al caserío de *Campo Alegre* y continuaban hasta acceder a la quebrada *Del Arco*, por un sendero que va atravesando cafetales y montes hasta llegar a *Las Agüitas*, donde muchos de ellos acostumbraban pedir posada en alguna casa y pernoctar hasta el siguiente día para continuar por *La puerta del Hoyo*, *Las Cortaderas*, entrar a *La montaña*, ya en los límites con Trujillo, continuar por “*Las Negritas*”, pasar la quebrada de *La Mitisús*, cuyas aguas cristalinas; pero torrentosas y aceleradas inspiraban respeto a los viandantes y obligaban a practicar un arriesgado equilibrista en un par de *rolas* de buena madera que en un lugar un tanto elevado, atravesaba la corriente de una gran piedra a otra, que servían de soporte. A partir de allí, se sube por un bosque cuesta arriba para luego bajar a *El Canjilón* o a *Bitisay* y ya por el camino real hacer su entrada a Niquitao.

## APARECIO LA ESCUELA

La primera Escuela privada que surgió en la aldea, fue regentada por el hermano de Francisco Volcanes, un hombre de fama y poca fortuna, de temple y revólver al cinto, blanco, más bien catire, delgado, vestido con gran pulcritud y manos bien cuidadas, de cuyo meñique le nacía como un sexto dedo. Muy respetado en Niquitao y con una familia numerosa, entre quienes destacó un amigo de infancia, Santana Volcanes, quien a la larga se convirtió en un prestigioso ingeniero de mantenimiento. Don Chico era el administrador de la hacienda del señor Emilio Batoni, un inmigrante quien estableció un comercio muy reconocido en Niquitao, en una casona frente a la Escuela Federal Graduada José Ricardo Gamboa y quien fundó allí una de las familias emblemática de ese pueblo, cuyos hijos, como hemos visto mantuvieron vinculación con gente de Masparrito y lo visitaban y fueron amigos de mi padre.

La segunda escuela privada fue la de Transfiguración Uzcátegui, quien cobraba cinco bolívares mensuales y le daba clase a 10 muchachos y a su vez los alumnos le regalaban al maestro huevos, pollos, leche y también arepas y otros alimentos. De esa pequeña escuela rural fue maestro Benito Hernández, personaje de *“letra menuda”* y gusto por *“empinar el codo”* quien se fue a Barrancas y a allí llegó a fungir como secretario del Juez. En Masparrito se casó con la hija de Transfiguración Uzcátegui, con quien tuvo sus hijos. Su hermana Berta sería con el pasar de los años, la esposa de Porfirio Linares.

A mediados de los años treinta, llegó el primer maestro pagado por el gobierno, Juan de Dios Becerra. Tal circunstancia fue muy celebrada por la comunidad y causó gran entusiasmo entre todos. El enseñante llegó a gozar de mucho aprecio entre los masparriteños y se desempeñaba con gran acierto. De todas partes aparecieron niños sedientos de aprendizaje y El Pueblito inauguró con alegría la algarada infantil de los niños en la plazoleta durante los recreos. Fue entonces que la escuela empezó a funcionar en la casona que fue de Pedro Bastidas. A la larga, su presencia

desencadenó un escándalo de faldas, muy común en la historia de los pueblos, especialmente en los pequeños, donde todo el mundo se conoce. El maestro, un hombre joven y bien parecido mantuvo un romance secreto con Rosa, la hija de Guillermo Bastidas, quien vivía con sus padres después de haber quedado viuda de Genaro Balza, con quien se casó en la *Boca del Monte*, un caserío lejano. Aquella pareja, santificada por la Iglesia, había venido a vivir a Masparrito, donde el varón murió. La relación entre el maestro y la joven viuda quedó al descubierto cuando sucedió un hecho inocultable, Rosa salió embarazada y con el pasar de los meses su vientre fue abultándose. Cuando aquella situación no se pudo mantener en secreto, se armó un follón. Aquella gente no podía aceptar ni soportar un hijo fuera del matrimonio, a aun cuando su padre Guillermo había tenido más de uno en esas condiciones. Ambos enamorados fueron incomprendidos.

El maestro fue transferido hacia Calderas y ella fue desterrada por su familia a vivir en un rancho en *El Portachuelo*, un caserío en el camino hacia Calderas, donde al cabo de unos meses, nació una hermosa niña, el 26 de agosto de 1938. Bautizada como Josefina, vivió las inclemencias de aquellos primeros años hasta que madre e hija migraron hacia Calderas y Barinitas. Esta muchacha hizo sus estudios en estas ciudades barinesas ya reconciliada con el resto de la familia que allí vivía, después de la muerte de su abuelo Guillermo. Josefina hizo carrera como maestra y Rosa, su madre formó una familia en la cual nacieron Urbano, Yolanda, Lesbia y Vidalito. Josefina, era una muchacha de contextura delgada y fina, blanca, de nariz aguileña, bien parecida, de modales elegantes y como toda maestra, de buen decir. Después de haber tenido varios pretendientes, como Perpetuo Montilla y Hercilio Camacho, se casó con una persona muy apreciada en la ciudad de Barinas, dirigente político del partido Copei, Mata Betancourt, con quien tuvo sus hijos: Augusto Antonio, Julio César y Juan Carlos. Allí se jubiló y entregó su vida al creador unos años después que su esposo, Mata se despidió de este mundo, ya entrado el Siglo XXI.

Pasada esta primera experiencia de la escuela pública, matizada de romance y conflicto familiar, vino una maestra y después otras. El libro primario valía un bolívar y el cuaderno y el lápiz una locha. Era muy usado el llamado *Libro Mantilla* en

formato pequeño, ilustrado con dibujitos sencillos, para la época una cartilla muy didáctica, por el cual aprendieron a leer y escribir muchas generaciones de muchachos. Entre los maestros más destacados en esos primeros años de la Escuela, está el hermano de Doña Josefa Sarmiento, también de Calderas, llamado Eduardo Sarmiento, quién se llevó a esa ciudad a un niño de Masparrito hijo de Isolina Becerra, llamado Juan Becerra, a quién apodaban “Juan Garras”, para darle los estudios. Juan llegó a desempeñarse como monaguillo en la iglesia de Calderas y hacer el trabajo de repartidor de telegramas. Sacó el sexto grado y lo nombraron maestro en Masparrito con un sueldo de 100 bolívares mensuales y también los alumnos, como a los anteriores le regalaban animales domésticos y otras vituallas para su propia manutención. Se desempeñó como maestro en diversos lugares y finalmente se fue a Caracas, logrando que sus hijos se graduaran en la universidad y a Isolina Becerra, su madre, le compró una casa en Calderas donde vivió hasta su muerte.

Una pareja de maestros que hicieron historia en Masparrito lo fueron Berta Hernández y Porfirio Linares. Berta nació en Calderas. Muy joven entró a la docencia como maestra en el caserío de Sacapán. Para el año 1950, con 20 años apenas cumplidos, fue trasladada para Masparrito como maestra de la escuela unitaria para atender los tres primeros grados que allí se impartían. Fue cuando conoció a Porfirio Linares, uno de los hijos de Eudoxia Linares y Electo Quevedo, quien se educó en la Escuela Federal Graduada José Ricardo Gamboa de Niquitao y con una formación excelente fue designado maestro. Nacido en Masparrito, lo nombraron maestro de la nueva escuela unitaria del *Barrumbal*, para enseñar a sus alumnos de primero, segundo y tercer grado. Cuando en la escuela de El Pueblito se creó el cuarto grado y sucesivamente el quinto y sexto, a Porfirio lo transfirieron para que impartiera tal enseñanza. Para entonces la Escuela era el centro de referencia de la comunidad. El foco de animación de la vida social y cultural. La fiesta del árbol, el 30 de mayo, era una celebración pública. Los maestros, niños y vecinos se reunían en la placita, con siembra de una planta, recital de poesías alusivas, carreras en sacos, piñatas y juegos diversos. Como esta y con parecido perfil, también se celebraban las festividades más relevantes, como el día de la independencia, el natalicio de Simón Bolívar, la batalla de Carabobo y los Símbolos de la Patria. Eran oportunidades para festejar y compartir

con padres y vecinos un rato de intercambio y de recreación. El fin del curso se festejaba con un paseo al río, en cuya playa se compartía el tiempo con un hervido de gallina, un curruchete, dulces de melcocha y juegos diversos.

Alrededor de estas actividades nació el romance entre los dos jóvenes maestros que se encontraron por la fuerza del destino como el uno para el otro en aquel apartado lugar. Berta era una muchacha más bien morena, de pómulos salientes, grandes ojos castaños, algo achinados, cabello negro y liso, una dentadura blanca con anchos incisivos, labios carnosos y un cuerpo exuberante y aunque esbelto, un tanto lleno, con un componente de sangre cuica que delataba su vigorosa figura. Al poco tiempo aquel noviazgo en una relación diaria dentro de la escuela, culminó en matrimonio, celebrado en Calderas en las vacaciones de navidad del año 51 y ya en septiembre nació el primer hijo. Con el advenimiento del primogénito, Waldemar y la necesidad de atender su maternidad, Berta se retiró de la actividad docente y se dedicó a la crianza de sus hijos, cuyo número fue creciendo rápidamente. Rosa Elena nació el 54 y Hermelinda en el 56 y poco a poco los siguientes. Su puesto en la Escuela fue ocupado por la maestra Nery Bodas, quién se convirtió en madrina del primero y con quién mantuvo una excelente amistad. Porfirio construyó una linda casita de bahareque y zinc al borde del camino, ya frente al cafetal, más allá del molino, al final de Pueblo Nuevo, donde fue creciendo la familia y donde en mi último viaje navideño a principios de los sesenta fui por la noche con mis primos Ramón Antonio, Román y otros muchachos de las cercanías, a cantarle aguinaldos con un cuatrico viejo y unas maracas que aparecieron esa clara y estrellada noche de verano. Toda la familia salió a la puerta y para dar las gracias, echó por la redonda boca del instrumento varios mediecitos de plata muy comunes como moneda de intercambio para las compras menudas. Porfirio tenía una especial vocación por la docencia.

Era un maestro muy didáctico y preocupado por su superación profesional. Sacrificaba sus vacaciones para trasladarse a Barquisimeto, donde cursó la carrera de profesor en el Instituto Pedagógico. Obtuvo calificaciones sobresalientes. Estaba culminando la carrera, cuando murió trágicamente. Fue uno de los educadores más dedicados, apreciados y respetados tanto por sus alumnos que aún lo recuerdan, como

por los padres de aquellos y por la comunidad. En los catorce años que llegaron a vivir como matrimonio tuvieron ocho hijos. Después de Ermelinda, nació Eulogia, justo cuando Porfirio estaba en Barquisimeto haciendo el curso de mejoramiento profesional. Murió del “mal de los siete días”, que así se solía llamar a la infección por tétano, cuando seguramente la comadrona no hizo la asepsia necesaria para curarle el ombligo y se contaminó. A partir de entonces Porfirio guardaba para los partos un kit que se solía vender entonces, llamado *Cura Umbilical*, el cual traía lo necesario: desinfectantes, guantes, tijeras, gasas, adhesivos y polvo cicatrizante. Después nació Ciro Antonio, quien murió a los tres años; Luis Alirio, el año sesenta; Ana Luisa en el sesenta y dos y María Clementina en julio del sesenta y cuatro, la cual apenas tenía ocho meses cuando murió su padre; dejando huérfanos a una camada entera de niños pequeños. A éste lo asesinaron los guerrilleros de 36 disparos de ametralladora en marzo del año 1.965, cuando aquellos, en una noche fatídica, llegaron a Masparrito a tomar las pulperías para aprovisionarse de víveres. Estos hechos tan memorables serán narrados más adelante. Ese día Berta quedó viuda con apenas treinta y cinco años de edad.

Entre los maestros de Masparrito cabe mencionar a un hermano de mi madre, mi tío Hercilio Camacho, quien fue nombrado preceptor de la Escuela. Allí se inició con él una brillante carrera. Sin embargo, su pacífica vida masparriteña, se vio interrumpida abruptamente por un romance análogo al que años atrás vivió el maestro Juan de Dios Becerra. En efecto, aquel joven maestro, soltero y querido por todos, se enamora de una de las hijas de Eugenio Terán y en medio de aquellas soledades y frecuentes paseos por los cafetales, no tardó la muy joven e inexperta muchacha, Amparo Terán, en quedar embarazada. Cuando la noticia se descubrió por el creciente abultamiento de su vientre, mi padrino Eugenio, a aun cuando siempre fue un hombre apacible y tranquilo, entró en cólera, pues tales hechos los consideró una traición y una afrenta al honor y a la confianza que le tenía. Por fortuna, el afectado se encontraba viajando a Barinas en asuntos de la Dirección de Educación que ya para entonces citaba a los maestros en tiempos de vacaciones para actividades de capacitación, supervisión y evaluación en un meritorio esfuerzo por mejorar la calidad de la educación rural.

Cuando se supo que regresaría el maestro, el ofendido padre ensilló su mula, cargó la escopeta y se fue a la entrada del pueblo a esperar al indiciado, quien sin saber que pasaba, venía alegre y desprevenido por el camino real, tal vez pensando en reencontrarse con su amada. Se salvó de una muerte segura porque Román, el hermano menor de la afectada, hizo caso a sus ruegos y salió corriendo, evitando el camino real, por entre trochas, cafetales y montes para esperar al joven preceptor más allá del poblado y después de donde el paciente vigía lo esperaba para vaciarle la escopeta de resultar cazado. Fue así como, cansado de vigilar la llegada de aquel, Eugenio Terán regresó ya entrada la noche un tanto molesto y defraudado por la infructuosa tarea, sospechando quizás que el afortunado maestro había sido advertido. El tiempo y la distancia sirvieron para perdonar aquella afrenta y cuidar a la muchacha, que lo convirtió en abuelo el 23 de marzo de 1959, ya en plena efervescencia democrática, cuando inauguraba su período constitucional el caudillo de Guatire y cofundador del largo ciclo democrático del siglo XX, Rómulo Betancourt.

Hercilio Camacho al ser advertido del destino que le esperaba en un recodo del camino, regresó precipitadamente a Barinas, solicitó un cambio de ubicación, que le fue concedido por su destacado rendimiento en el curso vacacional y de las estribaciones andinas, frías, nubladas y montañosas fue a dar con su joven y vital humanidad al pueblo de *“El Amparo”*, en la frontera con Colombia, a orillas del río Arauca, donde permaneció por algún tiempo. Su inteligencia y habilidad para ganarse la voluntad de sus superiores, logró que lo enviaran a especializarse en educación rural al Centro de Formación Rural del Mácaro, entre Turmero y Maracay, donde se graduó de Director de Núcleo Rural y fue destacado para Yumare, en el Estado Yaracuy, continuando una larga y exitosa carrera profesional.

Su distinguido desempeño lo llevó a ser el Director de Educación del estado Carabobo y ya jubilado, como el Director y accionista del Centro Universitario de Administración y Mercadeo, el CUAM, instituto de formación de Técnicos Superiores Universitarios que se extendió por todo el país. Logró fundar una Universidad Virtual en la ciudad de Miami de los Estados Unidos América y formar una numerosa y calificada familia, dejando en *“este Valle de Lágrimas”*, a su viuda, Fermina Camacaro, con una acomodada posición y a sus 14 hijos, con cuatro madres distintas, como accionistas de aquella institución. Murió a los 57 años de una serie sucesiva de infartos que fulminaron su generoso y apasionado corazón. No solo fue buen padre,

excelente educador y gerente, sino también un ser solidario con su familia, estuvo pendiente de sus hermanos y sobrinos y compartió con sus seres queridos y sus amigos una vida llena de alegrías y de un optimismo desbordante.

Desfilaron por la Escuela, ya establecida nuevos maestros como Ramón Cruz, Víctor Manuel Cruz, Isabel Cruz, Fernanda Cruz, hijos de Jesús Manuel Cruz, Antonieta Moreno, quién se casó con Jacinto Albornoz, un hombre aficionado a la cacería de lapas y picures que vino de las Mesitas con su familia y luego se mudó para Calderas. Antonieta era hermana de Roberto Moreno quién vivió en Barrancas, iba a Masparrito durante las fiestas patronales y actuaba como secretario accidental del Comisario Eugenio Terán, en los matrimonios que allí se celebraban.



De izquierda a derecha, la casa de dos niveles que perteneció a Pedro Bastidas, donde funcionó la escuela de Masparrito en sus inicios. Véase la calle empedrada que baja al lado de la plazoleta. Dos maestras con sus hijos, frente al patio de su vivienda. 2005. Foto Yolanda Azuaje Quevedo. Abajo, el maestro Hercilio Camacho (1960) y Amparo Terán (1965). Archivo familiar.

## “EL MAESTRO” BENCOMO, SUS MOLINOS DE PIEDRA” Y EL CAFÉ”

Los Bencomo llegaron a Masparrito en 1940. Uno de ellos, Luciano era carpintero, fabricaba urnas y muebles y también era herrero y albañil, hacía casas, *trojas* para guardar el café, piedras de molino o el sistema completo. Un molino para trillar estaba compuesto por *el rollo* o base central, en el cual se apoyaba un eje vertical que a su vez era cruzado por una viga de madera o *vigón*, la era o canal circular, en donde se colocaban las cerezas bien secas, provenientes de los patios donde se asoleaban; tenía una ancha senda circular alrededor de la *era* por donde transitaban los bueyes o mulas que tiraban del *vigón* que atravesaba la pesada rueda de piedra labrada, horas y días enteros hasta trillar el grano.

El trabajo más delicado era el de moldear la *pedra del molino*. El maestro Bencomo seleccionaba la piedra que consideraba más adecuada por su tamaño, dureza y calidad. Entonces iniciaba la lenta, larga y difícil tarea con cincel y martillo. De forma laboriosa y precisa, para separar lo innecesario e irle dando la forma circular que requería y luego abrir en todo el centro la cavidad perfectamente cuadrada por donde pasará el *vigón* que tirará de ella. Lo llamaban cariñosamente y con mucho respeto el “*Maestro*” Bencomo y era el padre de Santana Bencomo. Ellos vinieron de *Las Cortaderas* y se acomodaron en la Quebrada *El Viejo* luego se mudaron para Masparrito e hicieron una casa muy llamativa en *Pueblo Nuevo* donde se estabilizaron.

El “*Maestro*” Bencomo no solo fue un escultor de piedras para ruedas de molino. También fue un artesano muy fino, carpintero, herrero y albañil. En su amplia casa de “*Pueblo Nuevo*” instaló una fragua de fuelle tradicional, hecha por el él mismo. Esta, como casi todas, estaba constituida por un gran fogón que se *atizaba* con un fuelle de forma aplanada y cónica, con el lado angosto o boca hacia el fuego y la parte ancha como un pulmón hacia el otro extremo. Formado por varias placas móviles de madera pesada, forradas por una lona gruesa, reforzada con cuero, que hacía la gran cavidad y se consolidaba en su extremo metálico. El fuelle se levantaba por efecto de una palanca

con mango de madera y era movido por el operador, que con su doble accionar alimenta de aire el brasero para avivar la llama donde se funden hierros y otros metales. Con este artesanal artefacto calentaba al rojo vivo el metal para fabricar herramientas destinadas al trabajo campesino, escopetas de cacería, frenos para las mulas y caballos de silla, utensilios de cocina, bisagras para puertas y diversos encargos de la gente. También tenía su taller de carpintería para fabricar puertas, ventanas y muebles por encargo. Tenía a su disposición los tablones y pasadores para levantar paredes de *tapiál* con la técnica comúnmente usada en las tierras andinas. Era un hombre polifacético, un emulador del gran Leonardo en el campo venezolano.

También figuraron en Masparrito otros artesanos que se ocupaban de tales oficios. Entre ellos destacó Ángel María Rivero, escultor quien hizo varias figuras de santos y una de Simón Bolívar en madera. Este personaje, como se recordará, fue el padre de Victoria Rivero, la segunda esposa de Ismael Montilla.

Fue por entonces, que en sociedad Eugenio Terán, Electo y Ezequiel Quevedo mandaron a construir un molino para pilar el café, que estuvo por mucho tiempo en un alto cerca de las tres fincas y de sus casas, un poco más arriba de donde parte el camino *para La Loma* y continúa hacia Barrancas. Esta agroindustria, si así puede llamarse, se convirtió en un emblemático lugar, allí acudían los vecinos con sus cargas de *café en pepa* a trillar sus cosechas, días y noches enteras, dando vueltas a la era con el *vigón* tirado por un buey o una mula, que a paso lento giraba sin parar por largas horas, al ritmo de algunas canciones populares que el arriero entonaba para matar el tiempo.

Este emblemático molino a la vera del camino hacia Niquitao y del cruce hacia Barrancas, tenía una rueda de piedra de enorme tamaño, tallada a la perfección. Destacaba por su excelente acabado y gran capacidad de trillado. Pero no era el único, También lograron instalar el suyo, el propio Santana Bencomo, Eloína Montilla, Fabián Gómez, Cruz Castellano, Vicente Crespo y Jesús Manuel Cruz.

Cuando se procedía al trillado de la cereza ya seca, luego de culminada la rutinaria labor, se solía separar el café de las cáscaras y pergaminos, *polveándolo* mediante la operación de dejarlo caer sobre un lugar limpio y a veces sobre una lona de las que se usaban como encerado para cubrir las cargas en las mulas, desde un canasto a la altura del hombro de una persona, parada sobre el murillo de la era. El viento se encargaba de separar el grano de los desechos, mientras estos caían por efecto de la gravedad. Se recogía, se ensacaba para luego someterlo a un proceso de limpieza, en cedazos, para cernir el polvo y las impurezas del grano, eliminar los partidos y negros y ensacar y coser los sacos de un quintal, de cien libras, listos para el almacén y su posterior traslado y venta.

El café masparriteño, provino de semillas y plántulas traídas por los primeros ocupantes desde las fincas trujillanas, principalmente las ubicadas en las cercanías de Boconó. Para la época todos estos cafetales estaban conformados por la tradicional especie colonial *Coffea arabica L.*, de la familia de las *Rubiaceas*, que crece satisfactoriamente en laderas de montaña, entre los 700 y 2000 metros sobre el nivel del mar, cuyas matas suelen tener un gran tamaño, entre tres y cuatro metros y en algunos casos, pasan de los cinco, formando una macolla arbustiva perenne, que va trasladando su floración y por lo tanto su fructificación a las extremidades, de acuerdo con su proceso de crecimiento, haciendo más complicada la cosecha del fruto maduro. Como se sabe, sus ramajes están formados por hojas opuestas, de un color verde oscuro y brillante en cuyas axilas brotan las florecitas blancas, fragantes, con un aroma parecido al jazmín, que suele perfumar los campos donde la albura de sus inflorescencias se combina con el verdor de su follaje, al inicio de la primavera. De las mismas surgen los frutos, llamados drupas o popularmente *pepas*, inicialmente de color verde que al madurar se tornan amarillas y luego rojo púrpura, de un tamaño parecido a la cereza.

Cada fruto con dos granos al interior, cubiertos por varias membranas y entre ellas una pulpa o mucílago. Al cosecharlas, se ha ido sustituyendo aquella práctica tradicional del secado en *pepa* y el trillado en molino de piedra, por la de someter el fruto maduro a varios procesos de *beneficio*, mediante los cuales, se separa la membrana externa y la pulpa, en un molino a motor de gasolina o eléctrico con el uso

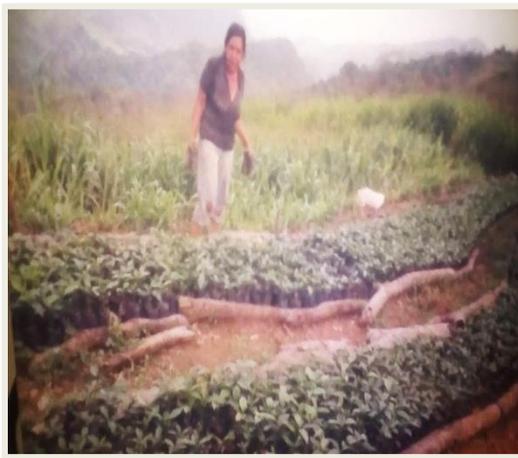
de abundante agua para su lavado. Luego, aún con su pergamino, se somete a un proceso de secado y finalmente al trillado, para liberar el verde grano de su fina cutícula. Ya con este seco, se suele ensacar para la venta y en las torrefactoras, se tuesta, se muele y empaqueta con destino al comercio minorista y al consumo final. Venezuela no solo ha sido consumidor de esta aromática y estimulante bebida, sino también un gran exportador del grano y hasta el siglo pasado llegó a tener una cuota de exportación de cuatrocientos mil quintales.

El cafeto proviene de la siembra de sus semillas en almácigos apropiados, de los cuales, ya con las dos primeras hojas, llamadas “*chapolas*”, se trasplanta a los respectivos materos en bolsitas de plástico para ser sembrados al inicio del período de lluvia. Al cabo de cuatro años de desarrollo se inician las primeras floraciones abundantes y cada mata puede llegar a producir entre medio y un kilo de producto final, aun cuando otras especies, como la “*robusta*” de sabor más amargo o la *libérica* un tanto insípida y menos aromática, pueden tener rendimientos más altos y ser resistentes a ciertas enfermedades que afectan la caficultura. Se dice que hay más de 100 especies de café, sin embargo, cerca del noventa y nueve por ciento del café que se comercia en el mundo proviene de la *arabica* y de la *canephora*, o *robusta* procedentes de África y Madagascar. La robusta suele tener un sabor más fuerte, amargo y textura menos perfumada y más áspera, con una concentración de cafeína que puede llegar al tres por ciento, mientras que la primera, más suave y de aromas muy afrutados, dulces, delicados y un tanto ácidos, no suele pasar del uno a uno y medio. El café procedente de Masparrito al igual que el de Calderas tiene fama nacional por su sabor y aromas ya que por su aislamiento conserva el valor genético de las plantas originales asociadas con la variedad “*típica*” que trajeron los españoles. Se suele afirmar que una taza de café puede desprender más de mil aromas y solo los gustos más refinados y sensibles son capaces de captar unos pocos de ellos, los cuales varían con la calidad y variedad de suelos y climas.

Estos arbustos van creciendo con los años y como es natural, envejeciendo, por lo cual los agricultores acostumbran podarlas de tiempo en tiempo para que surjan nuevos brotes. Modernamente se ha ido sustituyendo parte de las plantaciones arábicas tradicionales, por diversas variedades de menor tamaño y mayor

rendimiento como las llamadas *Caturra*, *Mundo Novo*, *Bourbon*, *Catuai*, *Moca*, *Java* y otras, que paulatinamente han ido reemplazando a las viejas para lograr un mayor rendimiento, plantaciones más densas por hectárea sembrada y con una menor exigencia de árboles de sombra, tan típicos en las siembras andinas tradicionales, llenas de guamos, bucares e incluso camburales dispersos entre los cafetales.

En Masparrito, no obstante, el cultivo ha ido pasando por un proceso de sustitución de las plantaciones originales y por pequeñas explotaciones ganaderas. La población que allí queda, requiere de un fuerte apoyo gubernamental para modernizar sus métodos de cultivo, el procesamiento del grano y la diversificación necesaria para mejorar la productividad y con ella el ingreso familiar. Por la gran pluviosidad existente, el café sustituyó sin grandes conflictos ecológicos a la vegetación preexistente. Permite preservar los suelos, evitar la erosión y mantener el clima, en una combinación donde se matiza el cultivo con los árboles de sombra que generan una relativa penumbra. Es una agricultura conservacionista. El Estado tiene planteado el reto de proteger a esta población de productores agropecuarios que ocupan un territorio rural profundo y garantizan la sostenibilidad ambiental.



Mujeres cultivando sus viveros de café. 2006. Fotos Yolanda Azuaje, acurrucada en el de la izquierda.

## **EL MAESTRO LUIS ZAMBRANO Y SU SISTEMA HIDROELECTRICO**

A principio de los años sesenta, en la primera gestión como gobernador del Estado Barinas del abogado, dirigente político y ganadero Luciano Valero, este progresista Barinés, quién se desempeñó dos veces como tal, en los períodos de Rómulo Betancourt y en el primero de Rafael Caldera, contrató a un famoso maestro de obras del Estado Mérida, para que construyera e instalara un sistema hidráulico en la quebradita que abastecía de agua al Pueblito, con la finalidad de servir de acueducto y simultáneamente de sistema hidroeléctrico, sin necesidad de combustible alguno. Un proyecto novedoso y duradero que seguramente resolvería dos problemas al mismo tiempo: agua potable y energía eléctrica, la luz. Era la marcha del progreso y el acceso de los masparriteños a la vida moderna.

Este señor, llamado Luis Zambrano, vino desde Mérida, mecánico e inventor, que se había hecho famoso instalando pequeños sistemas hidroeléctricos en pueblos y caseríos a los cuales no les llegaba la electrificación del Sistema Interconectado Nacional, por encontrarse en lugares muy apartados de las líneas de electrificación principales. Llegó a Masparrito en compañía de un hijo suyo, primero para conocer el lugar y determinar dónde podría instalar el mencionado artilugio y ubicar una fuente de agua cercana al caserío, que permitiera cumplir el cometido que le había sido contratado. Su primera gestión fue la de encontrar una casa donde alojarse y recibir comida. La familia que formaban Francisco Azuaje y Rafaela Quevedo, mi tía, y sus hijos, se ofreció a recibirlos en su casa y allí se alojaron. A su regreso, ya con el proyecto en la mente y la disposición de traer los materiales e iniciar las obras, llegó de nuevo al mismo hogar, con cuyos integrantes estableció una excelente relación de amistad. Le trajo una muñeca a la niña menor, Yolanda, que andaba cerca de los siete años y contrató como asistente personal a Rafael del Carmen, el hijo mayor, un muchacho que frisaba los dieciocho, muy despierto, quién conocedor del terreno, lo ayudó a ubicar el sitio más adecuado y le presentó a las gentes del pueblo que entusiasmados con la idea de recibir agua y luz le ofrecieron incondicional ayuda.

El maestro en cuestión cumplió su cometido. Estudió el medio ambiente local, seleccionó el lugar más apropiado y trazó su proyecto. El cemento, los tubos, los

materiales eléctricos, cables, aisladores, interruptores, protectores, bombillos, demás insumos y el *dinamo* o turbina que generaría la electricidad fueron trasladados con mucho trabajo. Los tubos a hombro de dos hombres cada uno, el cemento y demás materiales, en mulas de carga y la turbina en una *parihuela* en cuyos extremos cuatro hombres bien fornidos sostenían el pesado artilugio y se turnaban con otros cuatro a lo largo del camino, para soportar el peso de tal máquina. Con el apoyo de los pobladores se construyó el primer tanque como depósito para dejar caer por una tubería muy inclinada, de unas seis pulgadas de diámetro la columna de agua que con la fuerza de gravedad impulsaría la turbina generadora de la energía. Se construyó también el sistema de distribución y el cableado para el alumbrado público. Junto con el tanque principal que tendría una dimensión de dos metros de alto, unos cuatro metros de largo y tres de ancho para abastecer en forma sostenida la fuerza hidráulica necesaria para accionar la turbina en el verano, cuando el riachuelo se convertía en un hilo de agua sin fuerza alguna. También se construyó en la parte más alta del pueblito, al lado de la casa de dos niveles, una pequeña caja de agua, que hacía el papel de acueducto para repartir el vital líquido a las casas del pueblito mediante una red de tuberías. Se cortaron largos horcones de guayacán para convertirlos en postes de luz eléctrica y con ellos la instalación de bombillos en brazos de metal, bajo unos protectores de latón bien pintado, que, como platos colocados al revés, evitaban el sol y la humedad en un lugar tan lluvioso como aquel. Todo quedó a punto para inaugurar la obra, en la cual actuaron como asistentes del maestro, Rafael del Carmen y Hermógenes Azuaje. El primero, hijo mayor de mi tía Rafaela, un muchacho volantón, quien después de obtener el sexto grado en la escuela local, se dedicaba con su padre, Francisco Azuaje a las labores de agricultor, pero que había demostrado muchas habilidades para la mecánica y a quién el maestro Zambrano le tomó cariño y confianza pues lo acompañaba a todas partes y le fue explicando en qué consistía el sistema y su funcionamiento. Cuando terminó la original obra, lo entrenó en el arte de encender y apagar la turbina y poner a tono su funcionamiento. A Hermógenes lo capacitó en el manejo del acueducto y la conexión de tubos y plomería. Ya cuando terminó la obra y vino por última vez a supervisar su funcionamiento, le vendió las herramientas para operarlo: una *tarraja* para hacer las roscas a los tubos y para conectarlos, dos llaves inglesas para asegurarlos y apretar los respectivos anillos y

codos y algunos alicates, seguetas y llaves de uso general. Lo dejó encargado del mantenimiento y las reparaciones necesarias. Ninguno de los dos devengaba sueldo alguno y lo hacían como servicio público.

El maestro constructor, al culminar los trabajos, advirtió, sin embargo, que no debería llenarse el estanque hasta después de quince días, para garantizar un perfecto fraguado del concreto y se marchó confiado para Bailadores, su pueblo natal, con la idea de regresar a la inauguración de la obra pública. Sin embargo, aquella comunidad impaciente por ver la luz eléctrica, al cabo de tres días, que parecía una eternidad y al ver que el tanque aparentaba el haber secado, no aguantó la tentación de llenar el depósito y al llegar la noche, ya con el agua rebosante, procedieron a encender el *dinamo*. La alegría de la población fue indescriptible. “*Llegó la luz!!*” gritaron todos. Un entusiasmo general recorrió las casas hasta *Pueblo Nuevo* a donde también alcanzaba el tendido eléctrico y aquella noche bailaron y cantaron en varios lugares, con el mayor entusiasmo porque el progreso, ¡por fin!, había llegado a Masparrito.

Antes de medianoche, *se fue la luz*. Sorprendidos por lo ocurrido, un grupo de aquellas gentes, un tanto achispados por los tragos de *miche* y curiosos por saber que había pasado, encabezada por Rafael del Carmen Azuaje Quevedo, que, a la sazón, había sido nombrado encargado de prender el sistema, se dirigió al lugar, linternas en mano, para ver qué había sucedido. Cuál no sería su sorpresa que al llegar al lugar y subir hasta el tanque alimentador, pudieron constatar que la presión del agua había roto el concreto, aun sin fraguar, alrededor del tubo y el agua escurría por el boquete sin contención alguna. Las sabias palabras del maestro de obra ausente, cayeron como una centella sobre las mentes de quienes ignoraron la advertencia. No pudieron esperar quince días para superar la obscuridad permanente de sus noches. Nadie en aquel pueblo tuvo la iniciativa de arreglarlo y Masparrito nuevamente, quedó sumido en la obscuridad. Cuando el maestro regresó preparado para poner en marcha la obra, que con tantas dificultades y trabajo había podido realizar e ilusionado por dejar todo listo para su eventual inauguración por el Gobernador o el Secretario General de Gobierno, se encontró con tan infeliz sorpresa. Reunió a la gente del caserío y con la paciencia de un profesor, les explicó como fragua el concreto y por qué se requiere

hasta de un mes para que la mezcla quede firme y la razón por la cual en la parte baja del tanque la presión del agua ejerce una fuerza descomunal contra la boca por donde sale el agua. Les indicó que lo reconstruiría en un nuevo intento por poner la obra en condiciones; pero les hizo prometer que esperarían por él para encenderla de nuevo, reforzaron el desvío de la corriente, para evitar que el tanque se llenara y una vez culminado el trabajo se volvió a marchar.

Cuando por fin el *Maestro Don Luis* regresó a prender el Sistema, pudo repetir con certeza aquella frase bíblica: “*hágase la luz*” y El Pueblito y Pueblo Nuevo se iluminaron para alegría de todos. Mas, sin embargo, en pleno verano, el agua del tanque se gastó en cuestión de dos horas, pues la fuente que quedaba al vaciar aquel depósito, no lograba la fuerza suficiente para mantenerlo funcionando. Por esta razón, después de negociar un aumento de obra con el ejecutivo, se construyó un segundo tanque más arriba, que permitió unas horas adicionales de luz en el período seco, pues en invierno, el torrente de aquel riachuelo era suficiente para mantener el servicio en forma permanente. Rafael del Carmen bajaba todos los días cerca de las seis de la tarde, muchas veces acompañado por Yolanda, a encender la luz y se lanzaba camino abajo a las seis de la mañana para apagarlo, pues en el pueblo no existían artefactos que hicieran necesario mantenerlo encendido durante el día. Tiempo después Jesús Manuel Cruz se compró un radio eléctrico que hizo las delicias de todos los vecinos, que por la noche se acercaban a escuchar los programas musicales y a vincularse con la civilización y las noticias que desde la capital llegaban a torrentes. Lo siguió en este empeño Ismael Montilla, Eugenio Terán y Electo Quevedo que también se compraron uno parecido.

Luis Zambrano, resultó ser no solo un excelente maestro de obra, según la Biblioteca Luis Zambrano (2015), no era un hombre común. Masparrito tuvo la suerte de contar para su obra emblemática, con un destacado inventor, cuya fama lo llevó a ser designado por la Universidad de Los Andes como *Doctor Honoris Causa*. Nació este personaje en la ciudad de Tovar, el 1º de mayo de 1901. Apenas llegó a cursar el 4º grado de educación primaria. Por su inteligencia muy desarrollada para la mecánica y la electricidad, como un neo Leonardo, se dedicó a construir máquinas y herramientas

que le dieron un medio de vida y una fama bien ganada. Ya en el mismo Bailadores, antes de que existiera planta eléctrica, había construido tres trapiches para moler la caña de azúcar y obtener su jugo para fabricar panelas. Desarrolló una máquina podadora de fresas, una zaranda para limpiar y clasificar los ajos, iluminó su casa con una turbina servida por el agua de un manantial y cuando su fama fue creciendo, lo contrataron para construir sistemas análogos en pueblos apartados como Canaguá, Mucuchachí, San José de Acequias, Río Negro y San Antonio de Estanques, parecidos al de Masparrito. Dejó también como legado, tornos, procesadoras y secadoras de café, trapiches, moledora de granos y de huesos, taladro perforador a motor, montacargas, tornos y generadores. Fue pues un verdadero genio a quién Dios le regaló no solo una inteligencia despierta sino también una larga vida, que la entregó al creador a la edad de 89 años, el 15 de agosto de 1990.



Don Luis Zambrano.  
Foto Tecnologías  
Libres y Populares

La instalación combinada en Masparrito de la electricidad y el acueducto, fue un significativo progreso para el pueblo, sin embargo, no duró mucho tiempo. Al cabo de varios años Rafael del Carmen Azuaje, quien fue el operador del sistema, tuvo la necesidad de migrar hacia Barinas en busca de un trabajo remunerado y el equipo

quedó bajo la operación de voluntarios que poco sabían de su funcionamiento. Una crecida muy grande del riachuelo aunado a la falta de mantenimiento y la desidia lo paralizaron. No encontró ya quien lo reparara. La acción del inclemente clima, cuyo ciclo de lluvias es casi todo el año y el abandono, lo condujo irremediablemente al deterioro. Poco a poco fue siendo objeto de pillajes hasta cuando las instalaciones fueron desapareciendo y la turbina destinada por algunos *vivos*, para su propio beneficio. Solo queda el recuerdo. Pasados unos años, otra vez la obscuridad. Muchos años después se han instalado paneles solares que con nueva tecnología han llevado el fluido eléctrico a una población con nivel de Parroquia. Rafael del Carmen murió en Barinas, joven aun, cuando 1987 un camión en retroceso, en una calle de aquella ciudad, lo golpeó mientras revisaba su bicicleta. Un desprendimiento simultáneo del hígado, el bazo y los riñones hicieron que expirara al poco rato. Apenas tenía 43 años.



**El riachuelo cerca del pueblito, que sirvió para alimentar el sistema hidroeléctrico, funciona como balneario natural para las personas de aquella aldea. 2005. Foto Yolanda Azuaje Quevedo.**

## LA ENFERMERIA Y LOS PRACTICANTES

Masparrito permaneció por mucho tiempo sin un enfermero o *practicante* que atendiera sus necesidades básicas de salud y menos aún de un médico, que visitara el poblado de vez en cuando. Fue Leonidas Terán el primer vecino, que por sus conocimientos y estudios auto didáctico diagnosticaba a los enfermos y recetaba lo que consideraba más conveniente. También lo fue el propio Jesús Manuel Cruz, quien actuó a lo largo de su vida, como médico informal, atendía parturientas, recetaba medicamentos, sacaba muelas y auxiliaba enfermos. En ese mismo ministerio se desempeñó de una manera un tanto empírica Santana Bencomo, quién rezaba las picadas de culebra, realizaba prácticas *yerbateriles* y gozaba de gran prestigio social. La gente le tenía mucha fe y lo visitaban de caseríos vecinos, de Calderas, Niquitao y Barrancas.

El primer enfermero *practicante*, denominación generalizada para los enfermeros no graduados en ese *Puesto de Socorro*, oficialmente nombrado para atender a Masparrito y caseríos circunvecinos, fue Segundo Cordero, por los años cincuenta. A Segundo, lo sucedió en el oficio Jesús Manuel Cruz, quién continuó asistiendo pacientes aun después de haber dejado el cargo. Se desempeñaron sucesivamente, Honorio Linares, Rafael Hoyo, quién era caldereño, Omar Mora, el hijo de Salomón Mora, Dionisia Antonia Rivas, y el propio Leonidas, en los años sesenta, cuando lo denunciaron por praxis médica ilegal, fue a Barinas con un saco de libros y regresó con un reconocimiento de su labor. Su esposa Rosalía colaboraba con él en las curas y colocación de inyecciones. Fue sustituido por una "*practicante*" por los años sesenta y dio los primeros auxilios a Electo Quevedo el 15 de marzo de 1965 cuando una bala le atravesó la mejilla. En marzo de 1973 asumió el cargo Ramón Antonio Terán Quevedo. A raíz de su salida de Masparrito, se encargó de la Enfermería Elio Cruz, el sobrino de Jesús Manuel Cruz y cuando a Elio lo trasladaron para el caserío La Maporita, en el camino hacia Barrancas, tomó posesión como sanitarista, el *practicante* Lucio Montilla, el hijo de Adolfo Montilla y así ha venido evolucionando este modesto puesto de primeros auxilios, para convertirse ya con el bautizo de Masparrito como Parroquia, en un "*flamante*" Ambulatorio en la misma casita un tanto destartalada donde ya estaba.

Al principio, la llamada enfermería, funcionó en la casa de Valerio Uzcátegui, la cual quedaba frente a la plazoleta. Después la mudaron para la casa de Plinio Linares, donde ha permanecido y al parecer fue comprada por el Gobierno para que continuara cumpliendo estos fines. Ocupaba la sala de la pequeña vivienda, con puerta hacia la calle y una ventana. Su equipamiento elemental consistía en una camilla, un pequeño escritorio con sus sillas y un par de anaqueles donde se colocaba un tensiómetro, el termómetro, un equipo de cirugía menor para casos de emergencia, una bandeja con pinzas, el mertiolate, el yodo, el adhesivo, la gasa, el algodón, el hilo de suturar heridas y las medicinas que allí se disponían, inyecciones de penicilina como antibiótico genérico, pastillas para la fiebre, el dolor de cabeza y estomacales, vitamina K para parar hemorragias, el toxoide antitetánico, desparasitantes y algunas vitaminas.

Uno de las practicantes más destacadas lo fue Ramón Antonio Terán Quevedo, quien nació en Masparrito por el mes de diciembre del año 1947, hijo de Eugenio Terán y Virginia Quevedo. Había estudiado la primaria en Barrancas y la secundaria en Barinas, el primer y segundo años en el Liceo O'Leary y el tercero en el Instituto San Rafael, en clases nocturnas. Presentó una entrevista de trabajo con el Jefe de Servicio para la época, el médico Reinaldo Spooner. Logró que le dieron la oportunidad de hacer un curso teórico práctico de tres meses, sobre conocimiento de las funciones a realizar, en los Servicios Cooperativos de Salud y en el Hospital Luis Razetti, para que continuara estudios teóricos dirigidos por su cuenta, mientras ya se desempeñaba como *practicante* en la aldea Masparrito, a donde lo mandaron desde marzo de 1973 hasta diciembre de 1974.

La pasantía por el puesto de primeros auxilios de Masparrito de Ramón Antonio no llegó a los dos años. Su presencia, con cursos y prácticas realizadas tuvo un gran impacto en el mejoramiento de la salud de aquellas gentes. Fue el primero en introducir los protocolos de vacunación para los niños. Aplicó la vacuna triple contra difteria, tétano y tosferina; la vacuna contra el polio y también la BCG, para prevenir la tuberculosis. Llevó el suero antiofídico con lo cual pudo salvar muchas vidas de personas picadas de culebras y realizó campañas de desparasitación.

Acostumbraba utilizar la escuela y el apoyo del maestro para motivar a los alumnos y hacerle llegar un mensaje a sus padres y también para vacunar a quienes ya tenían más de seis años. Cuenta que la primera vez que lo intentó, habló con el maestro y este le permitió dar una charla sobre las distintas enfermedades graves y sus efectos en las personas y como se podían prevenir con la aplicación de las vacunas. Terminada la exposición, el maestro dio la palabra a sus alumnos para que preguntaran y algunos de ellos manifestaron que sus padres les habían dicho que no se vacunaran porque era muy doloroso y les salían unas pústulas muy feas que le dejaban marcas cuando le *pegaba*. El maestro preguntó a los veintidós muchachos que allí estaban, que levantaran la mano quienes no querían vacunarse. A quienes lo hicieron, les indicó que hicieran una columna a mano derecha y acto seguido le dijo al enfermero practicante: “*vacúnelos de primerito para que no se vayan a ir sin la inyección*”, y uno por uno fueron pasando por el mesón. A partir de entonces todos aceptaron la vacunación como un beneficio.

Ramón Antonio fue un enfermero caminante y a domicilio. Hacía recorridos por los campos para observar la salud de las personas. Era frecuente que lo fueron a buscar incluso a deshoras, a veces por la noche o en la madrugada para que atendiera una emergencia. Un anciano que se deshidrató en su casa por una gastroenteritis: acudía con sus sueros para hidratarlo y los antibióticos y pastillas de que disponía para parar aquellas mortales diarreas. Una mujer que se cortó un pie y se estaba desangrando: corrió presuroso, limpió la herida, le puso el toxoide, la vitamina K y le suturó la herida, colocando una venda compresiva para facilitar su mejoría. Una parturienta que no botaba la placenta y se encontraba postrada en la cama, casi moribunda, donde la comadrona ya no sabía a qué recurrir: le aplicó sueros, la limpió como pudo, le inyectó un antibiótico y la envió a Barinas, donde le hicieron un curetaje y al año siguiente ya volvió a ser madre.

En una oportunidad pensó que caería preso por un accidente que ocurrió en la propia enfermería: llegó un muchacho como de dieciocho años con llagas en las piernas, muy desesperado por el dolor y el aspecto de las mismas. Le rogó que lo curara. Estaba en el lugar con dos vecinos que solían acercarse para matar el tiempo en los días sin incidentes, que transcurrían en la monotonía de un pueblo pequeño.

Ramón Antonio le preguntó si era alérgico a la penicilina. “¿*Qué es ser alérgico?*” Le preguntó el muchacho. Él le explicó lo que pasaba. El joven negó y siguió insistiendo. Fue entonces cuando Ramón Antonio tomó una dosis, la preparó, mezclando el contenido del polvo liofilizado con el suero, llenó la jeringa, el muchacho desnudó su nalga y se preparó para la punzada. Apenas le había introducido la punta de la aguja, cuando aquel mozalbete cayó al suelo temblando y al parecer quedó como muerto. El *practicante* asustado por lo ocurrido y al no tener a la mano ningún antialérgico salió corriendo a la casa de Jesús Manuel Cruz, a ver si lo tenía y este le dijo que creía disponer de un frasco, pero no lo encontró. El enfermero más preocupado aún pasó por la casa del Comisario Rodrigo Cruz y le contó lo ocurrido. Le aclaró que había cumplido con el protocolo de preguntar delante de dos testigos que a la sazón estaban presentes en el lugar, si era alérgico al medicamento y el haber manifestado su negativa. Todo para tratar de curarse en salud de un homicidio culposo. Fue entonces cuando juntos regresaron al lugar de los hechos con la idea de levantar el cadáver. Mas, sin embargo, cuando llegaron el muchacho estaba tranquilo, sentado en una silla sin signo alguno que delatara su reacción. No pasó de un gran susto.

En tan poco tiempo tuvo que lidiar con varios casos de mayor gravedad. Un día, ya en la novecita llegaron afanados a su casa para buscarlo, una mujer y otro muchacho. “*Hay heridos graves por una pelea a machetazos*”, le dijeron. Fue a la carrera a la enfermería a buscar el maletín de primeros auxilios y al llegar al lugar de los hechos, se encontró con ambos rivales, tendidos en el suelo: Ramón Camacho y Elbano Rivero. El uno con una herida profunda y sangrante en el hombrillo, entre el omoplato y la nuca y el otro con un brazo inmovilizado. Le aplicó la cura tradicional, desinfección de las heridas, compresión con gasa para parar la hemorragia, toxoide, vitamina K y un antibiótico y con unos vendajes y cabestrillos, los mandó de inmediato a caballo para Calderas.

Otro día, cerca de las diez de la noche, cuando empezaba a conciliar el sueño profundo, sintió que tocaban la puerta con agresividad y con los gritos despertó de improviso: “*¡¡Ramón!! ¡¡Ramón!! ¡En la loma hubo una desgracia!*” Se levantó en el acto, fue a recoger su ya famoso maletín y sin perder tiempo emprendieron el largo viaje hacia *La Loma*, en el camino hacia Barrancas. La pelea fue en el patio de la familia Jauregui. Abraham uno de los hermanos, tenía una hija veinteañera, bella y

lozana, con el encanto de la juventud campesina, color canela oscura y larga cabellera negra y lisa, que le llegaba a la cintura. Desde algunos meses atrás, le hacía carantoñas a un muchacho de Niquitao, Felipe Hernández, el hijo de Angelino Hernández, que, con sus veinticinco años bien logrados, con un porte varonil y una actitud cautivadora, había enloquecido de pasión a aquella muchacha un tanto ilusionada. Su padre Abraham Jáuregui ya sospechaba de aquellas visitas y se puso en guardia para evitar que le fueran a maltratar su virginal heredera. Aquel atardecer, ya casi anocheciendo, estaba a punto de ocurrir lo inesperado, con el riesgo de que el mancebo se la robara en las narices de su propia familia. Abraham atacó al sorprendido e infortunado pretendiente y junto con él, su hermano Fabricio se abalanzaron sobre el joven rival. Felipe se defendió como un felino, puñal en mano logró propinar unas cuantas cuchilladas a sus adversarios, tanto en el abdomen como en el pecho; pero no pudo esquivar la superioridad de la cayapa y en la lucha, ya en la penumbra del anochecer, resultó cosido a puñaladas y masacrado por la violencia pasional llena de adrenalina del padre y del tío, en una pelea mortal.

Cuando llegaron al lugar de los hechos, el *practicante* y sus acompañantes, donde también se contaba el Comisario, después de medianoche, el joven estaba tendido en el patio, en un pozo de sangre. Su cadáver, con el frío de la muerte que acompañaba al de la madrugada y los dos hermanos tendidos en una cama, ensangrentados por la hemorragia y afectados por el dolor. “*¡Nos vamos a morir como unos pendejos!*” le gritaron a Ramón como saludo, casi al unísono. El enfermero con mucha serenidad revisó las heridas, las limpió y le puso unas compresas, luego se las vendó y como acostumbraba, puso el toxoide y el antibiótico junto con una inyección de vitamina K y en una hamaca sacaron al más grave y a caballo al otro reo de homicidio y los llevaron hasta las vegas del *Toro*, más allá del río Masparro, donde un *Jeep* los trasladó hasta Barrancas. Allí los aguardaba la Policía Técnica Judicial, que les dio escolta hasta el hospital y ya recuperados, a la cárcel pública de Barinas, donde pagaron su condena. Se tronchó una vida joven llena de ilusiones, sueños, esperanzas y apasionados sentimientos. La muchacha amargada por la tragedia no quiso relacionarse con nadie más y los hermanos, padre y tío tuvieron que abandonar la familia, el hogar y la finca que les servía de sustento, para pagar condena en aquella vieja cárcel que una vez fue también cuartel militar y escenario de múltiples batallas en la toma de Barinas por los realistas y más tarde por federales.

Cuando Ramón Antonio fue llamado a nuevos cursos para asumir como Asistente de Salud Pública, empezó un amplio trajinar. A partir de enero de 1975 ingresó *al* Servicio Regional de Dermatología Sanitaria, adscrito a la Dirección Regional de Salud, que antes se conocía como Servicios Cooperativos de Salud, donde realizó su larga carrera como funcionario público. Fue enviado a Maracay, al Servicio de Dermatología de Aragua, donde realizó un curso teórico práctico de seis meses, en el Hospital Central de esa ciudad, haciendo trabajos prácticos y de campo en áreas como Villa de Cura, San Casimiro, la Colonia Tovar, Costa de Maya y otros poblados en compañía de un equipo que lo formaban dos médicos de la especialidad. Estas giras tenían funciones diversas, como el dictado de charlas en educación sanitaria, visitas domiciliarias, búsqueda de casos nuevos, tratamiento de enfermos de lepra, leishmaniasis y oncocercosis. También realizó cursos de laboratorio en la Escuela de Dermatología de Villa de Cura. Le otorgaron el diploma de Asistente de Salud Pública, con el cual se desempeñó a su regreso en la Unidad Sanitaria de la ciudad de Barinas. En la lucha contra esta enfermedad acompañó como asistente al Doctor Jacinto Convit en las visitas investigativas que el ya famoso y abnegado sabio hizo a Barinas y por su recomendación hizo un curso en el Instituto de Biomedicina del Hospital Vargas.

A partir de aquellas capacitaciones, incorporado *al* Programa Dermatológico de Lepra y Leishmaniasis. Entonces inició un periplo por Barrancas, Sabaneta, Quebrada Seca y otros pueblos recabando información y detectando enfermos para someter a tratamiento. Este programa para entonces gozaba del apoyo de la Organización Mundial de la Salud y el suministro de medicinas y financiamiento de equipos como vehículos, lanchas, microscopios, equipos diversos, materiales y dinero efectivo para gastos del programa, viáticos e incluso ayudas para los enfermos, apoyado por el llamado “*Americancare*”, iniciativa financiada y patrocinado por los Estados Unidos de Norteamérica. Al identificar un afectado por la temida y bíblica enfermedad, al paciente se le hacía una historia clínica junto con sus allegados. La lepra ataca el sistema nervioso periférico haciendo perder la sensibilidad del enfermo, por lo cual con el roce se afectan manos, pies y otras partes del cuerpo. Al enfermo le tomaban muestras en las orejas, los codos, las rodillas y exudados de sus secreciones de la nariz y líquido lumbar, para examinarlas periódicamente, con un despistaje bacteriológico trimestral, con el propósito de determinar la evolución de la enfermedad, la cual era

tratada al principio con Sulfonas. Posteriormente, a partir del año 1.986, después de muchas investigaciones, la OMS determinó un tratamiento triple, llamado *Poli Quimio Terapia Supervisada, PQTS*, compuesto por una combinación de tres medicamentos, *Lampreen, Rifampicina y Sulfona*, administrado vía oral, cada quince días, cuyos resultados eran a largo plazo, generalmente un año o más. El paciente se mantenía supervisado por dos años adicionales en una vigilancia post tratamiento y al cabo de los cuales se daba de alta. Actualmente se administran combinadas la *Rapsona, Rifampicina y Cofacimina*. Este tratamiento era supervisado por el enfermero, quien llevaba un control de cada paciente

En cuanto a la *Leishmaniasis*, tan frecuente en lugares cercanos a los ríos y quebradas, especialmente en lugares como Quebrada Seca y otros pueblos con similares ecosistemas, lo primero que hacían era el diagnóstico clínico para iniciar el tratamiento reforzado con "*Glucantine*", cuyas dosis se administraban de acuerdo con el peso y la edad del enfermo; una inyección diaria por 15 días con intervalos de descanso y la vacuna de la "*BCG*" modificada para generar anticuerpos contra la *Leishmaniasis*. Al igual que en el caso de la lepra, se le tomaban muestras de sangre, frotis para el análisis microscópico y biopsias, que se enviaban para el estudio histopatológico a la ciudad de Caracas en el *Instituto de Medicina Tropical*. Junto con el trabajo con los pacientes, el asistente de sanidad salía en compañía de médicos investigadores a la captura de los mosquitos transmisores en las orillas arenosas de las vías de agua, para los estudios entomológicos relacionados con los agentes transmisores de la enfermedad, usando lámparas y trampas recolectoras.

Ramón Antonio volvió varias veces a Masparrito acompañado de médicos investigadores en campañas epidemiológicas. Aun estando en aquella aldea, aún muchacho de apenas diez años, en 1957, recuerda la visita del médico Efesio Giordanelli, un dermatólogo de origen italiano quien llegó al país el año 47 y trabajó en el Ministerio de Sanidad. Este abnegado galeno, solía aventurarse por los campos estudiando las enfermedades tropicales; las cuales fueron una preocupación de los gobiernos durante la segunda mitad del siglo pasado, hasta lograr su erradicación. Este médico se caracterizó por su gran amor al servicio y esmero profesional, recorriendo la geografía del Estado en la búsqueda y ubicación de los enfermos para su

tratamiento, orientación y vacunación al entorno de sus contactos y demás habitantes vecinales. Cuando visitó Masparrito identificó a un grupo de personas que ni siquiera conocían la enfermedad, a partir de lo cual los puso en tratamiento con revisión trimestral mediante un asistente de sanidad domiciliado en Calderas, quien solía trasladarse a lomo de mula hasta los caseríos, para continuar con la terapéutica y la supervisión. Desgraciadamente muchos de estos males han vuelto a resurgir en el siglo XXI, cuando se descuidaron estos programas, el seguimiento epidemiológico y los boletines informativos con las estadísticas actualizadas y locales.



Ramón Antonio Terán Quevedo a la izquierda y su Resolución como jubilado. 2020. Foto archivo familiar

En esta humanitaria labor, en la cual se recorría las zonas rurales del Estado Barinas, este programa logró sanar a muchos enfermos. Ramón Antonio, según comenta, tuvo la ocasión de conocer, tratar y relacionarse con el “*Carrao de Palmarito*”, a quién se le hizo un seguimiento epidemiológico hasta lograr su curación. Pero hubo muchos pacientes anónimos, que por los campos y barrios de los pueblos de Barinas recuerdan con cariño al enfermero de los pobres y humildes que no tenían esperanza de ser curados. No se trataba de invocar los milagros propios del Nazareno quién podía decir al muerto “*¡levántate y anda!*”; pero si actuaba con la paciencia,

disciplina y entrega de quien visita al enfermo a veces desahuciado en su casa y le administra las medicinas de la moderna farmacopea para restaurar su salud. Trabajó hasta la edad de retiro en el viejo Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, en la Unidad Sanitaria de Barinas, construida en los años sesenta, en los albores de la Democracia, que marcó el mejoramiento de la salud del venezolano en el siglo XX. El moderno edificio fue levantado en lo que fueron los linderos con las sabanas en el “Barrio San José”, en una ciudad que empezaba a expandir su tamaño. Hasta el año 2007 estuvo muy activo en aquel programa y recibió su jubilación definitiva en el 2015, después de 41 años de ejercicio de tan humana profesión. Apenas recibió una modesta pensión, el 80 % de su sueldo, homologable a sueldo mínimo vital, con el cual entonces ya no alcanzaba ni para vivir modestamente y ni un céntimo por prestaciones sociales. Al cambio oficial de hoy, no representa más de cuatro dólares. Así paga el Estado, en estos aciagos tiempos, a quienes entregan su vida al servicio de la salud.

## LA VIDA RURAL Y LA CARRETERA

Las gentes en aquellos lugares apartados, vivían una existencia laboriosa y sencilla. Un tanto aislados del resto de la región y del país. Su escasa comunicación con el mundo exterior y la inexistencia de otros medios, como la prensa o la radio, hacía que las noticias, por importantes que fuesen, llegaran con retardo, muchas veces de meses. Ya para mediados del siglo, solo los más pudientes podían darse el lujo de adquirir su radio de pilas y oír las noticias y programas musicales. Esos pocos casos servían para que los vecinos, sedientos de las nuevas, unos y otros interesados en oír un galerón o un joropo, se agolparan alrededor de la pulpería o del patio de la casa para escuchar en el *radiecito* a todo volumen un rato de contacto con el mundo exterior.

La existencia humana en aquellos parajes estaba regida por los ciclos de la naturaleza. La gente vivía de su trabajo. Agricultores. Cultivadores del café, alrededor de cuyo fruto, su ritmo y su cultura se desenvolvían las actividades. La vida se matizaba con la siembra de otros cultivos, necesarios para la subsistencia, la cría de animales domésticos para complementar la dieta diaria y el cuidado de las mulas de carga, equipo de tracción animal indispensable para el transporte de víveres y frutos. Quienes podían, se daban el lujo de disponer de un caballo de silla, factor de prestigio entre los moradores. La vida cotidiana era rota de tiempo en tiempo por algún acontecimiento como los narrados aquí. Tales hechos llamaban la atención de las gentes y servían para atizar los comentarios entre los viandantes y las conversaciones en las familias que se visitaban.

Más allá de la agricultura, que era su actividad principal, como en toda sociedad por rudimentaria que ella sea, había personas con vocaciones y habilidades muy diversas, quienes complementaban las necesidades vitales de la población. El transporte se practicaba en mula, a caballo e incluso con peones cargadores. Las enjalmas para colocar las cargas eran compradas en Niquitao, Boconó y Calderas. Las sogas para amarrar las cargas, se hacían de los cueros que quedaban cuando se

sacrificaba un animal. Estos se cortaban en cintas de unos cinco centímetros de ancho, de afuera hacia adentro en forma circular, se secaban al sol y luego con una “tarabita”, que no era más que un pedazo de madera pesado y excéntrico, con un eje en su ápice, para darle vueltas, desde donde se amarraba la punta de la banda de cuero, se templaba y enrollaba hasta que se lograba su clásico aspecto.

Había un talabartero que se encargaba de las alpargatas más rústicas o bien se traían de cuero curtido y *capelladas* tejidas de Niquitao o de Boconó. Las agroindustrias que nunca faltaron, fueron el trapiche para la elaboración de panela, el alambique para el aguardiente y el molino de piedra para trillar el café. La gente se alumbraba con velas de esperma y lámparas de kerosene. Cuando se mataba una vaca o un toro, la manteca se usaba para preparar velas de cebo, las cuales servían para alumbrar y también para curar heridas. Si se trataba de matar un cerdo, la manteca se guardaba para usos domésticos. La semilla de tártago se solía refinar para elaborar aceite y las de onoto, para colorear los alimentos.



A la izquierda el nieto de Ismael Montilla, con su esposa y dos primos, beneficiando un cochino. A la derecha, la hora del almuerzo en una familia local. 2006. Foto Yolanda Azuaje Quevedo

Las provisiones como carne seca, sardinas, tasajos, pescados salados, latas con manteca de cochino, algunas exquisiteces, el aguardiente *estampillado*, el ron, alguna botella de brandy para los más acomodados, las medicinas, golosinas, telas para las costureras y otras provisiones, se traían en el verano cuando los comerciantes salían

con sus mulas cargadas a vender el café y a comprar bastimento. Nunca faltaron los vendedores ambulantes que ofrecían de casa en casa corotos de cocina y a veces telas y otros encargos.

La alimentación de las familias era muy sencilla y a base de los productos que se cultivaban o de animales caseros que se lograban criar en las cercanías de las viviendas regadas por los caseríos. Según Amparo Terán Quevedo, mi prima, quien ha sido siempre una excelente cocinera; y quién cuando salió de Masparrito hacia Barinas, mejoró sus ingresos con una venta de pastelitos y otros platos que la hicieron famosa; la cocina más frecuente en la aldea era a base de granos, raíces y tubérculos, matizados con carnes de animales domésticos y a veces de cacería. Estaba muy influenciada por la cultura andina de sus originales moradores. Ella preparaba aquellos que comúnmente se consumían, como el guisado de arvejas, traídas desde Niquitao. Estas se solían poner a remojar y luego se sometían a cocción con suficiente agua y se le agregaba al gusto, trozos de plátano de la variedad *martinico*, que más bien son delgados y parecen cambures, trozos de papa si las había y eventualmente unas patas o huesos de cochino o unas presas de gallina; dando lugar a una sopa espesa y sabrosa condimentada con un sofrito de ajos, cebollas, ajíes dulces o pimentón y al final un picadillo de perejil o de culantro y cebollín. El otro guisado muy frecuente era de caraotas negras, cosechadas en las propias fincas, las cuales al igual que en el caso de las arvejas, se solían dejar remojando, se les cambiaba esta primera agua y luego se colocaban por dos o tres largas horas en una olla en el fogón hasta ablandarse suficientemente, entonces se le agregaban los aliños y se servían, al igual que en el caso anterior, acompañadas de cambures verdes, arepas, guajes o yuca sancochada.

Las arepas, antes de que apareciera la famosa harina precocida, había que hacerlas con mucho trabajo. Las más comunes eran de maíz pelado. Este procedimiento consistía en recoger una buena cantidad de ceniza del fogón de leña, tamizarla en un cedazo para quitarle impurezas y trozos de carbón. Se colocaba el maíz en un perol grande, se le agregaba suficiente agua, ceniza y se ponía a hervir, hasta que el grano soltaba su cutícula. Se apagaba el fuego y al enfriarse se cernía de nuevo para separar los residuos y se lavaba el maíz ya pelado con abundante agua tanto para quitarle el resto de pergaminos que pudiera tener, como para alejar el sabor

y olor de la ceniza. Así quedaba un grano blanco y blando que era fácil de convertir en masa en una piedra de moler, en la cual se colocaba la cantidad necesaria y con un canto granítico, muy liso y en forma alargada se iba *majando* hasta convertirlo en una pasta suave a la cual se agregaba sal, para hacer las redondas y grandes arepas, casi del tamaño del plato y colocarlas a asar en el budare.

En días de fiesta, si estaba disponible, se hacían arepas de harina de trigo, cuya manera de manufacturarlas era parecida a la de hacer pan; generalmente se mezclaba la masa con un trozo de manteca de cochino o en algunos casos con mantequilla o aceite, un punto de sal, luego se agregaba leche y se mezclaba hasta lograr la consistencia apropiada y se dejaba reposar una media hora. La masa ya lista se extendía dándole la forma redonda de una arepa, a la cual se trinchaba con un tenedor para facilitar el asado interior y se colocaban al budare, el cual se solía humedecer con aceite o manteca para que no se pegaran.

La conopia o conopio, es una planta común en la zona. Su nombre científico es *Renealmia occidentalis*, parecida al llamado *platanillo*. Crece en macollas en medio de la vegetación y produce unos frutos en forma de cápsulas redondas de color naranja que se tornan chocolate al madurar. Al cosecharlas, se separa la cáscara y luego los granos de la masa blanda, que queda en forma de tela. Sus semillas son muy apreciadas y con ella se elabora un caldo muy nutritivo. Estas tienen el tamaño de un frijolito chino, pequeñas. Se tostaban y molían y se ponían a hervir en agua hasta formar un caldo pastoso aliñado con los ingredientes de cada gusto. Con la pulpa del fruto de la conopia se preparaba un caldo aliñado con un sofrito de tomates, cebollín, cebolla y trozos bien picados de plátano *martinico* verde, trozos de guaje *paragua*, papas, un toque de onoto para darle color, sal y otros condimentos. Una sopa nutritiva y rica en carbohidratos. Cundo se podía, se le agregaban presas de pollo.

Se elaboraba una pasta llamada *pío* de caraotas molidas y mezcladas con orégano y ajos que se utilizaba para rellenar las arepas recién salidas del budare. Del mismo modo, se solían hacer tortas de ajonjolí, cuyas semillitas se tostaban y molían. La pasta que surgía se aliñaba con orégano y ajos e igualmente se utilizaban para acompañarlas con arepas de maíz pelado. Era igualmente muy común por las noches el

consumo de mazamorra de maíz. El grano se molía y se preparaba un caldo espeso a base de leche con un toquecito de sal y se endulzaba con panela. El maíz se utilizaba también para tostarlo como *fororo* o para molerlo, se le agregaba miel de panela o de abeja si había y se formaban peloticas o *gofios*.

Como el clima, especialmente en el período lluvioso era generalmente frío, por las tardes se arreglaba una bebida muy especial, llamada *caspiroleta*, que consistía en un café bien cargado, al cual se agregaba una mezcla de leche hervida con una crema de huevos previamente muy bien batidos con un molinillo de madera, primero las claras y luego las yemas, se añadía la leche y se continuaba batiendo hasta que la mezcla adquiría un color blanquecino. Entonces este ponche se incorporaba a la olla de café, se le podía poner un puntico de canela y se servía bien caliente. Una bebida muy nutritiva y energizante que al tomarla daba una sensación muy positiva y estimulante

El consumo de carne no era muy frecuente. Los domingos muchas familias acostumbraban sacrificar una gallina y hacer un sancocho bien condimentado, aliñado y rendido con diversos ingredientes como guajes, cambures, papas y yuca e incluso en algunos casos *tunguitos* de masa de maíz. La presa más apetecida, que generalmente era un premio para el que mejor se portaba o para algún principal de la casa, era “*el pescuezo relleno*”. Cuando se separaban las presas, a la cabeza del ave se le cortaba el pico y la cresta y a la piel del cuello completo se rellenaba con un picadillo de su corazón, el hígado y el resto de las llamadas *menudencias*, a lo cual se agregaban los huevecillos sin madurar que la gallina conservaba al momento del sacrificio, un trozo de pechuga bien picadito y cuando había, a este guiso adicionalmente se le sumaban papas y alguna aceituna o alcaparras. El pescuezo hervía en medio del *sancocho* y era servido entero en la mitad del plato, acompañado de su guarnición, en otros casos se picaba en dos o tres trozos y se repartía.

Era común que alguna familia sacrificara un cochino gordo, para su consumo y para vender a los vecinos la mayor parte. Eran animales que podían llegar de ciento cincuenta a doscientos cincuenta kilos, a los cuales, una vez muertos y pelados, se solían separar las llamadas *lonjas* con el cuero y la abundante grasa, es decir el tocino, para freírlo en trozos pequeños que en el perol daban lugar a dos o tres latas de veinte litros de blanca manteca y unos chicharrones bien tostados que hacían las delicias de una buena dentadura o que molidos y mezclados con la masa de maíz, permitían hacer unas energéticas y proteínicas *arepas con chicharrón* de mucho sabor.

Cuando se beneficiaba un cochino, una tarea irremplazable era la de hacer *las morcillas*. Se lavaban muy bien las tripas del cerdo y al agua se le agregaba jugo de limón y de naranja agria para quitarle malos sabores. Se preparaba un guiso que podía variar un poco de una casa a otra, pero en general se picaba en trocitos la carne del *cachete*, la cual se ponía a cocinar junto con la sangre y a todo lo cual se agregaba un sofrito de ajos, ajos porros, cebollín, ají dulce, trozos menudos de hígado, la asadura, el corazón, arroz y sal al gusto. Con este guiso cocido, se rellenaban las tripas ya limpias y se ponía de nuevo al fogón en un perol con suficiente agua. Luego se dejaban enfriar y se solían colocar en la troja sobre el fogón para ahumarlas y conservarlas para el consumo.

Del cochino se preparaban chicharrones de carne, la cual se picaba en trocitos pequeños y se colocaba en un perol a fuego lento, para freírlos en su propia manteca, a lo cual se agregaba un aliño sencillo con ajos machacados, orégano y sal. En algunos casos se agregaba un puntico de colorante de onoto y papas picadas en cuatro cuartas. Una verdadera delicia.

Para los desayunos era muy frecuente un *mojo*, que como un caldo muy espeso, se preparaba hirviendo leche a la cual se agregaban huevos bien batidos, aliños sofritos con ajos, cebollas, perejil y cebollín, ají dulce, trozos de papa sancochada y trocitos muy menudos de un ají picante como el chirel, el mongo o alguna otra variedad que se cultivaba en los alrededores de la casa, si era del gusto de los comensales, cuando no, se dejaba un ajicero para quién lo quisiera. Este *mojo* se servía caliente y se acompañaba con arepas de maíz pelado o con papas sancochadas, yuca frita o algún otro carbohidrato. Una verdadera delicia trujillana.

También era común en los desayunos el *mojo* de maguey encurtido, proveniente del tallo central del *agave*, el cual antes de florecer se seccionaba por la base, se picaba en cubitos finos y se ponía a encurtir. Su preparación era parecida al *mojo* de huevos, pero con el sabor característico de este vegetal. En otros casos se solía dejar que floreciera y se cosechaban las campánulas, se sometían a cocción, se le escurría el agua, se filtraba en un cedazo y con suficientes aliños y condimentos se preparaba un *mojo* muy delicioso.

De tiempo en tiempo se mataba un toro o una vaca vieja y la carne se negociaba de casa en casa antes de su beneficio. Era muy común que los fines de semana los hombres tomaran su escopeta y los perros y salieran de cacería por las montañas en busca de alguna lapa, un picure, un venado, una danta, un armadillo o en el peor de los casos se conformaran con un paují para llegar con alguna presa para el consumo familiar.

Cuando se sacrificaba un vacuno, era obligatorio preparar el *mute*, el cual consistía en un caldo espeso con diversos condimentos. Se lavaba muy bien la panza agregando jugo de limón y naranja agria. Luego se ponía a cocer en una olla con bastante agua. Al enfriarse, se picaba en trocitos pequeños. Se preparaba un aliño sofrito con ajos machacados, ají dulce, ajo porro, cebolla, cebollín y algún otro condimento. Este guiso se agregaba a la panza picada y cuando ablandaba se le agregaba maíz pelado y trocitos de guaje. Cuando estaba casi listo se le colocaban una hojita de cilantro. Un caldo nutritivo y abundante.

Las mujeres también elaboraban deliciosos postres. El más autóctono era el *dulce de nueces*. En los cafetales prospera en forma silvestre el árbol de nuez, cuya sombra complementa la de guamos y bucares. Con su nombre científico es conocido como *Caryodendron orinocense*. En Calderas y Masparrito se le llama árbol de nuez y en el estado Lara como nogal. Es relativamente alto, pudiendo alcanzar entre 20 y 40 metros, frondoso, de hojas ovaladas, simples, alternas, anchas, venosas y muy verdes, su tallo se usa para madera y sus frutos al caer suelen retoñar con facilidad en la humedad del suelo. Este llena sus ramas de abundantes frutos, los cuales se cosechan o incluso se recogen del suelo. Tiene una cáscara leñosa muy dura, alcanza un tamaño de tres a cinco centímetros, pero su corazón es de un rico sabor y se pueden comer crudas, sancochadas o asadas. Tiene abundante cantidad de calcio, fósforo y hierro. Más rica en calorías que la avellana y la nuez de Brasil, un 19 % de proteínas y alrededor del 50 % de aceites, principalmente poli insaturados muy sanos para venas y arterias. Para hacer el dulce de nuez, las mujeres partían la cáscara para extraer la nuez, la picaban en trocitos y la molían. Se colocaba en un perol con agua y panela picadita. A esta mezcla se agregaba clavos de olor, una pizca de canela o de nuez moscada y se iba moviendo con una cuchara de palo hasta que se formaba una masa melcochosa como la mermelada. Se dejaba enfriar y se servía en platicos dulceros. Un postre delicioso.

El *cabello de ángel* lo elaboraban utilizando el zapallo, de la familia de las *cucurbitáceas*. Este se cortaba en trozos y se le extraía la parte interna, separando la masa de la materia filamentosa, la cual se desmechaba, se lavaba y se colocaba a cocer en una olla o perola con agua. Aparte se ponía en otro recipiente a calentar la masa bien picada. Luego se mezclaban los dos componentes, se agregaba panela picadita y clavos de olor, hasta dar su punto. En otros casos se usaban solamente los filamentos. Se dejaba enfriar y se servía como un manjar.

El *curruchete* junto con las hallacas y el ponche se organizaban para el día de San Juan. Para las *hallacas de San Juan* se arreglaba un guiso crudo consistente en una mezcla de gallina picadita, trocitos de carne de res si la había, trocitos de carne de cerdo, un sofrito de diversos aliños como ajo, cebolla, ajo porro, ají dulce y eventualmente unas pasitas o alcaparras, si se tenían, todo lo cual se va colocando por pequeñas porciones sobre una masa de maíz, extendida sobre hojas de cambur o de plátano asadas, a la cual si era el gusto, se le agregaba un toque de colorante con onoto y se adornaba con unas tiritas de pimentón. Luego se doblan las hojas formando un paquete el cual se amarra con un cordel fino y se van amontonando y cuando se terminan de hacer, en una labor donde participa toda la familia y se conversa, estas se ponen a hervir por varias horas hasta que quedan suficientemente cocidas, se bajan y se sirven.

La bebida de ese día para acompañar las hallacas, es el *ponche*, preparado con un batido con molinillo de las claras de los huevos, para luego agregar las yemas, como en el caso de la *caspiroleta*, todo lo cual se endulza con miel hecha con panela y se le agrega un cuarto de litro de *miche* o menor cantidad al gusto.

El postre llamado *curruchete*, consistía en una miel de panela, la cual se picaba en trocitos, se colocaba suficiente agua y se iba mermando hasta formar la miel, a la cual se le agregaban trozos de queso ahumado en cubitos o tajadas de cierto grosor, todo lo cual se movía con una cuchara de palo y al cabo de unos 20 a 30 minutos se dejaba enfriar y se servía. Una finura de dulce con un toque salado.

El pan de trigo era elaborado por Paulino Umbría, quién vivía en el *Barrumbal* y traía la harina desde Niquitao, en cuyos páramos se cultivaba este cereal y se trillaba en un molino de piedra movido por la fuerza de una quebrada. Vendía el pan

por encargo, especialmente para cuando había fiestas como las de San Benito o de San Pablo y para la Semana Santa, cuando más familias le encargaban este lujoso acompañante. En esa época, la mesa se llenaba de platos, entre los cuales era obligado, la sopa de garbanzos y el pisillo de pescado seco, principalmente bagre, que se traía por cargas desde Barrancas o Calderas. Se preparaba colocando el pescado en agua desde el día anterior, para quitarle la sal; se ponía a hervir en un perol con bastante agua, al enfriar se le solía quitar el cuero, los cartílagos y espinas o huesecillos, para desmenuzarlo. A este se agregaba un sofrito de ajos, cebollas, ajíes, pimentón, papas previamente picadas en trozos y cocidas, onoto como colorante, sal, pimienta y cominos si los había, luego de lo cual se terminaba de cocer todo a fuego lento por unos minutos más. Se le agregaba perejil o cilantro y listo para servir, junto con una abundancia de postres como el dulce de nueces y el cabello de ángel. Por las tardes, después de hacer la pesada digestión, las mujeres y muchachas acostumbraban jugar al volante, que no es otra cosa que una especie de tenis al aire, con raquetas artesanales y *el volante* que se construía con un carrete de madera de los que solían traer los rollos de hilo, al cual se le embutían por el orificio plumas grandes de gallina o de pavo para que se desplazara con facilidad por el aire, de raqueta en raqueta. Los hombres se iban a los *bolos* o a jugar baraja o dados y los muchachos varones a jugar con los *trompos* hechos artesanalmente por ellos mismos con maderas duras.

En toda mesa nunca faltaba un *ajicero* preparado con un buen encurtido de ajíes bien picantes, cebolla, pimentón, ajos, orégano y perejil y otros ingredientes al gusto, se agregaba suero de leche bien hervido, suficiente vinagre y se dejaba encurtir, para luego colocar en un frasco o botella de vidrio, en medio de la mesa, como un *ajicero* para servirse.

Además de Amparo, quién preparaba muy bien estas recetas de platos y postres, todos los cuales he tenido la oportunidad de consumir, cerca del fin del siglo pasado se destacó por sus habilidades culinarias y de comerciante otra mujer que por su sentido empresarial cobró notoriedad manejando una pulpería y ofreciendo el servicio de comidas a los eventuales clientes, viajeros y algunos turistas de ocasión que en grupos de senderismo o ecologismo, comerciantes o políticos de oficio, llegaron a visitar la comarca. La señora Rufina Uzcátegui, hija de Valerio Uzcátegui, con seis

hijos. Cuatro hembras y tres varones. Ha sido una mujer muy servicial y dispuesta a orientar y atender a todo el que allí llegaba. Ya para entonces la influencia de la cocina nacional y de las diversas inmigraciones hizo más variada la dieta para los visitantes, especialmente con la incorporación de las pastas y otros ingredientes como la harina precocida.

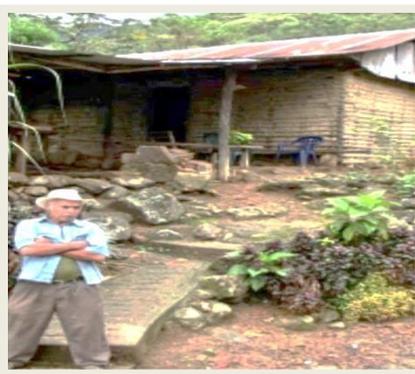
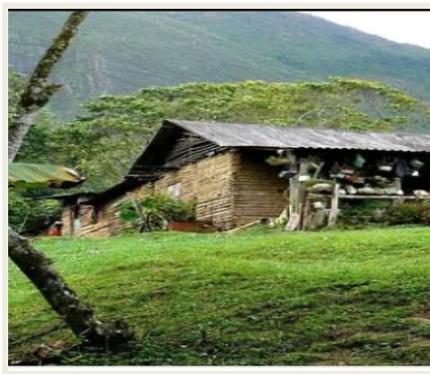


Amparo Terán Quevedo, en el porche de su casa, en Barinas, 1.974, a la izquierda y a la derecha, Rufina Uzcátegui, en una foto más reciente. Dos mujeres con fama de buenas cocineras. Fotos de archivo familiar.

Así era la vida sencilla pero organizada de un pueblo, que, por largo tiempo, apenas tuvo un Jefe Civil y un maestro como servidores públicos y carecía de médico y cura párroco. Los partos los atendía una comadrona que a veces tardaba tanto en llegar que ya el niño se había alumbrado cuando ella aparecía. Algunos curanderos se aplicaban a recetar *bebedizos*. Una época de mortalidad muy alta, especialmente la infantil. El adulto que se enfermaba era tratado por Leonidas Terán, por Jesús Manuel Cruz o rezado por Santana Bencomo. Si el mal era grave terminaba muriéndose, incluso en los casos cuando ya muy enfermo, lograban sacarlo hacia Calderas o Niquitao, pues cuando llegaba a la medicatura, generalmente estaba agonizando. Fue ya muy entrado el siglo XX, cuando se creó la enfermería o puesto de socorro con un titular.

Enfermedades como el paludismo, la tuberculosis, la leishmaniasis, la diarrea, la neumonía, la anquilostomiasis y muchos otros males, que hoy conocemos mejor, como la diabetes y la hipertensión, hacían estragos. El caso de los niños era muy dramático, pues dada su vulnerabilidad, solían morir con mucha frecuencia deshidratados por una gastroenteritis o acabados por las parasitosis, bronquitis aguda, neumonía y muchos otros padecimientos, que, sin vacunación, ni la higiene requerida, inexistencia de letrinas ni agua potable, facilitaban el trabajo a la muerte prematura. Era común ver pasar, desde la puerta de nuestras casas, por el camino real, rumbo al cementerio a los familiares y algunos amigos con la pequeña urna blanca donde llevaban al *angelito*, a quien en vez de velarlo con rosarios y otros rezos, se le tocaba y cantaba con música de sones muy tristes, pensando que, al morir ya estaba en el cielo. En resumen, una sociedad rural que vivía una vida alrededor de la agricultura, donde había reglas no escritas de una cultura tradicional, el respeto a los bienes ajenos, el sentido de la hospitalidad, la solidaridad y el apoyo mutuo, el valor de los compromisos y la palabra empeñada y un sentido del honor que podría llevar a las personas a serios conflictos y estos solían resolverse a cuchillo limpio.

El otro asunto que ha afectado la calidad de vida de este pueblo y sus caseríos ha sido la incomunicación y falta de buenas vías para transitar. Las distancias, el exceso de pluviosidad, las muchas quebradas y el río, hace difícil el acceso en el largo período de lluvias. La carretera para Masparrito siempre ha sido una aspiración de la población. Es un requisito indispensable para mejorar la calidad de la existencia humana en estos apartados rincones. Los caminos solían arreglarse en *convites* y algunos jefes civiles, como Ismael Montilla, lograron aportes para mejorarlos.



Modestas viviendas en los campos masparriteños, generalmente en las cabeceras de las pequeñas haciendas o en los caseríos vecinos al pueblito. 2006. Fotos de Yolanda Azuaje Quevedo.

En los años ochenta se presentó una oportunidad para disponer de una vía de penetración para vehículos por Barrancas. Para entonces, en una reunión de trabajo presupuestario en el antiguo Ministerio de Agricultura y Cría, siendo Vice Ministro, le manifesté al presidente del Fondo Nacional del Café, Aldo Paparoni, un gran gerente, quién a su vez era hacendado de este cultivo en el oriente del país, mi inquietud e interés para construir por intermedio de este Instituto, la carretera para mi pueblo natal. Después de analizar alternativas de contratación, en un intercambio de ideas sobre el desarrollo de las zonas cafetaleras, pasamos de visualizar un caso en particular al más amplio de formular un programa integral de vialidad rural para los pequeños pueblos de las regiones caficultoras del país. Se acordó un ambicioso proyecto, en vez de una contratación de obras individuales con empresas constructoras, que resultaba más costoso y menos extendido. Esta iniciativa consistió en adquirir, por parte del Fondo Nacional del Café y entregar a cada Gobernación de Estado, en aquellas entidades federales con cultivos de este grano, una dotación de maquinaria, compuesta por una *pala mecánica* es decir un “*Bulldozer*”, una *motoniveladora* y una *vibro compactadora*, para apisonar y consolidar las vías recién

abiertas, con la idea de que funcionaran en tándem, para ir dejando la carretera casi lista, descubriendo y destapando el monte, moviendo tierras, nivelando y compactando simultáneamente en los períodos de verano para que realizaran las nuevas carreteras rurales para esas áreas. Esta dotación permitiría que cada Gobernación al recibirla iniciara su programa de mejoramiento de la vialidad rural para que los cultivadores del grano se integraran con más facilidad a la vida económica y social. El *Programa de Vialidad Rural* se aprobó en la Ley de Presupuesto y se puso en marcha.

Para la ejecución de esta iniciativa en el estado Barinas, solicité que se iniciara con la construcción de la carretera de Barrancas a Masparrito, recordando que esta había sido la propuesta original que provocó aquella tormenta de ideas, con el programa aprobado, y así se formalizó el compromiso. A fines del verano del ochenta y uno, cuando regresé a Barinas como Rector de la Unellez, sostuve una conversación con el Prefecto de Barrancas, Jorge Montilla, que a la sazón había sido también comisario de Masparrito. Un catire bonachón, de mediana estatura y fuerte complexión, cabello liso, nariz rojiza, prominente y aspecto sereno, quien se desempeñaba como flamante y respetado Prefecto del Municipio Cruz Paredes. Conocía muy bien este trayecto y se había interesado en supervisar lo que se estaba haciendo y disponía de un plano a mano alzada del trazado del proyecto. Me explicó que la vía se había orientado por el viejo camino hasta el río y de allí en adelante continuaría paralela al mismo, por el medio de una pendiente que llegaba hasta *La Vega*, atravesando por donde llamaban *La Maporita*, a fin de evitar la subida por *La Loma* y pasar el río en un lugar menos caudaloso donde había la posibilidad de un pequeño puente y por donde se podía llegar con más facilidad a Masparrito. El presidente de FONCAFE, había cumplido su promesa y los trabajos se habían iniciado en el mes de enero.

De las tres máquinas, del proyecto inicial, la gobernación solo autorizó para este compromiso el uso del "*Bulldozer*" y las demás se destinaron a otras necesidades en el Estado. Los ganaderos y agricultores que tenían sus fincas en los alrededores de la vía en desarrollo, motivaron al maquinista y a su ayudante para que abriera entradas internas hacia sus propiedades, y el avance se tornó lento. Esta desviación de intenciones y acciones, y la dotación incompleta de los equipos, atrasó la construcción. Cuando la misma, evitando el tradicional y caudaloso vado, siguió la ruta paralela por *La Maporita*, se encontró con un lecho de rocas infranqueables. A falta de

dinamita y apoyo técnico, el maquinista decidió continuar con la pala mecánica, empujando para romper el duro peñasco, con el resultado catastrófico de la cuchilla de acero rota. Hasta allí llegó la incipiente carretera. Su reparación resultó infructuosa. Otras prioridades y requerimientos más urgentes hicieron que aquella máquina se destinara a diversas tareas. La carretera quedó inconclusa.

En el invierno que siguió al frustrado proyecto, me invitaron a visitar Masparrito por helicóptero y me negué rotundamente, argumentando que no regresaría hasta que el pueblo tuviera su nueva vialidad, con la idea de llamar la atención sobre el compromiso incumplido. Han pasado cuarenta años desde entonces y este pequeño pueblo sigue careciendo de una vía automotriz estable y sostenible que lo comunique con el resto del estado y del país.

En el verano del año 2010, que fue largo e intenso y casi secó las aguas, una iniciativa se desarrolló por el camino de Calderas. Nuevamente un “*bulldozer*” se fue abriendo una brecha tratando de aprovechar partes del viejo camino y en paralelo fue enderezando la curvilínea vía, para facilitar algunos trayectos. Así pudo llegar a Masparrito una *pala mecánica* y culminar su rudimentaria tarea con el alisamiento de la plazoleta. Varios carros de doble tracción hicieron esta ruta y algunos camiones ligeros del tipo 350, como el que llevó a Arturo Quevedo y a su grupo de visitantes a fines de tan ardiente verano, pudieron acceder a su centro poblado por primera vez. Pero la falta de cunetas, de compactación y engranzonado de su superficie, facilitaron que la incipiente carretera, sin mantenimiento alguno, se la llevara en múltiples lugares el inclemente invierno, dejando a Masparrito nuevamente con el transitar de los arrieros con sus mulas de carga y de gente a pie y de a caballo como siempre.



El lecho seco de la quebrada “La Volcanera”, a fines de marzo de aquel año 2010, cuyo largo e intenso verano permitió la entrada de la máquina. 2010. Foto de Arturo Quevedo Camacho, quien posa en la mitad del pedregal, en el lecho seco.

## EL ASALTO GUERRILLERO Y LA MUERTE DE PORFIRIO LINARES

Aquel domingo 14 de marzo de 1965, culminaban en Masparrito *las fiestas del padre*. Eran las celebraciones católicas con motivo de la visita del sacerdote de Calderas, quien solía venir durante los meses de verano para celebrar misas, confesiones, comuniones, bautizos y matrimonios y traer a aquella apartada comunidad un tiempo de alegrías y reencuentros. Ese día Jesús Manuel Cruz, a quien todos apodaban cariñosamente como “*el Chato*” o “*Don Chuy*” y su pareja de toda una vida, Victoria Bastidas, con quien convivía como allí se solía decir, *en concubinato*, decidieron casarse por la Iglesia, como requisito previo que había puesto el cura visitante, para que su hija, Isabel Teresa, también pudiera contraer matrimonio al día siguiente, con el joven Marcelino Uzcátegui, un muchacho bien parecido procedente de Barrancas. Fue así como por la mañana del día 15 de marzo y antes de que el padre regresara a Calderas, se celebró el matrimonio civil de la joven pareja. El eclesiástico se fijó para mayo en Barrancas, donde el novio quería invitar a toda su familia y a sus amigos. La ceremonia legal continuó con almuerzo en la casa paterna y ya por la tardecita empezó la fiesta en la sala principal de la modesta vivienda, con la música de un estridente pickup de pilas y tal cual trago de aguardiente para los hombres, entre los cuales se contaba el secretario de la Comisaría, Virgilio Ramón Rivero y los dos policías de aquel caserío: Visitación Uzcátegui y Ángel María Daboin. La Comisaría había quedado sola y por consiguiente cerrada.

Virgilio Rivero, era para entonces un joven de apenas 26 años, ligeramente moreno, de cabeza redonda, mirada vivaz, de baja estatura, contextura delgada, de ágil caminar y aspecto propio de un llanero alegre y conversador. Había nacido en Santa Lucía el año 38 y llegó a Barrancas de apenas siete años de edad, donde curso la primaria completa en la Escuela Federal Graduada Cruz Paredes, en aquella casa grande de bahareque, pintada de blanco, que hacía esquina frente a la plaza, por la avenida Sucre, vecina a la Iglesia, que aguardaba los feligreses en la mitad de la cuadra, con un hermoso altar hecho de cedro por un ebanista, donado por los dueños

del aserradero. Allí vivía, bajo la tutela de Susana Gutiérrez. Terminada la primaria, el año cincuenta y cuatro viajó a Caracas, para estudiar Comercio en la Academia Americana, de la cual se retiró poco después sin terminar el curso. Al cabo de dos años, regreso a Barrancas, ya volantón, como un jovencito de quince.

Fue entonces cuando Virgilio recibió un golpe de suerte con su primera oportunidad laboral, la cual marcaría toda su vida. Lo contrataron para hacer las vacaciones al Alguacil de Barrancas Winston Hernández, un muchacho alto y delgado que fue mi compañero de curso en el sexto grado en aquella escuela. Se desempeñaba como administrador de justicia el famoso Juez Máximo Provenzali. Virgilio en su breve pasantía por el modesto cargo, demostró su inteligencia y diligente accionar. En 1960 fue designado secretario de la Comisaría de Masparrito, donde muy pronto echó raíces, pues conoció y se enamoró de Evangelia Camacho, la hija de José de la Paz Uzcátegui y Fidelia Camacho, con quien se juntó a vivir como allí se acostumbraba, mientras esperaba al año siguiente la visita del sacerdote para sacralizar con los santos ritos del matrimonio la unión que ya se había consumado.

José de la Paz, a su vez, era el hijo de Transfiguración Uzcátegui, el viejo “*Chon*” de los pioneros. Ella era hermana de Román Camacho, a quien apodaban “*Cachicamo*”, personaje que sigue viviendo en Masparrito, como exitoso hacendado. Román fue el comprador de la finca de Eugenio Terán, que antes había sido de los hermanos Quevedo y de la fundadora Abigail. Esa finca le quedó a la primera esposa del “*Cachicamo*”, quien allí vivió con sus cinco hijos y al mudarse la revendió a Teresio Azuaje, nieto de aquel jugador de gallos que perdió la vida por una puñalada en el pecho, la tarde de un domingo en el patio exterior de la gallera.

En la Comisaría trabajaban cuatro personas: el comisario General o Jefe Civil, Luis González, oriundo de Calderas, a quién apodaban “*El Chato*”. Aquel 15 de marzo el comisario estaba de viaje para Calderas, acompañando al cura en su regreso de la agotadora visita pastoral; quedando encargado el secretario Rivero de la comisaría, en compañía de los dos policías que allí laboraban.

En general, Masparrito era un lugar tranquilo, especialmente entre semana. Sin embargo, eran frecuentes las riñas los domingos, al salir de la gallera y también al final de los *convites* convocados por dueños de cafetales, para limpiar el cultivo o para cosechar el grano, o bien en las fiestas del padre, cuando acudía mucha gente de los caseríos y campos vecinos. Este año, se habían celebrado sin ningún incidente que lamentar y la gente se había ido a sus casas a retomar las actividades cotidianas y a comentar las incidencias de aquellos días. Los largos sermones del cura, los casamientos de quienes habían santificado la unión y en general, los chismes, dimes y diretes de la gente entre quienes hacía tiempo no se veían y conversaban para informarse unos de otros. En *El Pueblito* todos estaban pendientes de la fiesta que celebraba el matrimonio de la joven pareja, cuyo novio, por temor al padre de su prometida, que tenía fama de *malas pulgas* no se había atrevido a probar todavía, como era costumbre en aquel sitio, las mieles del amor con su amada señorita.

Aquella noche, solo se oía la música de la fiesta en la casa del de *Don Chuy* y allí, a mitad de la cuadra y frente a la plazoleta, se había congregado toda la gente amiga de aquella familia. No se contaban como invitados los vecinos de *Pueblo Nuevo*, por viejas rivalidades que aun los separaban. En ese caserío, como ya dijimos, vivía Eugenio Terán, casado después de enviudar, con Susana Rivero, y también se encontraban algunos de sus hijos: Román Terán Quevedo hijo del primer matrimonio, Martín, uno de los hijos de su segunda esposa, un peón que vivía con ellos, el *maestro* Delio y un comerciante que iba de paso para Las Agüitas, el señor Perozo, quien llevaba unas cargas de pupitres para la escuela. Más acá, en la casa de mi tío padrino Electo Quevedo, quién se había mudado para Barrancas, vivía su hijo Porfirio Linares, con su esposa Berta y sus pequeños hijos. Ese día también estaba en la casa su papá, pues había venido a trillar el café de la hacienda que todavía tenía en aquel lugar. Por la noche estuvieron oyendo un famoso programa de radio "*El mundo marcha así*" con el comentarista José Nar, que siempre sintonizaban, en el radio de pilas, para ponerse al día con los acontecimientos de Venezuela y el mundo y luego se acostaron.

Ya avanzada la noche, la fiesta en *El Pueblito* estaba en su esplendor. Las parejas bailaban sin descanso. Las mujeres disfrutaban de la poco frecuente

oportunidad de compartir con otros hombres y sentir su calor en el frenético ir y venir de las canciones de la Billo's Caracas Boys, cuyos discos, en un tocadiscos de pilas, algo rayados por el uso excesivo, se repetían una y otra vez. Los hombres jadeantes y acalorados por el ejercicio y los tragos de *miche* requerían un soplo de aire fresco.

Virgilio Rivero, salió por un momento hacia la calle. La noche estaba clara, como de luna llena, que destacaba en el despejado firmamento, adornado por innumerables estrellas. Miró hacia la plazoleta y recorrió con la vista la pequeña aldea, desde la fachada de la capilla hasta el camino que despide la última casa hacia *Pueblo Nuevo*. Todo era calma y quienes no disfrutaban del baile, dormían plácidamente en sus casas. Una sensación de satisfacción y paz interior invadió su espíritu. Entró de nuevo, con una sonrisa en el rostro y una expresión de alegría que le duró pocos minutos.

Casi de repente entraron en tropel seis hombres armados con ametralladoras y fusiles, un tanto hosco y agresivo. Los cuerpos delgados, no solo por la juventud de muchos de ellos, sino también por el mal comer y el mucho andar, huyendo de sus perseguidores, en busca de nuevos escondites, de algún animal que cazar o de un conuco campesino que cosechar para mitigar el hambre. Tenían extraño aspecto, entre nerviosos y decididos. “*Manos arriba todos. Estas son las guerrillas*” grito uno de ellos, que parecía el comandante.

Las mujeres prorrumpieron en gritos y llantos y los hombres en silencio, sorprendidos, mientras el *pickup* continuaba sonando. El principal de aquel grupo, quien después se identificó como el comandante “*Roberto*”, su alias de Fabricio Ojeda, les dijo: “*No tengan miedo. Vamos a registrar a los hombres y la casa*”. Los pusieron contra la pared y los requisaron sin encontrarles arma alguna. Entonces revisaron el resto de la casa. En el cuarto adyacente a la sala, un dormitorio, descubrieron un revólver, que se supone era el del dueño, que allí lo guardaba. En aquella vivienda, al otro lado de los cuartos y la sala donde bailaban, estaba la pulpería, uno de los objetivos de aquel asalto.

Los 15 guerrilleros que formaban el grupo, contando aquellos que quedaron en los alrededores cubriendo la retaguardia, un tanto famélicos, necesitaban con urgencia abastecerse con las vituallas que la bodega vendía. “Roberto” hizo una compra de alimentos y otras cosas al dueño de la pulpería: sardinas, carne de buey, harina, granos, toddy, sal, avena, papelón, chimó, fósforos, jabón, anzuelos, y otras vituallas, con lo cual llenaron los morrales. Ya bien abastecidos, *Don Chuy* le dijo a quién fungía de comandante: “*No me compren toda la pulpería, porque el gobierno se va a dar cuenta, y salgo perjudicado*”. Al parecer esa era la misión principal que los llevó hasta *El Pueblito*. Fabricio Ojeda, satisfecho de la adquisición realizada, pagó con 500 bolívares y les indicó, “*Sigan la Fiesta!!*”.

Hechas las compras y decomisado el único revolver, los guerrilleros se dispusieron a abandonar la casa y “Roberto” ordenó al secretario y a los policías que los acompañaran. Algunos de los presentes, pensaron que los sacaban hasta la plazoleta para fusilarlos. Pero no fue así, los llevaron hasta la comisaría para que la abrieran y procedieron a registrarla. En el corto trayecto, uno de ellos, Raúl Vergara, vecino del caserío *Las Agüitas*, asimilado al grupo guerrillero por las tropelías que había cometido en años anteriores, le puso la ametralladora en el costado a Virgilio y le gritó: “*¡Aja!, tu creías que me iba a podrir en la cárcel!*” a lo cual Virgilio con mucha entereza le respondió: “*Yo fui en la Comisión que te detuvo, porque tu mataste al comisario de Las Agüitas, cometiste un delito y como autoridad civil tenía que cumplir con mi deber*”. A lo cual el neo guerrillero Raúl le espetó; “*Si, pero no me levantes la voz, porque te mato*”, por lo cual el llamado “Roberto” lo llamó a la calma y siguieron caminando hasta el despacho de la Comisaria, donde revisaron todo para ver que había de sospechoso.

Después de registrar minuciosamente las modestas oficinas de “*la ley y el orden*”, procedieron a quemar los papeles que encontraron y fue entonces cuando, el comandante “Roberto” tomó la palabra y les dijo que él era Fabricio Ojeda, que había estado en el Gobierno, pero que se había salido porque estaba en malas manos y por eso se había alzado para tumbarlo. En estas circunstancias fue cuando Raúl Vergara le dijo a Fabricio Ojeda que se iba con una escuadra a patrullar y salió con cinco

guerrilleros rumbo a Pueblo Nuevo. Cerca de media hora más tarde, se oyeron a lo lejos, unos tiros y una ráfaga. Entre tanto Fabricio Ojeda le ordenó a Virgilio que escribiera en la máquina un *“Manifiesto”* que empezó a dictarle y ante la parsimonia de aquel para escribir, continuó el mismo tecleando con mayor rapidez la vieja maquineta de escribir, haciendo gala de su habilidad como mecanógrafo, dada su formación de periodista. En una página por ambos lados, redactó el aludido manifiesto, en el cual expresaba los motivos del asalto a Masparrito, se dirigía a las autoridades, destacaba la presencia del Frente Guerrillero *“José Antonio Páez”*, desmentía al ministro de la Defensa y señalaba que estaban más fuertes y equipados que nunca y otras expresiones relacionadas con su posición política y el interés por llamar la atención de la opinión pública en relación a la dinámica combativa del movimiento guerrillero.

Satisfecho *“Roberto”* con la redacción del documento, entregó la hoja de papel a Virgilio, el secretario, ordenándole: *“A la primera autoridad que llegue a este caserío se lo entregas”* y le dio el papel. Cuando el grupo comandado por Raúl Vergara regresó, Fabricio Ojeda, preguntó qué había pasado, a lo cual Vergara respondió: *“Nos dispararon y disparamos”*, sin más detalles. Fabricio mandó a poner a los hombres que representaban la Ley, contra la pared, y pensando que había llegado el fin, Virgilio le exclamó: *“Si nos van a matar, háganlo de una vez y de frente”*, a lo que Fabricio Ojeda le respondió; *“Nosotros no los vamos a fusilar, porque ustedes no son los culpables”* y ordenó amarrar tanto al Secretario como a los policías, los encerraron en el pequeño calabozo y salieron, no sin antes despegar de la pared una espadita vieja que allí estaba colgada, recoger y llevarse los *“rollos”* de los policías, pues el único revólver que había lo cargaba el Comisario en la cintura y estaba en Calderas. Ninguno estaba armado y en la Comisaría no había ni pistolas ni escopetas.

Ya entradas las tres de la mañana, emprendieron el regreso, por donde habían llegado. Al parecer venían de Las Agüitas y hacia allá se dirigieron. Al poco rato, llegaron a la Comisaría, Guillermo Santos, Fabián Gómez, Ismael Montilla y Electo Quevedo, quien iba herido en la cara y ensangrentado. Abrieron el calabozo, desataron a aquellos hombres y avisaron que los guerrilleros habían asesinado al maestro

Porfirio Linares, por lo cual, ya en Comisión, regresaron al lugar de los hechos, para levantar el cadáver. A todas estas, la fiesta matrimonial se había terminado de improviso, al salir los hombres armados de la celebración y la gente, al irse la guerrilla, salió a la calle y regada por la plazoleta corrían de un lado a otro investigando que había pasado.

Cuando la Comisión llegó a *Pueblo Nuevo*, encontraron el cuerpo de Porfirio en un charco de sangre, frente a la casa de Eugenio Terán, antes de la puerta de la pulpería, en la mitad del camino, aun en pijamas, boca abajo, tal como cayó, con el brazo derecho debajo del pecho, aun con el revólver en la mano y la izquierda extendida y abierta, con la linterna a poca distancia. Tenía la marca de los proyectiles que le penetraron el cuerpo a lo largo del brazo izquierdo, desde la muñeca donde llevaba un reloj “*Mido*”, de esos que tenían una luna y estrellitas en medio de la esfera, hasta el nivel del hombro. Le atravesaron tanto el brazo como el cuerpo, a nivel del tronco, de izquierda a derecha, ya que es posible que quien disparó se orientó por la luz de la linterna. Seguramente Porfirio había volteado en dirección al grupo, que al oír los tiros se protegió detrás de unas grandes piedras al otro lado del camino, que en su cara superior un tanto plana, se utilizaban para ponerle sal a *las bestias* que se usaban como mulas de carga y caballos de silla. Tenía 36 perforaciones. Sin embargo, la cara, la cabeza y las piernas estaban intactas. Virgilio hizo el informe y entregó el revólver y el cadáver a su padre, Electo Quevedo, para que le diera cristiana sepultura y se retiró, no sin antes enviar a Visitación Uzcátegui a Calderas con las novedades, ya que esta ciudad era la más cercana.

Era ya, el día 16 de marzo, pues se calcula, que Porfirio fue asesinado en la madrugada. La población amaneció en medio de una gran tristeza. Había muerto el maestro. Un masparriteño querido y apreciado por todos. La gente muy atemorizada por lo sucedido y la incertidumbre del porvenir en un pequeño mundo que de un día para otra había cambiado el ambiente de alegría por las fiestas del padre y el doble matrimonio de los Cruz, por la inesperada violencia de la guerra de guerrillas. Entre tanto, Electo se había colocado un pañuelo a través del orificio que le dejó la bala, que le había entrado por la mejilla y le salió por el pie de la oreja, para parar la

hemorragia. Organizó el velorio y el entierro de su hijo, al cual acudió muchísima gente para acompañar el cuerpo en el rezo y en la procesión hasta el cementerio. Fue entonces que mi tío padrino se montó en la mula grande y briosa de Ismael Montilla, y con una sombrilla para proteger la herida del sol, que la mujer de aquel amigo le prestó, marchó a Calderas, donde le hicieron las primeras curas y en un *jeep* de los que hacían carga y transporte en aquel pueblo, llegó a Barinas, hasta la casa de mis padres, en la Urbanización Rodríguez Domínguez, manzana F No. 12, acompañado de Abigail Terán, mi prima, quien ya se desempeñaba como maestra en Calderas y se vino con él. Allí todo fue un ir y venir apresurado. Mi madre, una mujer resuelta y valerosa, sin dilación alguna, sugirió que lo llevaron a una Clínica, ubicada hacia el centro de la ciudad, diagonal con el viejo hospital Luis Razzeti. En la emergencia le pararon la hemorragia, le desinfectaron y operaron la herida, tomándole puntos. Permaneció tres días en reposo, para recuperar las energías perdidas, ya que desde Barinitas para la capital había empezado a sangrar de nuevo, porque en Calderas le extrajeron el pañuelo con el que se había taponeado el largo orificio que le hizo aquella bala y seguramente con el trajín del viaje se abrió la herida y perdió mucha sangre.

Quienes dormían aquella noche fatal, en la casa de Eugenio Terán, cuentan que después de la una de la madrugada, un grupo de hombres, que no sabían quiénes eran, llegaron hasta la puerta de la pulpería y la tocaron gritando, “*Porfirio, levántate para que vamos a la fiesta del Pueblito, que está bien buena.*”, insistiendo varias veces y al no tener respuesta, le gritaron, “*si no sales de inmediato, te vamos a sacar a tiros*” y dicho y hecho, le dispararon varios a la puerta de viejas maderas, que estaba cerrada con *trancas* por dentro.

Los residentes se lanzaron al suelo y Eugenio Terán se escabulló por detrás hacia los cafetales, pensando quizás, que también venían por él. Se habían equivocado de casa, pues Porfirio con su mujer y sus hijos, dormía en la vecina de Electo Quevedo. Al sentir primero los gritos y luego los primeros tiros, Porfirio no sabía quiénes eran aquellas personas. Quizás pensó que se trataba de borrachos que venían de la fiesta o de ladrones y malhechores. Conocedor del sonido de un revólver y de una escopeta, le extrañó el ruido más fuerte de los fusiles. Sin tiempo que perder poniéndose la ropa,

saltó en pijamas, tomó el revólver, que tenía bajo la almohada, en la mano derecha, la linterna en la izquierda y salió al camino real, mientras que Berta Hernández, su esposa, la hermana de Benito Hernández, le gritaba desde la cama, *¡“no salgas que te pueden matar! Si vas a salir, hazlo por la puerta de atrás, ¡¡que pueden ser los guerrilleros!!”*

Decidido, como siempre había sido Porfirio, caminó en la oscuridad, alumbró con la linterna y a lo lejos divisó la borrosa silueta de aquellos hombres, entonces avanzó en medio de las sombras de la noche, resuelto hacia ellos y ya más cerca de aquellos, les hizo dos disparos, guiándose por los rayos de su linterna. Los guerrilleros, que instintivamente se habían ubicado detrás de unas grandes piedras del otro lado del camino, frente a la casa, detrás de las cuales unas macollas de plátanos *dominicos* custodiaban la vía y señalaban el inicio del cafetal. Desde allí le dispararon una ráfaga de ametralladora y fulminado en el acto, cayó tendido en el suelo.

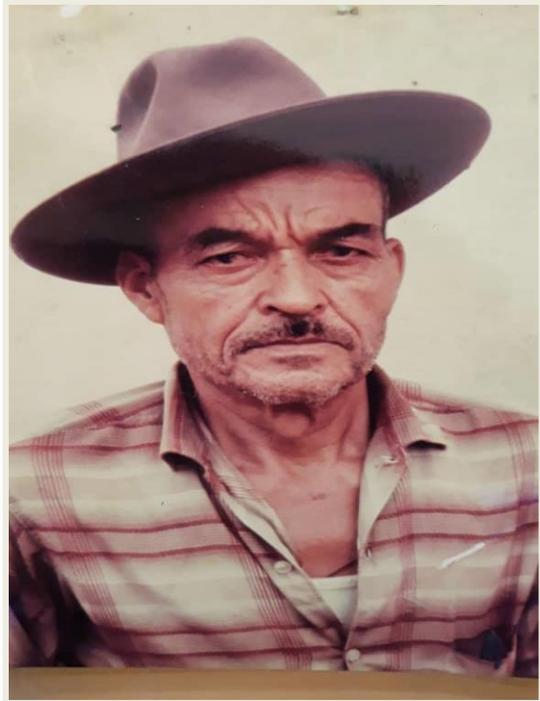
Detrás de Porfirio, Electo Quevedo, también se había levantado y revolver en mano logró dispararles, cuando estos lanzaron aquella ráfaga mortal, de cuyas balas, una le atravesó tangencialmente la cara perforándole la mejilla de adelante hacia atrás y otra la copa del sombrero *Borsalino*, lanzándolo a lo lejos contra unas matas, las demás atravesaron la casa de bahareque y pasaron justo por encima de los catres donde dormían los niños: Waldemar, el hijo mayor, Rosa Elena, Erlinda del Carmen, Ana Luisa, Luis Alirio y María Clementina. Unos centímetros menos en los disparos que hicieron con ametralladora, seguramente habrían causado la muerte de inocentes criaturas que ni siquiera tenían noción de lo que estaba sucediendo. Eran tan potentes, que perforaron un duro horcón de guayacán. Electo retrocedió y escondido detrás de la modesta vivienda espero en alerta, mientras aquellos desalmados pasaron de nuevo frente a la modesta vivienda. Regresaban a paso redoblado hacia *El Pueblito* comentando lo ocurrido.

Una vez idos los malhechores, Electo salió al camino en busca de su hijo, a quien observó tendido en el suelo y ya cadáver. Entonces se taponeó la herida con un pañuelo, para reducir la hemorragia, revisó a la familia y les ordenó que se quedaran

adentro. Todos bien despiertos, sorprendidos, asustados y los niños y Berta, llorando a gritos sin entender lo que había ocurrido. Les dijo que no tocaran a la víctima, hasta que no viniera el Comisario a levantar el cadáver. Fue en busca del vecino, Ismael Montilla, con quién revólver en mano lo acompañó hasta *El pueblito* junto con otros dos vecinos. En la subida, donde el camino se bifurca en dos, tomaron el de la izquierda para tratar de llegar por lo más cerca a la enfermería, con la sorpresa de que, en la travesía, sintieron el tropel de todo el grupo, que venía de regreso y se escondieron entre la vegetación del cafetal. Los vieron pasar con sus morrales repletos. Según los comentarios de estos hechos por sus los protagonistas, en aquel momento era tanta la excitación y el sentimiento de rabia, que estuvieron a punto de vaciar los revólveres en la humanidad de aquellas sombras andantes, pero se contuvieron por la desigualdad numérica y la desproporción del armamento.

Entonces siguieron hasta el pueblo, dirigiéndose a la Comisaría en busca del Jefe Civil o el secretario para poner la denuncia y para saber qué había pasado en *El Pueblito*, cuando se encontraron con la novedad de la Comisaría asaltada y el personal encerrado en el calabozo.

¿Porque aquel grupo, comandado por Raúl Vergara, el hijo de Pablo Vergara, del caserío *Las Agüitas*, salió sin aclararle a Fabricio Ojeda hacia donde iba y directamente salió a buscar la casa de Porfirio? ¿Habría algún viejo resentimiento contra el maestro en estas personas que motivó este ataque al aprovechar el asalto guerrillero de aquel caserío, para tomar venganza? Lo cierto es que al día siguiente la prensa y la radio se ocupaba de dar la noticia y destacar que en el ataque a Masparrito por un grupo guerrillero, había tomado la Comisaría y asesinado al maestro del pueblo, Porfirio Linares.



Electo Quevedo, 1969. Con el sombrero que llevaba la madrugada cuando mataron a Porfirio. Se lo puso con el "pico" para atrás. Nótese la marca de la perforación de la bala. Foto álbum familiar



Vecinos en un extremo de la vieja casa que fue de Eugenio Terán, en Pueblo Nuevo, frente a la puerta de la asaltada pulpería, resistiendo el paso del tiempo. 2010. Foto Arturo Quevedo Camacho

Detalle de la puerta con la huella de las balas por los disparos que hicieron los guerrilleros para abrir la pulpería el año 1965. 2010. Foto Arturo Quevedo Camacho.



A los dos días, llegó un pelotón de la Guardia Nacional, integrado por 15 efectivos, al mando de un teniente, quién recibió el manifiesto que Fabricio Ojeda le había encomendado al secretario de la Comisaria que le entregara. Al mes llegó un pelotón de 30 soldados del ejército, quienes establecieron su cuartel general en la casa cural, al lado de la capilla e iniciaron las averiguaciones. Se apoyaban y abastecían por helicóptero. Permanecieron cerca de un año en aquel lugar, patrullando las zonas vecinas. No lograron capturar a ningún guerrillero, quienes se habían esfumado de aquellos lugares; pero si interrogaron a muchos campesinos a quienes al principio

trataron con mucha dureza. Virgilio Rivero, el flamante secretario se acercó al comandante y como autoridad civil le razonó la necesidad de darle un trato respetuoso a aquellas gentes del campo que nada sabían de la guerrilla y que más bien se podrían indisponer con las autoridades por los malos tratos. Su petición fue oída y aceptada para evitar males mayores, hasta que al fin se retiraron del lugar ya entrado el año 1.966, cuando tales guerrillas lucían militarmente derrotadas.

Lo que siguió a estos dolorosos acontecimientos fue la política de pacificación de los gobiernos democráticos. La bajada de los guerrilleros restantes de las montañas y el proceso de su incorporación a la vida civil y política, lo cual se concretó a partir del año 68 con el triunfo en las urnas del Presidente Rafael Caldera, quien promovió con éxito esta nueva política que trajo la paz a la República y una salida honorable para quienes se habían alzado en armas en diversos frentes, aupados por el Partido Comunista de Venezuela y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, apoyados por Fidel Castro desde Cuba, quienes asimilaron la derrota.

El asesinato de Porfirio Linares por una montonera de guerrilleros que dispararon a mansalva sobre un hombre que saltó de su catre al oír los gritos y los disparos de quienes lo buscaban, aun en pijamas, a defender su honor y su familia, más allá de la tragedia familiar, del dramático impacto que provocó entre sus vecinos, amigos y en la comunidad que lo apreciaba como un excelente maestro y un hijo calificado de su pueblo, fue generando un sentimiento de admiración y reconocimiento. El hecho de sangre, por la valentía y el arrojo de aquel hombre, que no tuvo miedo de salir a enfrentarse en condiciones desiguales por el número y el armamento de guerra que portaban quienes lo mataron, provocó que aquel asalto fuera condenado por todos y la hidalga actitud de la víctima, hizo que su gesta se convirtiera en una leyenda heroica que es relatada de padres a hijos y que un muchacho, nacido en aquellas tierras, músico y compositor, le dedicara un joropo, que hoy se canta acompañado por arpa, cuatro y maracas en las fiestas y *rabos de convite* que celebran los masparriteños. Su autor, Juan Azuaje, el hijo de Hermógenes Azuaje, tuvo la gentileza de regalarme un ejemplar en CD, bellamente musicalizado, del cual hice el ejercicio de transcribirlo para este relato:

## **EL HEROE DE MASPARRITO**

**Compositor y cantante: Juan Azuaje**

Ay..... (Primer grito)

Con el lápiz en mi mano  
Voy a escribir un poquito  
Una historia verdadera  
Que sucedió en mi pueblito  
Claro que no me recuerdo  
Porque estaba pequeñito  
Pero los que la vivieron  
La relatan igualito  
Algunos que ya están muertos,  
Otros que ya están viejitos.  
Esto fue en el año 1965  
Cuando en mi tierra había un hombre  
Que prestaba un gran servicio  
Era un gran educador  
Como muy pocos se han visto  
Los alumnos que tenía  
Lo respetaban toditos  
Cuando alguien mal se portaba  
Lo llamaba ahí mismito  
Le metía cuatro reglazos  
Y lo dejaba híncadito  
Y los demás que observaban  
Se quedaban calladitos

Pa' que vean que el profesor  
Era un hombre muy estricto  
Hombre de mucho coraje  
Y de un valor infinito  
A ese nunca le faltaba  
Un revólver nuevecito  
Y un puñal de Santa Cruz  
Afilado y plateadito  
Para enfrentar los peligros  
Por donde andaba solito  
Su madre Eudoxia Linares  
Lo crio desde chiquitico  
A pesar de su pobreza  
No le enseñó malos vicios  
Su padre Electo Quevedo  
También le enseñó igualito  
A respetar a los pobres  
Igualmente, que a los ricos  
Si no matan a Porfirio  
Todo fuera muy distinto  
Hubiera una carretera  
Y muchos más beneficios  
Óiganme paisanos míos  
No se muevan de este sitio  
Que mientras que el arpa suene  
Pegaré el segundo grito

Pa' regresar con la historia

Del Héroe de Masparrito

¡Arpa! Primo Rodríguez, que este joropo va dedicado especialmente a  
toda mi familia, a todos mis paisanos de Masparrito y en especial a  
Feliciano Montilla y a toda su gente

Ay..... (Segundo grito)

Un sábado por la tarde

Ya con el sol bien bajito

Para recibir la noche

El cielo estaba clarito

Y nadie se imaginaba

Lo que venía en momenticos

En la casa de los Cruces

Por cierto, allá en el pueblito

Celebrando un matrimonio

Y todo era muy bonito.

Como a las once de la noche

Se vio llegar un grupito

Con metralletas en mano

Vestidos de verdecito

Ellos sin ser invitados

Se metieron calladitos

Agarraron a Don Chuy

Para pasarle el servicio

Pero sus hijos valientes

Se le acercaron toditos

Pidiéndole por favor  
No mates mi papaíto  
Mientras tanto que allá afuera  
Estaba José Mauricio  
Comandante de la tropa  
Cometiendo otros delitos  
A todos los funcionarios  
Los llevaron desnuditos  
Pa' fusilarlos a todos  
En la plaza del pueblito  
Mientras tanto en ese instante  
Se escucharon al ratico  
Tiros de ametralladoras  
Que soltaban parejito  
Era el resto de la tropa  
Que eran cómo ciento y pico  
Gritaban viva Porfirio  
salga pa' fuera solito  
Te venimos a buscar  
Pa' que se aplaquen sus gritos  
Y Porfirio sin pensarlo  
Salió pa' fuera ahí mismito  
Con el revolver en mano  
Echando plomo parejito  
Y las balas enemigas  
Lo volvieron pedacitos

Su cuerpo se desplomó  
Lleno de sangre en el piso  
Y ese otro día en la mañana  
Las mujeres y los niñitos  
Lloraban desconsolados  
Clamaban, pegaban gritos  
Dónde están esos bandidos  
Quienes son esos malditos  
Los que le dieron su muerte  
Que paguen su veredicto  
Que los agarre la justicia  
Pa 'que les abran un juicio  
Y los hombres de Caracas  
Reconozcan a Porfirio  
Por su hazaña y su coraje  
Por su valor paisanito  
Le voy a hacer una estatua  
Que lleve su nombre escrito  
Y en memoria de su nombre  
Yo le compuse este disco,  
Cuando lo llegue a grabar  
Lo bautizo en mi pueblito  
Y de nombre le pondré  
El Héroe de Masparrito

Este joropo, escrito ya en el siglo XXI, por un joven compositor, que, como Juan Azuaje, seguramente recogió la leyenda de Porfirio Linares de sus padres y de los comentarios y consejas que, con el paso del tiempo, se fueron tejiendo de aquel lance que lo llevó a una muerte heroica. Sin pensarlo. Cuando dormía tranquilo en compañía y al calor de su mujer, en una noche de verano. Los primeros tiros, que se dispararon para abrir la puerta bien asegurada de la pulpería y las exclamaciones burlescas que desprendía la garganta de Raúl, el hijo de Pablo Vergara, lo hicieron despertar de su ligero sueño. Movidó por su proverbial valor y la inminente amenaza de muerte, se lanzó de la cama al encuentro con su destino. Las amenazas de muerte se anunciaban a gritos desde la puerta de la pulpería de Eugenio Terán, casa vecina que, a escasos cincuenta metros de distancia, aquellos guerrilleros habían confundido con la de Electo Quevedo, donde para entonces vivía Porfirio con su familia. El relato de este joropo recoge con veracidad los hechos, pero como toda leyenda, resulta en exageraciones fruto de la imaginación de quienes la transmiten. Porfirio era un hombre tranquilo, de buenos modales, de hablar con propiedad y de trato afable y respetuoso, de tez blanca, barba bien poblada y afeitada, de mediana estatura, su rostro perfilado y de ojos pequeños y penetrantes, su cabello castaño oscuro cubierto casi siempre por un sombrero *Borsalino* y su ropa limpia y bien planchada, denotaban la presencia de una persona educada y cuidadosa de su presentación como maestro.

Cuesta creer que llegara a usar la palmeta, que, en nuestros tiempos escolares, aún se acostumbraba para castigar a los más díscolos, puesto que era un estudiado pedagogo a punto de recibirse como profesor con estudios superiores. En la escuela federal graduada José Ricardo Gamboa de Niquitao, donde él cursó la primaria, sí había una. En ese tradicional plantel, años después, a Ireneo, un compañero de clases desordenado, peleador y travieso, fue pasado a la Dirección por mala conducta. Allí, el maestro Miguel Contreras Cruz, quién actuaba como reputado director, tenía también la ingrata misión de administrar la palmeta sobre la mano extendida del castigado. El palmetazo resonaba con un chasquido casi seco y quienes podíamos oírlo, ya que la Dirección era un cuarto de puertas abiertas frente al cual se repartían casi todas las aulas, en aquella casona de Niquitao, sentíamos una sensación de temor y compasión por la víctima.



A la izquierda, Profirio Linares. 1961. Archivo Familiar. A la derecha, Virgilio Rivero, el Secretario de la Comisaría, quien levantó el cuerpo. 2018. Foto R. I. Quevedo C.

Tampoco eran *ciento y pico* los atacantes de esa noche fatal. El grupo guerrillero comandado por Fabricio Ojeda no pasaba de los quince integrantes. Así lo relata uno de sus actores, Abreu (2011), al indicar que quien decidió organizar una *escuadra* de cinco hombres, supuestamente para patrullar, mientras Fabricio y el resto de su pequeña tropa ocupaban y registraban la Comisaría y desplazarse desde *El Pueblito* hasta *Pueblo Nuevo*, fue Raúl Vergara. El hijo de Pablo Vergara, un comerciante cultivador de café de Las Agüitas. Aquel había sido reclutado por el movimiento guerrillero y quería hacer méritos para calificarse dentro del grupo, sin tener credenciales ni atributos de jefe. Fungía de baquiano y lo hacía con propiedad, por el conocimiento que desde chiquito tenía de aquellos parajes, ya que solía salir con su padre en correrías de cacería por montañas y cafetales. Era un tipo agresivo, de malos hábitos y que seguramente guardaba por Porfirio algún viejo resentimiento.

Raúl Vergara era una persona con fama de pendenciera en el Caserío *Las Agüitas*. Antes de ingresar a la guerrilla había cometido un asesinato a mansalva. Estaba enamorado de una mujer casada y para sacar de en medio a su rival, no hizo

otra cosa que tomar la escopeta nueva que su padre había comprado con las ganancias de la última cosecha. Cogió a escondidas la “Winchester” y sigilosamente fue a esconderse detrás de un cambural, por donde el marido de aquella casquivana, víctima inocente de unos amores prohibidos, tenía que pasar. Allí lo esperó pacientemente hasta que lo vio venir y sin darle tiempo para defenderse, enterarse porque lo atacaban, ni encomendar su alma a la Providencia Divina, le vació un cartucho tres en boca, de los llamados mata tigre, directo al corazón. La pobre víctima no logró siquiera despedirse de este mundo. Este hecho de sangre fue público y notorio. Cuando avisaron de los acontecimientos ocurridos a la Comisaría de Masparrito, que para entonces lo era Electo Quevedo, éste envió al secretario Virgilio Rivero con una comisión a detener al criminal y con los brazos atados a la espalda, con un trozo de palo por refuerzo, lo trasladaron hasta el pequeño calabozo de la Aldea y al día siguiente lo enviaron a Barinas, donde fue condenado. Sin embargo, logró escapar de la cárcel pública para regresar huyendo por aquellos montes, que como cazador experimentado conocía muy bien. En ese deambular como forajido, fue reclutado por la guerrilla que ya tenía varios años merodeando entre las montañas de Lara, Trujillo y la frontera con Barinas, con la ventaja táctica de su conocimiento del terreno como baquiano. Es posible que este resentimiento, que seguramente rumiaba en su vengativa personalidad, lo haya inducido a cometer un nuevo crimen, ahora amparado por su condición de guerrillero y apoyado por sus correligionarios que con él se dirigieron a *Pueblo Nuevo* y asumieron sin chistar la solidaridad del grupo. También es posible que aquellos “rebeldes armados” pudieran haber considerado a Porfirio como un objetivo de sus ataques, lo cual es menos probable, pues el maestro era quizás, la persona más querida en aquellos caseríos y con gran ascendencia entre las familias y los muchachos.

No se explica de otro modo, que, sin autorización del comandante, haya decidido buscar expresamente la casa de Porfirio para ejecutarlo en un vil asesinato. ¿Por qué este ensañamiento contra el maestro de la Escuela, un hijo destacado de aquel pueblo, quién era querido por casi toda la comunidad, respetado por los jóvenes que habían sido sus alumnos y admirado por sus discípulos, que lo consideraban un sabio? Si Fabricio Ojeda, quien comandó el asalto, no fusiló al secretario ni a los policías, por considerar que ellos no eran responsables ni representaban propiamente al gobierno,

menos razones podría tener para mandar a matar a la persona más emblemática de aquel lugar, cuya muerte podría desencadenar, como en efecto ocurrió, un rechazo generalizado contra aquellos guerrilleros. En todo caso, aquel grupo armado no se inmutó por este asesinato ni su comandante, Fabricio Ojeda lo condenó o se disculpó por tan horrendo y al parecer premeditado crimen y Raúl Vergara continuó haciendo parte de esa guerrilla.

Como lo narra Abreu, (2014) Raúl Vergara, tiempo después, acusado de cometer abusos con los campesinos, beber aguardiente, atropellar y violar mujeres y demostrar su mal comportamiento, fue ejecutado. Una comisión de la misma guerrilla, integrada por *“El Portugués”*, Agustín *“El Caraqueño”* y otros, lo detienen y *“por el peligro que representa, la guerrilla toma la decisión de fusilarlo”*.

Poco a poco, aquella guerrilla se fue desintegrando. Las deserciones fueron frecuentes. Las enfermedades, la mala alimentación y el acoso constante de las fuerzas armadas nacionales, la fueron diezmando. Con el paso de los años, se fue haciendo patente el fracaso de tal estrategia para derrumbar el gobierno. Fabricio Ojeda fue hecho prisionero. Posteriormente murió en el cuartel San Carlos. La versión oficial dice que se suicidó. Sus partidarios que fue asesinado. También este hombre, que fue presidente de la *Junta Patriótica* que combatió la dictadura de Pérez Jiménez, dirigente nacional de Unión Republicana Democrática, URD, y cuyas razones para lanzarse a la lucha armada han sido poco comprendidas, se convirtió también en una leyenda, por haber tenido el arrojo, siendo un político exitoso y diputado en el Congreso Nacional, de jugarse la vida en esa causa, arropada por la violencia, que lo conduciría a la muerte.

Como Fabricio Ojeda, lo hicieron muchos jóvenes idealistas de aquel entonces, que, al decir del comandante guerrillero, Martín (2013), en uno sus amenos libros y quien milagrosamente sobrevivió en esas contiendas, como espectador, actor y testigo de excepción *“del proceso desatado por la revolución cubana y el inicio de la lucha armada venezolana, en enero de 1964, ... fue la aventura más valiente, sí, pero también más demencial emprendida por tantos jóvenes venezolanos”*. La llamada izquierda, *“no logró aprender la capacidad de entender y manejar los resortes de la democracia como un sistema conveniente para todos y al declarar la lucha armada, se convierte en contraria a este sistema, asumiendo un enfoque socialista y sectario que le hará perder*

*la batalla de calle, tan erróneamente enfocada*". Su frente, bautizado "*Ezequiel Zamora*", "*nunca fue numeroso*", al igual que el comandado por Fabricio Ojeda ni el de más larga duración bajo las órdenes de Douglas Bravo, a quien se suele bautizar como el "*último guerrillero*." En los escenarios del cerro "*El Bachiller*", donde se desempeñaba Américo Martín, al igual que en las montañas de Lara, Falcón, Trujillo y Barinas y en el oriente del país, consumieron su vida muchos jóvenes y otros que, como él, milagrosamente salvaron el pellejo. Tempranamente se convenció de "*la esterilidad de aquella política*" en la cual se mantuvo más por solidaridad y "*evitar el decaimiento de la fe colectiva*". Considera que han debido retirarse de tan fracasado intento en el propio 1963, después de derrotados los levantamientos de Carúpano y Puerto Cabello y del intento de sabotaje a las elecciones generales de 1963.

Ya para entonces, estos movimientos insurreccionales estaban derrotados y lo "*prudente, sensato y racional habría sido rectificar y deponer esa desatinada política*". La derrota tanto militar como política, finalmente y el programa y campaña de pacificación emprendida con amplitud y sin dobleces por el gobierno de Rafael Caldera, con su flamante ministro del interior Lorenzo Fernández, propiciaron e hicieron posible la rectificación de rumbos. Muchos venezolanos que permanecían presos en el cuartel San Carlos y otros lugares, el 5 de Julio de 1969 fueron indultados. Las puertas de las cárceles se abrieron al ejercicio de la libertad, para hacer efectiva y plena la política de pacificación del país y permitir a todos ellos la práctica integral de sus derechos civiles.

Para entonces el PCV había perdido toda oportunidad de lograr sus objetivos y el MIR se había dividido prácticamente en cuatro organizaciones y otros se habían retirado del activismo político. De este mismo tronco, ya debilitado, habían surgido la Organización Revolucionaria, OR, comandada por Julio Escalona y Jorge Rodríguez; el Frente Guerrillero de Oriente, funda a Bandera Roja con Gabriel Puerta Aponte y posteriormente surge la Liga Socialista, llena de dirigentes universitarios, entre ellos Fernando Soto Rojas y David Nieves. Mientras que, en el MIR, propiamente se quedan líderes naturales como Héctor Pérez Marcano, Américo Martín y Moisés Moleiro. La llamada Izquierda estaba dividida. Aquella juventud que llena de ilusiones había cerrado filas en la juventud de Acción Democrática y la Juventud Comunista, unos habían desaparecido de este mundo y muchos otros, derrotados y un tanto desengañados tomaron distintos derroteros.

El sueño guerrillero y el espejismo de la Revolución Cubana había quedado en el pasado. Otros que asumieron esta derrota como una lección aprendida, como lo señala con lucidez Américo Martín, desencadenan un debate sobre tal experiencia, el foquismo, el socialismo y la democracia, las contradicciones del marxismo, la necesidad de restablecer las conexiones con la sociedad, la inserción en la democracia, la participación en las elecciones y el daño causado por las aplicaciones reales del modelo socialista. Es en esa perspectiva, que se abre el camino para nuevos agrupamientos políticos en el país, cuyos partidos mayoritarios polarizan las elecciones entre Acción Democrática y Copei.

Una nueva etapa de paz democrática abre su convivencia en Venezuela a partir de 1969. Se inicia una minoritaria pero significativa participación de los llamados partidos de izquierda, especialmente con la aparición en escena del Movimiento al Socialismo, el MAS, bajo el liderazgo de Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez, Freddy Muñoz y una pléyade de dirigentes en un nuevo partido cuyo sentido del análisis crítico y la discusión interna fueron proverbiales, pero incapaz de llegar al sentimiento popular. Muchos de ellos exguerrilleros, especialmente provenientes del partido Comunista y otros de la recomposición de las izquierdas que se separan de aquel, por las contradicciones y tensiones que se generan debidas a la política de la Unión Soviética. Esto sucede en el contexto de la Guerra Fría, especialmente a raíz de la invasión de Checoslovaquia, la Primavera de Praga y del centralismo dictatorial que tal dependencia significaba. Surge también la Causa Radical, fundada por Alfredo Maneiro, filósofo, escritor y político, tempranamente fallecido por un infarto fulminante. Enraizada en el sindicalismo de Guayana y otros sectores obreros en las ciudades industriales del país, que con el joven Andrés Velásquez, por la vía electoral estuvo muy cerca de llegar a Miraflores en las elecciones de 1993, capitalizando el malestar social que se anidaba y el descontento que entonces clamaba por reformas profundas de la sociedad. Este sentimiento de cambio fue lamentablemente capitalizado por la bota militar después del sangriento golpe de Estado del 4 de febrero de 1992, contra el presidente Carlos Andrés Pérez. Su ulterior y aparente inserción en las reglas del juego democrático, con el Movimiento V República, dio al traste con el sistema democrático de gobierno y condujo al país al deterioro de su economía, de su base social, de sus instituciones y al caos y la incertidumbre en la catastrófica Venezuela del Siglo XXI.

La familia de Porfirio Linares, siguió adelante. Su viuda se mudó para Barrancas con sus hijos, ahora huérfanos. Allí continuaron su vida cotidiana. A Berta el Gobierno le asignó una pensión de 350 bolívares mensuales, que le duró pocos meses. Cuando empezaba el nuevo año escolar la nombraron maestra en el caserío “Chaparrito”, un lugar muy apartado y sin servicios que no le permitía atender su numerosa prole. Fue por muy poco tiempo y optó por dedicarse a criar sus hijos y a utilizar los ahorros que ambos habían hecho en catorce años de vida en común, con los sus sueldos y en un lugar de poco gasto, para comprar un terreno en el caserío *Melenero* en la vía de Barrancas a Masparrito donde ordeñó unas vacas y sembró un conuco. Con las limitaciones de una familia de escasos recursos, lograron salir adelante. En esa época en Venezuela se respiraba una atmósfera de superación, donde las familias y el propio gobierno consideraban a la educación como el camino del crecimiento y el desarrollo personal. Más aún en su caso que había sido maestra y se empeñó en la educación de sus hijos. Waldemar, el mayor es licenciado en Comercio Exterior y es Abogado, Rosa es Licenciada en Contaduría y jubilada de la UNELLEZ, donde fue la Jefe de Nómina en la Dirección de Recursos Humanos, Ermelinda y María Clementina se recibieron como Licenciadas y Magister en Educación y Berta, ya cruzando la década de los ochenta años, disfruta del cariño de hijos, nietos y bisnietos.



Al centro Fabricio Ojeda, a la izquierda Jovito Villalba y a la derecha Rafael Caldera. Febrero 1958. Imagen de cuando Rafael Caldera llegó de nuevo al país, procedente de su exilio en Nueva York. En una Venezuela que despertaba de la cruenta dictadura de Marcos Pérez Jiménez. En aquel ambiente de pluralismo democrático los líderes de los diversos partidos se respetaban y apreciaban los unos a los otros. 1958. Foto del archivo de Gehard Cartay Ramírez.

## CON PUÑAL DE CRUZ O CON MACHETE

Masparrito se hizo famoso entre los pueblos de Barinas, por ser un lugar de hombres recios, que acostumbraban resolver sus diferencias a cuchillo limpio. He dejado para el final la narración de algunos lances que, por su naturaleza, ilustran la idiosincrasia orgullosa y pendenciera de aquellos hombres. He aquí, algunos de ellos.

Las muertes de Teresio Azuaje, como un hecho de sangre al salir de una gallera o como la de Porfirio Linares, víctima de un asalto guerrillero, son asesinatos emblemáticos ocurridos en aquel pueblo, pero no los únicos. La fama que recorre por Barinas de que en Masparrito las disputas se ventilan con un puñal de cruz, es proverbial. Son innumerables las reyertas ocurridas con saldos de heridos y muertos. Solo en la gestión del secretario Virgilio Rivero ocurrieron siete levantamientos de cadáver. Algunos han tenido más relevancia que otros, bien por la forma como ocurrieron, el móvil que provocó los hechos o el sitio donde tuvo lugar el acto criminal. Casos de interés como los ocurridos a Isidro Arráiz, a Segundo Uzcátegui y a Epifanio Quintero merecen ser contados para ilustrar esta conducta.

Después que Electo Quevedo dejó de convivir con Teodolinda Montilla, de cuya unión habían nacido Perpetuo y Gregoria, Isidro Arráiz, un hombre de trabajo, caficultor y comerciante, se enamoró de ella y se casaron, de cuya unión nació Consuelo. Aquella pareja vivía relativamente feliz, pero la propensión al aguardiente del comerciante y sus toscos modales, provocaron su separación y Teodolinda junto a Consuelo se fueron a vivir en Barrancas, para hacer compañía a su hija mayor Gregoria Montilla, quien allí tenía su casa y un hogar estable con Epifanio Olivera, un llanero procedente de una familia de *Caimital*, en el Distrito Obispos. Aquella separación provocó en Isidro una crisis emocional muy profunda que lo impulsó a frecuentes borracheras y quizás para olvidar sus pesares, llegó a mudarse de la casa que los albergó y cuyos recuerdos no soportaba. Se fue al *Portachuelo*, un caserío que agrupa las primeras viviendas antes de llegar al *Pueblito*, por el camino que viene desde Calderas. En ese vecindario vivían también Cruz Castellanos, Eudoxia Linares, Gregorio Hernández, Manuel Bastidas, Bernardo Albarrán, Vicente Lara y Rafael Cabezas, entre otros.

Isidro se estableció con una pulpería y contrató a Ramiro Bastidas, un hombre cercano a los 35 años, el hijo de Manuel Bastidas para que lo asistiera en estos menesteres. Empezó a trabajar como su asistente, cuidaba de la bodega, actuaba como despachador, hacía las gestiones que aquel le encomendaba y dormía en la trastienda de la misma. Una tarde, sin clientela que atender, mientras conversaban para matar el tiempo, destaparon una botella del incoloro licor, cuyo grado alcohólico suele sobrepasar los cincuenta. Bebían aguardiente y hablaban animados por el efecto que en sus mentes provocaba el mítico elixir. Al calor de los tragos surgió una agria discusión, asociada tal vez por algún reclamo y los sentimientos de descontento con el trato recibido cuando aquel se emborrachaba. En medio del avanzado estado de ebriedad, la discusión subió de tono, se hicieron presentes las ofensas y con ellas salieron a relucir los cuchillos. En aquella pelea, la agilidad juvenil de Ramiro pudo más en la lucha y este le propinó una puñalada en el abdomen al oponente, quien como pudo saltó hacia el cuarto donde dormía, cerrando la puerta con el pie al pasar al interior, tal vez para protegerse de un segundo intento de agresión. Sin darle tiempo de llegar a la cama, se recostó a la pared donde se fue resbalando lentamente hasta quedar sentado.

Virgilio estaba cómodamente instalado en la Comisaría, despachando asuntos que no tenían ninguna urgencia, pero que le servían para consumir las horas de la tarde, cuando le avisaron de lo ocurrido y salió presuroso junto a otros vecinos, a ver qué había pasado. Por el camino se encontró con Ramiro, quien ya venía de regreso, puñal en mano, dispuesto a entregarse para pagar su crimen. “*¿Que pasó Ramiro?*” le pregunta el secretario de la Comisaría. “*Vengo a entregarme porque maté a Isidro*”, le contesta y le entrega el arma ensangrentada.

Dos miembros de la Comisión que se había formado para acompañar al secretario regresan con el supuesto reo hasta la Comisaría, donde queda encerrado en el pequeño calabozo. El secretario acelera el paso hasta llegar al escenario del delito. Tuvo que abatir la puerta con un fuerte puntapié para ingresar al cuarto donde el herido, todavía vivo, se levantó como pudo con un chorro de sangre en el abdomen y las vísceras ya desprendidas. Estaba agonizando. En su delirio preguntaba por Teodolinda y por Consuelo. Cayó al suelo de nuevo, se encomendó a Dios y en brazos del secretario, expiró.

El caso de Segundo Uzcátegui tuvo un móvil y un contexto diferentes. Era un hombre joven, “*en medio del camino de la vida*”. Vivía en La Vega, en la vía que se extiende calle abajo, después de la Capilla, y continúa hasta llegar al río Masparro. Un día salió para el trabajo. Pasó la hora del almuerzo y también de la cena sin regresar. La búsqueda del ausente se inició aquella misma noche por montes y cafetales. Al tercer día de recorrer una y otra vez de arriba abajo los alrededores, su madre, Sabás de Uzcátegui exclama con un alarido de terror: “*¡Me mataron a mi hijo!*”. Segundo estaba allí, muy cerca del camino, en posición de descanso, recostado de un árbol, con las vísceras afuera y el machete a poca distancia.

Luego de levantar el cadáver, se inició la cacería del asesino, que, a diferencia de lo acostumbrado en aquella aldea, cuando ocurría un hecho de sangre, no se entregó. Las diligencias de la comisaría, en cuyas tareas se había empeñado todo su personal, resultaron infructuosas. Una mañana llegó un hombre a buscar medicinas a la enfermería, que, para entonces, ya se había estrenado en *El Pueblito*. La actitud sospechosa del solicitante hizo pensar a la enfermera que el asesino podría estar herido. Se puso en alerta y aviso al secretario. Se inició la búsqueda de nuevo, orientada hacia la casa de quien requirió los auxilios terapéuticos. Al registrar la modesta vivienda, encontraron a Francisco Delgado tendido en una cama, herido en la cara. El tajo de un machetazo le cruzaba el ojo derecho. Allí mismo se declaró culpable y entregó el arma homicida. Casi siempre un puñal, que todo masparriteño mayor de edad acostumbraba llevar en la cintura. Otras veces es un machete de aquellos que se usan para el trabajo de la agricultura.

El móvil de este crimen fue pasional. Francisco Delgado vivía con Carmen Becerra, pero mientras este se iba para el trabajo en el campo, aquel le hacía la segunda en una relación amorosa con la bígama. “*Chico*”, que así le decían, descubrió la traición y lo siguió hasta el corte donde limpiaba con el machete su cafetal. Discutieron y se enzarzaron en una lucha que terminó con el uno muerto y el otro herido y tuerto. Del machetazo logró sanar. Una cicatriz mal curada le quedó como testigo permanente de aquel lance mortal. Su nueva imagen, un tanto siniestra, le sirvió para inspirar cierto respeto entre los convictos, durante los veinte años de pena en la cárcel pública. Condena habitual que le imputaron por aquel crimen.

La trágica muerte de Epifanio Quintero, el hijo de Eliseo Quintero fue un caso muy sonado por la connotación, de pasión filial, que tuvo como causal aquella descomunal pelea. Los celos bien fundados de Epifanio contra Esteban Rivero, un enamorado que ya sin mucho disimulo, mantenía relaciones con su mamá, sin que el papá se diera cuenta de la perfidia de su mujer. Una tarde, al calor de los fogones de la cocina, que iluminaban el lugar y alegraban el ambiente con el crepitar de la leña seca, Esteban Rivero y la madre de Epifanio Quintero, habían perdido la noción del tiempo y del espacio, trenzados en amorosos arrumacos, cuando de pronto se presentó el hijo de aquella, quien desde hacía algún tiempo sospechaba la causa de las frecuentes visitas de aquel hombre, que tenían una razón sentimental.

Al percibir Epifanio la escena, frente a la cual no era posible disimular lo que estaba ocurriendo, enceguecido por el rencor, le reclamó airadamente su comportamiento. De las palabras pasaron a los hechos y en medio de sillas y mesas trastocadas de lugar, salieron a relucir los filosos puñales en una danza mortal, que cortaba el aire con la poderosa fuerza de quien se juega la vida en ese lance. En la lucha Epifanio recibe una certera puñalada en el pecho. Impulsado por sus postreras energías, salió a la sala, como buscando aire fresco para exhalar sus últimos suspiros y en medio de la misma cayó agonizante, en un charco de sangre.

El asesino impresionado por la vorágine de los acontecimientos y asustado por el homicidio que había cometido, huyó despavorido hacia la casa de Vicente Crespo, donde se escondió. Cuando llegó la comisión a levantar el cadáver, encontró el cuerpo tendido sobre el piso, muerto. Fue su madre, desconsolada por el dolor y las consecuencias de sus amores prohibidos y contrariada por la violenta actitud de su amante, quien indicó donde podía encontrarse el indiciado y hasta aquel sitio se dirigió la comisión. El dueño de la casa donde el acusado se escondía, completamente borracho, no lograba articular una explicación coherente de lo sucedido, pero en el registro del lugar encontraron al asesino, escondido en la troja de aquella vivienda. Con un palo en la espalda y los dos brazos atados en el madero, como se acostumbraba en estos casos, fue llevado hasta el calabozo, mientras llegaban las autoridades competentes, que con el paso de los días ya estaban avisadas. Este caso marcó un precedente en el levantamiento de los cuerpos. Fue el primer muerto cuya sencilla y ya

resuelta investigación fue conducida o, mejor dicho, confirmada, por la flamante Policía Técnica Judicial. Con el aviso de la novedad, una comisión de la nueva policía científica se haría presente. Cuando finalmente llegaron los “*petejotas*”, el asesino ya estaba preso. La comisión de la policía científica hizo su primer expediente en la comisaría de Masparrito y con el preso por delante, estrenando relucientes esposas, partió de aquella aldea, atado con un cabestro a la cola de una mula que llevaba al oficial jefe de la exitosa misión.

Hechos como los comentados, ocurrieron también años atrás con dramas cuyas secuelas llenaron de animosidad y provocaron el enfrentamiento de varias familias, para quienes solo el tiempo se ha encargado de borrar las heridas. Todo empezó un domingo de peleas de gallos, cuando enardecidos por las apuestas, llegaron los reclamos y las ofensas, que en aquel pueblo se lavaban con sangre. En medio de una discusión acalorada se enfrentó Teresio Azuaje con uno de los hermanos Cruz. A la salida de la gallera, arreciaron los palabreos y aquellos hombres se trenzaron en un combate cuerpo a cuerpo. Brillaban en el aire los destellos de sus afilados cuchillos a “*la luz del sol de los venados*”, cuando el astro rey, ya crepuscular empieza a dibujar en el horizonte caprichosas figuras doradas en las nubes, para acercar el día a la noche en una tarde fatal.

Se batieron con valentía inaudita en plena calle. Los jugadores de gallo allí presentes, un tanto embriagados y acalorados por las competencias gallísticas del día y las apuestas pagadas en efectivo al final de cada pelea, rodearon a los combatientes. Se lanzaban cuchilladas en todas direcciones. Los afilados aceros giraban de arriba hacia abajo y de diestra a siniestra, dibujando en el aire formas diversas y lanzando estocadas que eran esquivadas por los contrincantes sin lograr alcanzarse, en una peligrosa y aciaga danza.

Fue entonces, cuando Teresio intentó clavar su fina y afilada *marina*, que también usaba para picar el pasto de sus animales, en la humanidad de su adversario. Extrañamente la misma chocó con algo duro en el pecho de su enemigo, tal vez una costilla, y se dobló, dando tiempo a su oponente para que, en rápida reacción a la aproximación lograda por aquel, le propinara una certera y profunda puñalada, con su

puntiagudo puñal de cruz. La afilada daga atravesó el pecho del infortunado, quién retrocedió herido con el rojo carmesí de su líquido vital manchando su camisa y un hematoma le abotonó la espalda, para herirlo de muerte. Cuentan que, con el chorro de sangre a borbotones, caminó hasta su casa, con la mano en el pecho, dando traspiés. Allí frente a las puertas de su vivienda, expiró, cuando la penumbra de la noche despide al sol, para cerrar su ciclo cotidiano, coincidiendo con el apagar de una vida en la plenitud de su existencia.

Años después, cuando cayó la dictadura de Pérez Jiménez y en todos los confines del país el pueblo salió a la calle a reclamar y conquistar su libertad, Porfirio Linares con otros pobladores, tomó la *Comisaría* y destituyó al flamante titular, Diego Fernández. Un grupo de gente le tiró piedras a la casa de Jesús Manuel Cruz, a quien asociaban con el régimen depuesto. Dicen las *malas lenguas* que una persona, desde la hendija de una ventana presenció el apedreo, tomó nota de quienes lo habían hecho y le envió la fatídica lista a un hermano suyo que vivía en Niquitao.

Semanas después de aquellos hechos, Toribio Azuaje, uno de los manifestantes en aquella protesta pueblerina, cargó sus mulas con los sacos de café recién trillado y ensacado, con la intención de venderlos en aquel pueblo Andino. Se encaminó hacia allá muy contento por la buena cosecha recogida, haciendo planes, en su ilusa cabeza, de las compras que haría al vender sus frutos, sin imaginarse que con cada trote que daba su cabalgadura, acertaba los pasos hacia una muerte por encargo. Después de haber llegado a descargar su pródiga colecta, ya en el pueblo, un *jeep* se atravesó a su paso y del mismo saltó un hombre revólver en mano que disparó a mansalva, según se dijo, para cobrar venganza.

Luego del levantamiento del cadáver y el sumario sobre el hecho criminal vino el traslado del cuerpo y el velorio. Su muerte, muy sentida en Masparrito, congregó a mucha gente en los rezos al difunto y aquella noche del novenario, a la casa atestada de vecinos, acudió como uno más, el señor Domingo Uzcátegui. Un carpintero que hacía tiempo vivía tranquilo en la cercana Barrancas, con sus tres hijos Olga, Jovita, un varón de menor edad y su mujer, Doña Rafaela Cruz de Uzcátegui. Allí ejercía su bíblica profesión, haciendo mesas, sillas, puertas, tinajeros, rústicos plateros, camas y

otros muebles domésticos que las familias de aquella población le contrataban. La madera, abundante y regalada, se recogía en los *botes* de desperdicios de los aserraderos. Ese día estaba de visita en Masparrito. Se había enterado de la muerte de Toribio, su amigo y decidió asistir al velorio de los nueve días, dar el pésame a sus familiares y contemporizar con la gente conocida por él.

Con toda la inocencia de un hombre bueno, Don Domingo asistió al rezo. En medio de rosarios, tal cual trago de *miche* y un café bien caliente, apareció en la escena Wenceslao Santos, un hombre joven, concuñado del difunto y quien vivía con una de las hermanas, hijas de José de la Paz Uzcátegui. Sin mediar palabra alguna, al entrar en la sala y ver sentado entre los asistentes al rústico ebanista, sacó el puñal de cruz y lo enterró en su garganta, sin darle tiempo siquiera a pensar porque lo herían de muerte. Una venganza irracional por el asesinato de aquel, su concuñado. La supuesta “*culpa*” para clamar tan horrible represalia, que no podía justificarse contra aquella alma de Dios, podría haber sido la afinidad que tenía, por ser el marido de la hermana menor de los hermanos Cruz.

Ante tales hechos, que sorprendieron y llenaron de asombro a todos los presentes, el velorio se convirtió en la escena de un crimen por venganza. La gente se agolpó hacia la única puerta que daba hacia la calle para salir despavorida. Eugenio Terán que a la sazón era el *Comisario* en aquellos días, procedió de inmediato a decomisar el arma homicida, detener al iracundo asesino y con el palo en la espalda, lo amarró de los brazos con la ayuda de los policías y lo envió hacia Calderas. La rápida y certera acción de la autoridad civil le salvó la vida, ya que mientras tanto, Manuel Bastidas, salió corriendo para avisar a la familia de lo ocurrido.

En la casa familiar estaban Belisario Uzcátegui, hermano de la víctima, Victoria Montilla y Evangelia Camacho, tostando café. Recibir la noticia y agarrar los machetes para vengar la muerte del finado, fue un acto casi espontáneo y maquinal. Por fortuna, cuando llegaron al lugar del suceso, ya el asesino, acompañado de la *Comisión* que lo llevaba, alumbrando la oscura noche con linternas, iba muy lejos, por el camino de Calderas, evitándose una nueva muerte en esa seguidilla de desgracias. Fue así como se encadenaron en el tiempo la trágica desaparición del mundo de los vivos, de estos

tres personajes, cuyo móvil inicial fue una disputa en la gallera, atizada años después en resentimientos por diferencias partidistas y protestas *políticas* a la caída de una dictadura y la vindicta irracional e iracunda sobre una víctima inocente. Se cerró el ciclo con un hombre en la cárcel condenado a 20 años por homicidio, donde consumió su juventud y una viuda inconsolable que pierde el sustento de su familia y la cabeza de aquel modesto hogar.

Hechos de sangre como los comentados, han sucedido en Masparrito desde que el caserío fue tomando forma. La gente que allí llegaba, principalmente de los pueblos de Trujillo, especialmente de Niquitao, San Lázaro, La Quebrada, Tostos, Las Mesitas, Bistites y caseríos aledaños tenían una idiosincrasia muy particular. No aceptaban ofensa alguna. La palabra, que tenía la fuerza de un contrato, podía tener el poder de una agresión que desencadenaba pasiones y emociones que llegaban al alma.

Muchos de ellos, eran personas agrestes, acostumbradas a jugarse la vida por una cuestión de honor, por una palabra mal dicha, peor interpretada o por una ofensa cuya reparación era el origen de un conflicto. Tierra de hombres machos que no permitían el ultraje del otro. Personas recién salidas de la seguidilla de guerras intestinas que desangraron al país en el siglo XIX y cuyos coletazos se sintieron hasta los primeros años del XX. Algunos llegaron con nombres falsos, para ocultar su verdadera identidad. Se establecían en los espacios libres. Nadie les preguntaba por su pasado o en todo caso muchos de ellos, que no tenían interés en darlo a conocer, se lo inventaban con el propósito de iniciar una nueva vida, haciendo borrón y cuenta nueva de los años transcurridos en otra parte y olvidando las luchas y las culpas responsables de haberlos aventado por aquellos apartados lugares.

## DE PEQUEÑA ALDEA A PARROQUIA BARINESA

Con el advenimiento del sistema democrático de gobierno a partir de 1958, el Estado Venezolano empezó a desarrollar un conjunto de iniciativas orientadas a superar el excesivo centralismo que fue característico de la primera mitad del siglo XX, a partir de la toma del poder por Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, quién llevó este proceso a su máxima expresión. El grado de concentración era tal que, desde los más apartados rincones del país, los jefes civiles informaban mediante telegramas de los sucesos locales, formulaban peticiones y solicitaban favores directamente al *Benemérito*. Era la preeminencia absoluta de la personalidad del presidente de la República y de las instituciones nacionales a él subyugadas por encima de las organizaciones de la sociedad civil, nacional, regional y local; aparejado al clientelismo, al uso indiscriminado de las finanzas públicas y a la dependencia de las decisiones del poder legislativo y judicial de las indicaciones del ejecutivo, con una burocracia lenta y pesada, que con una venda en los ojos, era incapaz de percibir la problemática social en las regiones y localidades.

Con los gobiernos democráticos que se sucedieron sin interrupción durante la segunda mitad del siglo XX, fueron tomando protagonismo las organizaciones de la sociedad civil, asociaciones, sindicatos, gremios y comunidades. Surgieron federaciones y confederaciones representativas de los distintos sectores de la sociedad venezolana y con ellos también se dejó oír la voz de los sectores universitarios, culturales, intelectuales, académicos y políticos a través de sus voceros y organizaciones. Aparecieron progresivamente, niveles de participación que fueron reclamando su protagonismo y exigiendo su presencia en las decisiones nacionales. Como lo indica Velásquez, (1996), todo este movimiento condujo a la aparición de las corporaciones de desarrollo regional, un mayor liderazgo de las gobernaciones de los Estados y de los Concejos Municipales a nivel de los Distritos, con los entonces llamados Municipios como base de la organización social.

En este proceso se avanzó lentamente con una política de transferencia de competencias a las gobernaciones de los Estados y a las corporaciones de desarrollo

regional. A partir de fines de la década de los ochenta, se realiza la reforma del poder municipal creando las Alcaldías como el poder ejecutivo y administrativo dependiente de los Concejos Municipales y se dio paso a las parroquias como la base social y administrativa de la gestión pública local. Es en esta corriente renovadora se produjo la iniciativa legislativa por el Congreso Nacional, (1989) para la Reforma de la Ley Orgánica del Régimen Municipal, la Ley de Libre Elección y Remoción de los Gobernadores y las medidas de desconcentración y transferencia de competencias de las entidades públicas nacionales a las regionales y municipales, con una participación estratégica de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado, COPRE, una intensa actividad de los respectivos capítulos estadales y cuyas principales recomendaciones fueron acogidas por los gobiernos sucesivos de Carlos Andrés Pérez y Ramón J. Velázquez, llegando a disponer de un Ministro de Estado para la Descentralización y se promulga la Ley de Transferencia de Competencias por el Congreso Nacional a partir de 1991.

Es en este contexto que la Ley Orgánica del Régimen Municipal promulgada el 14 de junio de 1989 fortalece el poder municipal, estableciendo en el Título IV, Capítulo I, Artículo 50, que *“El Gobierno Municipal se ejerce por un alcalde y un Concejo Municipal”*. Y luego señala que *“La rama ejecutiva del gobierno municipal se ejerce por órgano del alcalde y la deliberante por órgano del Concejo Municipal”*; se crea la figura de las Alcaldías, como máxima autoridad del Municipio, con carácter autónomo, jefe del ejecutivo municipal y administrador de sus recursos, como un órgano gerencial y administrativo, donde el Concejo Municipal tiene el carácter legislativo y la supervisión pasa a una Contraloría Municipal. La Ley divide administrativa y políticamente a los Municipios en Parroquias, células fundamentales de la organización social local. La Alcaldía toma rango Constitucional en el marco del Título IV, del Capítulo IV de la Constitución Nacional, (1999). Define al municipio como *“la unidad política primaria de la organización nacional y goza de personalidad jurídica y autonomía, dentro de los límites de esta Constitución”*. Es *“la base de la organización nacional establecida dentro de una unidad determinada del territorio”*.

La mencionada Ley, promulgada diez años antes que la nueva Constitución de 1.999, facultaba a las Asamblea Legislativas para promulgar la respectiva Ley de División Político Territorial y determinar *“la extensión que corresponda a cada*

*municipio y a las demás entidades locales territoriales en su jurisdicción”. En su artículo 32 establecía que “las Parroquias son demarcaciones de carácter local, dentro del territorio del Municipio, creadas con el objeto de descentralizar la administración municipal, promover la participación ciudadana y la mejor prestación de los servicios públicos locales” y en el Artículo 34 y 35 avanza en definir que “las Parroquias serán entes auxiliares de los órganos de gobierno municipal y de participación local, a través de los cuales los vecinos colaborarán en la gestión de los asuntos comunitarios” y “ejercerán las atribuciones que les sean delegadas por el órgano de gobierno municipal”.*

Es en este marco legal que el 6 de mayo de 1992, la Asamblea Legislativa del Estado Barinas promulga la Ley de División Político Territorial del Estado, dividiendo su territorio en once municipios y 40 parroquias. Dentro de los primeros se crea el Municipio Cruz Paredes y dentro de este las Parroquias Barrancas, El Socorro y Masparrito. Para el año 2011, según el Censo Nacional de Población y Vivienda de esa misma fecha, este municipio dispone de un territorio de 778 kilómetros cuadrados y una población de 26.042 habitantes. Su primer alcalde, como consecuencia de la nueva Ley, fue Zulay Salas, entre 1.992 y 1.995, seguida por Guadalupe Fernández entre 1995 y 2000 y por Carlos Eduardo Ramírez entre el 2000 y 2004; para continuar Guadalupe Fernández nueva e ininterrumpidamente desde el 2004 hasta el 20017, cuando es sucedida por el actual alcalde Yohan Ramírez. Este es el contexto dentro del cual, Masparrito pasa de la categoría de Aldea a la de Parroquia y por tal decisión logra unos derechos otorgados por las mencionadas leyes y dispone de una Prefectura, con su titular como primera autoridad civil, un Secretario y el personal de policía indispensable para cumplir con las funciones que en la Ley de Administración del Estado Barinas le establece, así como se obliga a los órganos del poder público a establecer allí los servicios requeridos por esta categoría fundamental de la organización político territorial del Estado.

La transformación institucional a Parroquia logró, con este cambio, un modesto progreso. Correspondió a la primera alcaldesa del Municipio, Zulay Salas, electa en 1992 y quien contó con el apoyo del Gobernador Gehard Cartay Ramírez, el establecimiento de los nuevos servicios y cargos correspondientes a la nueva Parroquia.

Es interesante destacar que tales años se caracterizaron en Barinas por una crisis institucional de carácter electoral y político de gran significación, tal como lo anota el propio Cartay (2005) cuando señala que en efecto, en las elecciones para gobernadores que se celebraron el 6 de diciembre de 1992, como consecuencia de la aplicación de la nueva Ley sobre la elección y remoción de los gobernadores de Estado del 14 de abril de 1989 y en la cual fueron candidatos tanto Rafael Rosales Peña como Gehard Cartay Ramírez, la Junta Electoral Principal el 13 del mismo mes lo proclamó como Gobernador Electo, desincorporando 58 actas defectuosas, con *“inconsistencias numéricas escandalosas”* que llevaron a la misma JEP que había dirigido el proceso electoral y los escrutinios a desincorporarlas y someterlas a consulta técnica del Consejo Supremo Electoral. Esta situación provocó la protesta inmediata de los partidos Acción Democrática, AD, y la Organización Renovadora Auténtica, ORA, y con la incorporación de un nuevo miembro en la Junta Electoral Principal lograron una mayoría circunstancial con lo cual hicieron *“una nueva acta de escrutinios y una proclamación del otro candidato”*, todo lo cual llevó al propio Ex Presidente de la República Dr. Rafael Caldera, que andaba en campaña electoral para su segunda Presidencia, en un sesudo artículo a preguntarse: *“¿Por qué el CSE desconoció las actuaciones de la Junta Electoral Principal del Estado Barinas, que hechas las verificaciones exhaustivamente, proclamó gobernador al candidato de la oposición Gehard Cartay?”* Conflicto que también se presentó en el Estado Sucre y que por su trascendencia se convirtió en una crisis política donde intervinieron los órganos del poder público nacional.

A raíz de tal situación, el Consejo Supremo Electoral decidió destituir los miembros de la JEP, reconocer las primeras actas de totalización efectuadas y *“proclamar Gobernador del Estado Electo del Estado Barinas al ciudadano Gehard Cartay Ramírez para el período 1993-1996”*. Pero las cosas no se quedaron así. Por un lado el Secretario General Nacional de Acción Democrática, Luis Alfaro Ucero solicitó de nuevo al CSE que *“ese cuerpo asuma el proceso a luz del artículo 145”* lo cual contradecía lo ya decidido por este máximo organismo comicial y por el otro, la Asamblea Legislativa del Estado se negó a juramentar al gobernador electo *“hasta tanto el CSE no clarifique quién debe ser tenido como Gobernador Electo”*, con lo cual se desconocía en la práctica lo decidido por aquel organismo electoral. Esta situación

agudizó la crisis política. Y el proceso pasó a los tribunales. Y como dice la copla “*adentro suena el capacho / afuera bate la lluvia*”. Mientras se dirimían estas controversias en los cenáculos de los poderes nacionales; en la calle y en las plazas reverberaban las manifestaciones públicas clamando justicia y el propio Cartay, frente a los escalones del “*Palacio del Marqués*”, sede del Poder Ejecutivo de entonces, clama indignado: “*No soy un gobernador como los que están aquí adentro, encerrados por su miedo a un pueblo que los repudia, usurpando un cargo para el cual nadie los ha elegido, cumpliendo un encargo vergonzoso de sus amos políticos; pero sin ningún derecho a estar allí. Yo en cambio estoy aquí porque el pueblo me eligió su gobernador*” ... y entre aclamaciones públicas y protestas los electores mostraban su descontento y su repudio al fraude que se pretendía consumir.

Pero en aquel entonces había separación de poderes e independencia entre ellos mismos. El Juez Superior de la Región Los Andes, Virme Monsalve, a solicitud de parte interesada procedió a “*juramentar al Gobernador Electo, en virtud de la especial circunstancia de que no ha podido juramentarse por la Asamblea Legislativa del Estado Barinas*”...Sin embargo el Gobernador saliente desconoció tal decisión y entonces falló el Fiscal General de la Nación Ramón Escobar Salom, declarando que “*tanto el Gobernador electo del Estado Sucre como el de Barinas estaban en plena capacidad constitucional*”, lo cual le agregó más agua al molino de la controversia. No obstante, ambos gobernadores electos, para ofrecer una salida política, manifestaron su disposición de renunciar y someterse a un nuevo proceso electoral “*como fórmula para restituir el orden, la paz y la tranquilidad en el Estado Barinas y en el Estado Sucre*”.

El conflicto sin embargo continuó, puesto que la parte perdedora acudió de nuevo al CSE para “*solicitar la nulidad de la proclamación*” ya ocurrida un mes atrás a lo cual la Corte Suprema de Justicia sentenció la improcedencia en razón de que “*los hechos y actuaciones sobrevenidas del CSE,... tienen como consecuencia fáctica que no se pueda apreciar la pretendida solicitud de suspensión de los actos recurridos*”...La contienda continuó a nivel de los altos poderes y el Fiscal General de la República recurre de nuevo a la CSJ, expresando que los gobernadores de Sucre y Barinas tenían facultades para actuar “*por lo que los nombramientos de los interinos debía ser*

*anulados*” a lo cual el CSE resolvió declarar *“la falta absoluta de los gobernadores de Barinas y Sucre”* con lo cual el conflicto pasó a mayores, pues mientras tanto aquellos interinos continuaban en sus cargos.

El proceso se complicó más y como dice el romance *“pasó un día y otro día y un mes y otro mes pasó”*, hasta que, por fin, el 30 de marzo, casi cuatro meses después, la Corte Suprema de Justicia sentenció *“declarar nulas las elecciones de Gobernador realizadas en Sucre y Barinas...”* comprobando la existencia de fraude electoral en las famosas actas cuestionadas, después de un largo y complicado conflicto judicial y político. Fue el 30 de mayo cuando se realizó, otra vez, el proceso electoral, que nuevamente ganó por un amplio margen el gobernador electo Gehard Cartay Ramírez, a quién le correspondió por cierto tener que ejercer un período de gobierno *“chucuto”*, pues de su gestión le restaron casi seis meses ya que vino a tomar posesión el 3 de junio de aquel año 93, luego de un dramático enfrentamiento que de no haber mediado la *“majestad del poder judicial independiente”* no se habría podido resolver como finalmente se logró.

Su gestión, dentro de una época de gran escases presupuestaria, con el precio del petróleo a ocho dólares el barril, más allá de la obra constructiva tan típica de entonces, destacó sin embargo, por los programas sociales que impulsó, como el apoyo a los centros de salud y la creación del hospital materno infantil, la fundación para el transporte popular, las farmacias populares, educación y recuperación nutricional, la compensación alimentaria para los infantes, el vaso de leche escolar, los centros de lactancia materna, apoyo a la juventud y otros recordados con mucha simpatía, como el *“programa de ambulancias y médicos de emergencia”*, que se desplazaban por barrios y campos en busca de enfermos graves cuyo apoyo era solicitado. Era notorio el paso acelerado de las ambulancias por calles y carreteras recogiendo y tratando enfermos graves y el programa *“de recuperación de la sonrisa”* con una atención especial a quienes sufrían de *“labio leporino”*, mediante operaciones quirúrgicas para devolverle su aspecto normal, capacidad de sonreír, de hablar normalmente y mejorar su apariencia, lo cual causó mucho impacto en la opinión pública. Este fue el Gobernador que junto con la alcaldesa Zulay Salas, en su primer *“medio año”* de gobierno visitó la recién creada Parroquia de Masparrito, con miras a oír la

comunidad, recabar las inquietudes de su población en una asamblea de ciudadanos y formalizar con su presencia la constitución de los “*poderes públicos locales*”. Se dice que fue el primer Gobernador que visitó aquella población desde que se tiene memoria.



En noviembre de 1993, cinco meses después de tomar posesión como Gobernador, Gerhard Cartay, al centro, en compañía de la primera Alcaldesa de Barrancas, Zulay Salas a la derecha y de blusa blanca, bajando las escalinatas frente a la capilla de Masparrito, con acompañantes y parroquianos. *Foto archivo personal de Gehard Cartay.*

Progresivamente se instalaron los servicios propios de esta condición: la prefectura, el registro civil y la enfermería pasó a llamarse ambulatorio. Algunas de las casas emblemáticas del pueblito, fueron compradas, arrendadas y ocupadas por la Alcaldía de Barrancas o por la Gobernación, para establecer los servicios públicos correspondientes. La que fue de Juan Pablo Azuaje, ahora es la sede de la Prefectura, es decir el gobierno civil de la parroquia, que los pocos parroquianos que aún quedan, suelen llamar “*casa de gobierno*”. Años antes, cuando era una modesta comisaría, estaba relegada cuesta abajo, por la calle que marca el camino hacia Calderas, cerca de la antigua gallera, a donde fueron a dar los guerrilleros que la asaltaron en el año 1965.

Casa por medio de la sede del *poder civil*, está el *centro ambulatorio*. También de otro vástago de los Azuaje. Este pomposo nombre sustituyó al de la enfermería, que quedó en el mismo sitio que antes ocupaba. Tal como lo muestra la fotografía más reciente, es un local un tanto desmirriado, que expone su pobreza en su propia fachada, sin friso la mayor parte, la típica construcción de bahareque, ya desnuda, con las cintas de *mapora*, como popularmente los denominan los pobladores a estas fajas de madera de palma, que en algunas paredes sustituyen a los “*carruzos*” o carrizos y suelen ser más durables, su embutido de barro y sus horcones, expuestos a la intemperie, tal como muestra el animal enflaquecido sus costillas, y expone sin rubor la anatomía de la pared. Este es quizás el “*ambulatorio*” más destartado del Estado Barinas. Un defensor del *estatus* podría decir que, para llegar hasta ese pueblo con los materiales de construcción requeridos para fabricar una edificación moderna, propia de un servicio sanitario, no hay carretera posible; pero también se evidencia la desidia y falta de interés y compromiso del Gobierno y de la Alcaldía, para dotar al pueblo de un centro de salud que preste un servicio apropiado y cuando menos, que la casita tenga el mantenimiento mínimo necesario. Si no se podían transportar por tierra algunos materiales como el cemento y la cabilla, pues los bloques podrían ser de fabricación local y la arena es abundante y de primera calidad, aquellos han podido ser llevados en helicóptero, como tantas veces sobrevuelan el lugar con otros propósitos y han aterrizado en su plazoleta. Al final del ambulatorio, puede notarse la moderna colocación de cuatro láminas solares, para captar energía luminosa con sus aditamentos para generar electricidad y llevar energía al televisor colocado en la oficina parroquial. Una iniciativa que demuestra la factibilidad de dotar a este modesto conglomerado de un servicio eléctrico que alcance para todos los pobladores.

Por la calle principal, un poco más abajo de la de los Cruz, está también, pintadita de amarillo una casita destinada al registro civil, con su aviso dibujado en la pared: “*Registro Civil. Parroquia Masparrito*”. Antes para anotar el nacimiento de un niño, se hacía en Barrancas, Municipio Cruz Paredes, Distrito Obispos y en el Registro Principal del Estado Barinas, en la Capital. Se llevaban tres libros, cuando la división territorial de los Estados estaba distribuida en Aldeas, Municipios, Distritos (los cuales agrupaban los municipios, que no disponían de Consejo Municipal y que podrían homologarse a las actuales parroquias). El Distrito que agrupaba aquellos

municipios, como Barrancas y Sabaneta, El Real y La Luz, pertenecían al viejo Distrito Obispos, cuya capital fue la gran ciudad colonial del mismo nombre, de cuyo esplendor apenas queda la vieja catedral.

Es así, qué al nacer un niño, se registraba en Barrancas, y a la vez este registro iba para el libro del Distrito y finalmente para el Estado. La partida de nacimiento, se podía obtener en cualquiera de estos tres lugares. La última vez que solicité una, para fines de mi proceso de jubilación como profesor universitario, la obtuve en el Registro Principal de Barinas, después que el asistente de la entonces Registradora, removió viejos libros, hasta encontrar ya un tanto amarillento, el de aquel año 1.943, con una bellísima caligrafía, que ya quisieran tener las secretarías de estos tiempos.

Al lado de esta ex vivienda, que sirve de local al Registro Civil, le sigue la ocupada por la *“Escuela Estatal Concentrada. Masparrito. NER 15-A”*. Es decir: Núcleo Escolar Rural 15-A, que fue un sistema nacido en los años 60 y 70 del siglo pasado, para integrar las escuelas rurales en Núcleos de quince a veinticinco escuelas en una zona o cuenca determinada, formando una red de asistencia, apoyo, capacitación, supervisión y coordinación, con una Escuela Central de Núcleo, donde estaba un Director de Núcleo y otra Escuela Demostradora, dirigida por una Maestra con curso de especialización como Demostradora de Educación Rural. Ambas con la misión de dar entrenamiento, capacitación, supervisión, coordinación y apoyo al conjunto de escuelas integradas en cada núcleo, que formaban una red. Un progreso importante y un avance significativo en el mejoramiento de la calidad de la educación rural y en la diferenciación de la misma en cuanto a determinados contenidos y actividades, de la educación urbana. Esta casa, fue la misma que habitó Francisco Azuaje y mi tía Rafaela Quevedo, con Rafael del Carmen, Yolanda y Polibio, antes de mudarse para más allá de la capilla por la calle que baja hacía La Vega y donde se hospedó el maestro Luis Zambrano cuando fue a construir el sistema hidroeléctrico de entonces.



La Prefectura de Masparrito o como ellos la llaman, la “Casa de Gobierno”. Puede verse a continuación la casita, un tanto más pequeña donde funciona el puesto de salud, ahora “Ambulatorio Rural de Masparrito”, el cual muestra con meridiana claridad su destartalado local, con una ventanita, supuestamente para atender al público y la puerta de acceso a la izquierda. Puede observarse la modalidad del sistema constructivo de las paredes de bahareque, que resisten el paso de los años. Al fondo se puede divisar la instalación de los paneles solares de un modesto generador de energía. Más abajo, a la izquierda, el “Registro Civil”. A la derecha, la “Escuela Estadal Concentrada Masparrito. NER 15-A”. La antigua casa de la familia Azuaje, donde vivió Francisco Azuaje y Rafaela Quevedo. 2020. Fotos facilitadas por el joven de Calderas Carlos Berríos, un practicante del senderismo, de visita en “El pueblito”.

Más recientemente, en otra casa parecida a las anteriores se puso a funcionar un modesto liceo, cuyo desempeño deja mucho que desear, por la falta de profesores que se dediquen a realizar la docencia en aquel apartado lugar, con los sueldos

insuficientes para sobrevivir que hoy reciben quienes se dedican a esta noble y sacrificada función social. Como puede constatar, son las viejas casas de los habitantes originales de aquel poblado, devenidas en “*edificaciones públicas*”, las cuales han pasado a sustituir la presencia de familias, que ya no viven en este olvidado pueblo. Se han ido mudando, unos a Barrancas, otros a Calderas, a Barinitas y a Barinas. La mayoría de la población que queda en estos campos, continúa viviendo en las cabeceras de sus fincas o haciendas, por pequeñas que ellas sean o en los numerosos caseríos que agrupan a la población, dispersos por su territorio. Los pocos que habitan en *El pueblito*, unos forman parte del funcionariado de estos servicios públicos, aunque algunos de ellos vienen por temporadas desde pueblos vecinos a cumplir con sus deberes y regresan al domicilio permanente y otros permanecen allí por la fuerza de la costumbre. Puede observarse igualmente, lo rudimentarias y modestas que son las viviendas rurales, casi todas, sin energía eléctrica, sin agua potable instalada en las propias casas, sin servicios de gas o alumbrado público y en precarias condiciones sanitarias, pues no hay servicio de cloacas, ni siquiera retretes. La gente sale de las casas a hacer sus necesidades fisiológicas en los montes aledaños. No pareciera que se trata de un pueblo del siglo XXI sino más bien de uno que quedó anclado en la primera mitad del siglo XX.

Masparrito requiere con mayor urgencia y prioridad que nunca de un programa integral de desarrollo rural que integre a estos venezolanos a los beneficios de la civilización y las facilidades y comodidades mínimas de los tiempos modernos. Una iniciativa de desarrollo rural territorial, que empiece por pagar la deuda social acumulada en una centuria y que parta de lo más elemental, como es dotar a cada familia de una vivienda moderna que cumpla con los requisitos básicos para la vida, que disponga de luz, de agua potable, de servicio sanitario y que, más allá de la tradicional vivienda rural, responda a la idiosincrasia de la población, con su corredor para la vida social y el depósito para los productos que se suelen guardar como provisiones en los largos inviernos. Un sistema de comunicaciones, una antena para la internet y posibilidades de acceder a la televisión, elementos esenciales de la vida moderna.

Adicionalmente al mejoramiento de la habitabilidad de los pobladores, es indispensable mejorar las instalaciones de los servicios públicos, que como vimos se han limitado a ocupar las precarias viviendas que han sobrevivido al paso de los años y han derivado en la sustitución de las propias familias que allí habitaban. Construir una Centro de Usos Múltiples, que agrupe a la Escuela, el Liceo, la Prefectura, el Registro Civil y el Ambulatorio. O bien, instalaciones separadas pero modernas y apropiadas para sus objetivos. Arreglar la plazoleta no estaría demás, para convertirla en un espacio agradable y de encuentro. Conjuntamente con la transformación del hábitat para mejorar la vida del campo y hacerla atractiva para reducir la migración rural. Se requieren fuentes estables de trabajo que complementen la ocupación de la población en sus actividades agrícolas que tienen carácter estacional en las temporadas de limpieza de los cultivos, siembras y cosechas.

Un proyecto de renovación de plantaciones de cafeto y el mejoramiento de los métodos de cultivo es indispensable para devolver a las viejas plantaciones su capacidad productiva. Es factible establecer algunas agroindustrias rurales, ligadas a las tradicionales actividades que realiza la población. Una procesadora de café, que permita convertir en un producto tostado, molido y empaquetado para el consumo final el delicioso y aromático café de la original variedad *arábica* que trajeron los pobladores de los cafetales de Boconó y sus alrededores. Una fábrica de panelas de papelón que aproveche la caña de azúcar que se solía sembrar en *El Vegón*. La producción licenciada del famoso aguardiente masparriteño utilizando también el jugo de la caña de azúcar, supervisado y embotellado con denominación de origen. La explotación del turismo en todas sus modalidades. La posibilidad de instalar una posada que invite a turistas del país y aun del exterior, por la belleza de sus paisajes, rutas y caminerías, fuentes de agua, senderismo, excursiones ecológicas y naturalísticas para fotografiar y registrar las innumerables especies faunísticas. Reconstruir el viejo molino de piedra, pues la misma aún se encuentra en el lugar donde antes funcionaba y allí puede diseñarse un proyecto para un pequeño museo del café. Asociado a todo ello, un programa de capacitación y entrenamiento para los jóvenes vinculado al financiamiento de actividades como las señaladas, para fomentar el empleo.

Es un pre requisito para el desarrollo integral con un enfoque territorial de esta Parroquia, la construcción de vías de comunicación, especialmente con Barrancas y Calderas, sus accesos más frecuentes y factibles y la reconstrucción del camino a Niquitao, como una vía turística de páramo. Ya por Calderas existe una trocha abierta con máquina, que al menos permite la entrada de vehículos de doble tracción en el verano. Por Barrancas se puede llegar igualmente hasta el vado con el río Masparro. Las inversiones requeridas para culminar estas vías no son tan costosas como en el pasado, puesto que ya existe un trecho adelantado para ambas ciudades; pero se reclama compromiso, decisión y voluntad política.

Este fue el Masparrito en cuyo escenario nací y viví los primeros años de mi vida y del cual aún conservo, dispersas en la memoria, algunas escenas que vienen a mi mente de vez en cuando, sin ninguna connotación anímica, pero con una gran fuerza existencial como en un caleidoscopio de imágenes. Recuerdo la llegada de mi padre, cuando regresaba de Niquitao, con sus mulas sudorosas, la “Locha” y la “Chipola” que solían pararse frente a la casa esperando que fueran liberadas de la pesada carga. Bajaba de su cabalgadura, me abrazaba y le daba a mi madre un gran paquete. Sabía de antemano que eran los sabrosos bizcochos de Niquitao, para hacer las delicias de los siguientes días. Las borrosas imágenes de una gran tempestad, que presenciaba desde la puerta de mi casa, cuando la fuerza del ventarrón azotaba los grandes árboles, desgajándolos y lanzando sus ramas a la distancia. Junto con ellas, las ropas de distintos colores que esperaban el sol de la tarde para secarse al aire libre y resultaban desprendidas de sus cuerdas en el lavadero de la casa vecina. Volaban azotadas por el viento, como grandes aves de vivos colores, con sus alas extendidas para posarse sobre las ramas o caer por los suelos más allá de los patios y mi tía madrina Virginia, tan parecida físicamente a mi hermana María Teresa, corriendo detrás de las voladizas prendas para recogerlas de nuevo. La frecuente visita de caminantes, que, al pasar frente a mi casa, entraban a saludar, a tomar café recién colado y a conversar un rato con mis padres. La imagen de un domingo de fiestas patronales, cuando asistí con mi madre a la misa, con ropa nueva, junto a mi primo Rafael del Carmen y donde estuvimos en medio de mucha gente alegre, saludándose, conversando y como ella se acercó a un vendedor ambulante y nos compró caramelos, que hicieron la delicia de aquel paseo. Una trifulca colectiva, que hombres ya ebrios y quizás enardecidos por las

peleas de gallos del domingo, donde unos habrían ganado y otros perdido sus haberes, ya en la tarde dominical, regresaban a sus casas, conversando y discutiendo las incidencias de aquella bárbara fiesta. Frente a los patios de *Pueblo Nuevo*, en pleno camino real, por dimes y diretes, se trenzaron a golpes y cuchilladas, rodando por los suelos y provocando la intervención de los vecinos. También recuerdo el pasar cansino y triste de una procesión detrás de la urnita blanca de un “*angelito*”, rumbo al camposanto. Y la visión de una tarde en el molino, cuando al final de la faena de trillar el café, mi padre soltó el toro pardo amarillento que tiraba de la rueda de piedra y me siguió hasta el borde del muro, que por el lado de arriba del molino se había hecho para nivelar el piso, hundiendo sus temibles y para mí gigantescos cachos de lado y lado de mi menudo cuerpo, milagrosamente salvado cuando mi padre le exclamó unos gritos que la bestia, con la mansedumbre de un buey de trabajo, tal vez acostumbrado a ellos, volteo para dejarse halar por una soga.

Después de nuestra mudanza a Niquitao, cuando salimos para siempre de nuestro terruño natal, con nuestros padres y dos de mis hermanas aun pequeñas, María Teresa y Carmen Lucía; volví con mi padre por el camino de los páramos, a trillar la cosecha de café y a redescubrir aquel lugar, que, como patria chica, tiene el encanto de los recuerdos de la niñez y esa relación afectiva tan profunda y encantadora que se establece con las primeras imágenes que descubrimos cuando la vida empieza su recorrido por el mundo.

También desde Barrancas, a donde fuimos a vivir después de Niquitao. Desde el pueblo llanero, atravesando selvas espesas y las montañas, pasando el río Masparro por el vado que comunica con *La Loma*, ya un muchacho formado que caminaba a trancas agarrado a la cola del caballo de silla de mi padrino Eugenio Terán. Un viaje lleno del encanto y la motivación que da la aventura de dormir en un campamento en la obscuridad de la arboleda, en la escala obligada para pasar la noche en compañía de cazadores de oficio y llegar de nuevo a aquel lugar de mis recuerdos infantiles, a reconocer los lugares que en la memoria me resultaban familiares y a interactuar con muchachos de mi edad que allí se habían quedado.

Fue esta pequeña aldea, el escenario donde mi abuela Abigail y la familia que le siguió, hizo parte importante de sus vidas, testigos y actores de la formación de un poblado de frontera agrícola, bueno para el cultivo del café, para llevar una vida profundamente rural, en la cual el trabajo y la lucha por la supervivencia cotidiana dieron a luz una comunidad de gente recia. Ahora convertida en Parroquia del Estado Barinas.

Dejo este testimonio como una exigencia y un clamor. Como el náufrago que lanza al mar una botella con un mensaje adentro, exigiendo justicia y equidad, para que algún navegante lo recoja en los tiempos por venir, lo internalice una nueva sociedad y lo tome en cuenta como el grito de quienes, en los recónditos rincones de la historia, exigen que su voz sea oída y sus necesidades satisfechas.

Masparrito es una población que, como muchas otras de la geografía nacional, están perdidas en los recodos de la patria, donde gente humilde y sencilla realiza su existencia en medio de estrecheces, sin los servicios más elementales. Apartados de los beneficios de la civilización, a donde pareciera que quienes se desempeñan en las diversas instituciones del Estado, solo recuerdan su existencia, cuando su apoyo es necesario, en algún proceso electoral o en una contingencia nacional. A estos pueblos, escondidos en la montaña o en las extensiones inconmensurables de los llanos, se les han negado hasta las migajas del enorme ingreso petrolero que en estos cien años ha recibido Venezuela.

Con la subida del precio del petróleo después del año 2.000, gran parte de esa riqueza se ha despilfarrado. Se la han robado los aprovechadores de oficio, mediante la corrupción administrativa y el saqueo descarado del erario público. Traicionaron los valores fundamentales de la nacionalidad, las tradiciones de nuestra historia republicana, el pacto social de nuestra Constitución, han permitido la violación de nuestra soberanía nacional, las bases de nuestra civilización occidental y cristiana y se olvidaron del Bien Común. La historia los juzgará.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Abreu, Hernan. 2014. *Memorias del Frente Guerrillero José Antonio Páez, Segunda Edición Corregida y Ampliada*. Fondo Editorial IPASME. Caracas, Venezuela.
- Asamblea Nacional Constituyente. 1999. *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*. Ed. Producciones La Piedra. Caracas, Venezuela.
- Asamblea Legislativa del estado Barinas. 1992. *Ley de División Político Territorial*. Gaceta Oficial del Estado Barinas. Venezuela.
- Azuaje, Juan. 2010. *El Héroe de Masparrito*. Joropo. En CD. Barinas, Venezuela.
- Azuaje Quevedo Yolanda. 2005. *Fotos y referencias personales, familiares y locales*.
- Bastidas, Josefina. 1938-2017. *Referencias personales y familiares*.
- Berrios, Carlos. 2020. *Fotografías de locales de servicios públicos Masparrito*.
- Biblioteca Virtual Luis Zambrano. 2015. *Biografía de Don Luis Zambrano*. Universidad Nacional de Turismo. Núcleo Hotel Escuela de los Andes Venezolanos. Mérida. Venezuela.
- Caballero, Manuel. 2010. *Historia de los venezolanos del siglo XX*. Biblioteca Manuel Caballero. Editorial Alfa. Caracas, Venezuela.
- Cardozo, Arturo. 1963. *Sobre el Cause de un Pueblo. Un Siglo de Historia Trujillana. 1850-1930*. Colección Biblioteca de Temas y Autores Trujillanos. Trujillo, Venezuela.
- Cartay R., Gehard. 2005. *Barinas: 1992-1995. Crisis política, rebelión popular y cambio de gobierno*. Ediciones de la Fundación de Estudios Regionales. Barinas, Venezuela.

Instituto Nacional de Estadística. 2011. Censo nacional de población y vivienda. Caracas. Venezuela.

Congreso Nacional de la República de Venezuela. 1992. Ley Orgánica del Régimen Municipal. Gaceta Oficial 4.109, Extraordinaria del 15 de junio de 1989.

Congreso Nacional de la República Bolivariana de Venezuela. 1989. Ley sobre elección y remoción de los gobernadores de Estado. Gaceta Oficial No. 4.086 Extraordinaria. Caracas, Venezuela.

Consejo Legislativo del estado Barinas. 2004. Ley de Administración del Estado Barinas. Gaceta Oficial del Estado Barinas. 13 de Julio, 2.004.

Fonseca Amílcar. 1955. Orígenes Trujillanos. Ediciones Tipografía Garrido. Caracas, Venezuela.

Martín, Américo. 2013. La terrible década de los 60. Memorias II. 1.960- 1.970. Editorial Libros Marcados, Caracas, Venezuela.

Linares H., Rosa Elena. 2020. Referencias personales y familiares.

Pujol Jauregui, Battone. 2014. Niquitao y Calderas. Dos pueblos unidos por su camino de arrieros y soñadores. Premio Ensayo. VI Bienal Nacional de Literatura Orlando Araujo. Ed. Fundación Casa Nacional de las letras “Andrés Bello”. Caracas, Venezuela.

Quevedo, José Ezequiel. 1006-1994. Referencias personales, familiares e históricas.

Quevedo Camacho, Arturo. 2010. Fotos y referencias personales y familiares.

Quintero Mora, Ennodio. 2020. Diario sobre el año de la peste. Papel Literario, Diario El Nacional, domingo 10 de mayo de 2020.

Rivero, Virgilio Ramón. 1938-2020. Referencias personales y de los aconteceres de Masparrito.

Terán, Eugenio. 1905-2004. Referencias personales, familiares e históricas.

Terán Quevedo, Amparo. 1942. Referencias personales, familiares y locales.

Terán Quevedo, Ramón Antonio. 1947. Referencias personales y familiares.

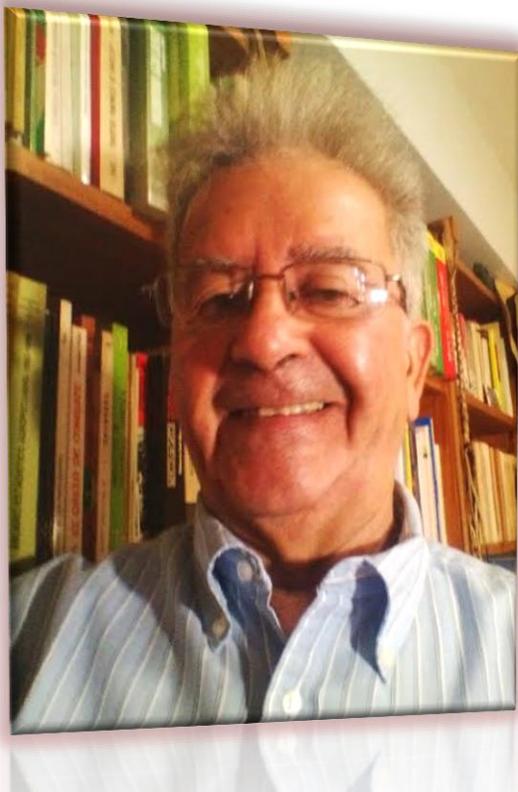
Tosta, Virgilio. 1977. Ciudades, Villas y Pueblos de Barinas. Editorial Sucre, Caracas, Venezuela

Tosta, Virgilio. 1987. Historia de Barinas Tomo II. 1800-1863. Ediciones de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia No. 194. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela. Caracas, Venezuela.

Velásquez M. Andrés. 1996. El Desarrollo de la descentralización en Venezuela. Revista FACES. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Universidad de Carabobo. Valencia, Venezuela.

Velázquez, Ramón J. 1977. La caída del Liberalismo Amarillo. Ediciones Roraima. Tercera edición. Caracas, Venezuela.

## EL AUTOR



RAFAEL ISIDRO QUEVEDO CAMACHO, es venezolano, nacido en Masparrito, Estado Barinas (1943). Ingeniero Agrónomo de la promoción 1966 de la Facultad de Agronomía de la UCV. Magister en Economía Agraria de la Universidad Católica de Chile. Doctorado en Ciencias Agrícolas en la Escuela de Posgrado de la Facultad de Agronomía de la Universidad Central de Venezuela. Como profesor universitario se desempeñó en las Cátedras de Administración de Fincas y de Administración de Empresas Agropecuarias, así como en Diagnóstico de Fincas en el postgrado de Desarrollo Rural, en la Facultad de Agronomía de la UCV.

Fue jefe del Departamento de Economía Agrícola y Ciencias Sociales en 1974-75 y director de la Escuela de Agronomía entre 1975 y 1977, en cuyo cargo hizo una reforma profunda de los estudios de Ingeniería Agronómica. Se desempeñó como Director General (viceministro) del Ministerio de Agricultura y Cría, entre 1980 y 1981. Rector de la Universidad Nacional Experimental de los Llanos Occidentales “Ezequiel Zamora”, UNELLEZ, en el período 1981 y 1985, logrando consolidar esta naciente institución, con 16 carreras, un programa de investigación, de Extensión y Proyección Social y de Producción Agropecuaria. En 1993 se jubiló como profesor Titular de la UCV y fue contratado por el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, IICA, primero como Especialista en Desarrollo Rural y posteriormente como Especialista en Educación y Capacitación, donde se desempeñó durante catorce años como Secretario Ejecutivo del Sistema Hemisférico de Capacitación para el Desarrollo Agrícola, SIHCA. A partir del año 2008 se ha dedicado a la ganadería y desde el año 2016 es miembro correspondiente por el Estado Barinas de la Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat.

Ha viajado por diversos países de América y Europa en su ejercicio profesional. Es autor de numerosos libros y otras publicaciones en el campo de la agronomía y la educación agropecuaria. Cabe destacar que La Revista de la Facultad de Agronomía ha publicado ya cuatro Alcances de su autoría: El No. 16, sobre la Evaluación del Proyecto de Desarrollo Integral de la Región Centro Occidental de Cojedes (1971); el No. 19 sobre Análisis Económico de las Granjas Porcinas de la Región Central de Venezuela (1972) y el No. 44 sobre Una Metodología para el Estudio de Fincas. Aproximación multivariada (1993), cuya Reimpresión se hizo en el 2019. El No. 74, sobre la Facultad de Agronomía de la Universidad Central de Venezuela. Destacan igualmente libros como Discursos Rectorales y posteriores (2020), Evaluación de la Reforma Agraria (1993) Temas Agrarios (2003, 2020), Memoria Histórica del SIHCA y del FRADIEAR (2008). La capacitación para el Desarrollo Alternativo (1998) y otros. Ha participado en diversos Congresos, Conferencias, Foros y otros eventos internacionales y es Presidente Honorario de la Federación Andina de Asociaciones de Facultades de Ciencias Agrarias y Afines, FAESCA, del Foro Regional Andino para el Dialogó y la Integración de la Educación Agropecuaria y Rural, FRADIEAR y presidente de la Fundación para la Educación y Capacitación Agrícola, FUNDACION SIHECA. Es propietario y gestiona una finca ganadera.



## GLOSARIO<sup>i</sup>

Albura:	Blancura perfecta.
Algarada	Alboroto o vocerío formado por un grupo de personas.
Amadrinados:	Animales que van unidos por un mecate para que se refuercen mutuamente.
Altozano:	Monte de poca altura en terreno bajo.
Ápice:	Punta o extremo de una cosa; especialmente, de la lengua.
Arepa:	Pan de maíz, preparada con harina pre cocida y asada de este cereal.
Arreo:	Grupo de mulas, caballos, burros u otros animales de carga.
Artilugio:	Mecanismo, máquina o aparato, especialmente el de manejo complicado o el que tiene una función que no se percibe fácilmente o se desconoce.
Avío:	Provisión alimenticia para sustentarse cuando se está fuera de casa.
Bahareque:	Material utilizado en la construcción de viviendas compuesto de cañas o palos entretejidos con horcones y unidos con una mezcla de tierra húmeda y paja.
Bestia:	Animal cuadrúpedo, mula, caballo o burro, etc. usados para carga.
Bisel:	Corte oblicuo en el borde de una superficie.
Cachapa:	Arepas de maíz tierno, molido en forma de pasta, que se extiende y se asa sobre un budare, en un fogón
Carrizo:	Popularmente “carruzo”. Planta indígena de Venezuela, gramínea de tallos nudosos, de unos seis centímetros de diámetro, usados para construir muebles y viviendas.
Caspiroleta:	Bebida compuesta de leche caliente, huevos batidos, canela, café o aguardiente y otros ingredientes al gusto.
Cascajos:	Fragmentos de piedra y de otros objetos duros y fracturados.
Casquivana:	Persona que coquetea y mantiene relaciones de forma pasajera.
Condumio:	Conjunto de alimentos que se consumen en una ración.
Convite:	Acción de realizar una labor agrícola, que se paga con un trabajo similar.
Conopia:	Planta parecida al platanillo que se encuentra en las selvas de montaña.

Curruchete:	Postre a base de miel de panela y trozos de queso ahumado cocidos.
Enjalma:	Especie de aparejo de una bestia sobre el cual se coloca la carga.
Follón:	Lío, asunto confuso, desordenado, problemático o difícil de resolver.
Jojoto:	Mazorca de maíz tierno, cuya masa se usa para hacer cachapas.
Mancebo:	Persona joven, que ha dejado de ser niño, pero todavía no es adulto.
Mapora:	Tipo de palmera, de tallo cilíndrico, largo y recto que sirve para la construcción de cercas, puentes y paredes de barro embutido y cuyas hojas se usan para techar ranchos.
Marina:	Cuchillo ancho, delgado y afilado que se usa para cortar pastos.
Miche:	Aguardiente fuerte que se obtiene en alambiques artesanales.
Mixtela:	Bebida hecha con agua, aguardiente, panela, canela y hierbas aromáticas.
Mojo:	Salsa a base de huevos batidos, leche y aliños, que se elabora para el desayuno o la cena, acompañado con arepas, papas cocidos u otros acompañantes.
Mucílago:	Sustancia viscosa o babosa presente en ciertos vegetales.
Mute:	Sancocho preparado con trozos de panza, verduras, garbanzos, aliños y otros condimentos al gusto.
Parihuela:	Cama estrecha y portátil que se sujeta con dos varas gruesas y sirve para transportar.
Periplo:	Viaje largo por numerosos países o lugares.
Persogo:	Conjunto de dos mazorcas unidas por sus propias hojas o de cosas o animales unidas por una cuerda o saga.
Porsiacaso:	Alforja o saco de dos bolsas en el cual se llevan provisiones de viaje.
Pulpería:	Establecimiento comercial en pueblos y caseríos que abastecía a la población diversos bienes y solían vender bebidas alcohólicas.
Rabo de	
Convite:	Fiesta informal con música, bailes y aguardiente al final de los convites.
Tarabita:	Pieza triangular de madera pesada con un eje en el ápice, usada por enrollar cuero para elaborar las sogas.
Tarraja:	Herramienta manual de corte metálico que se utiliza para el roscado manual.

Troja:	Entretecho hecho con tablas de buena madera, utilizado para almacenar productos agrícolas en los campos y al cual se accede por escalera.
Umbrosa:	Que está normalmente en sombra o la causa.
Vado:	Parte de un río con fondo firme y poco profundo, por donde se puede pasar.
Viandante:	Persona que va a pie por una vía pública o camino.
Vituallas:	Conjunto de provisiones o alimentos para que coma un grupo de personas.
Yantar:	Comer, tomar alimento.
Zaranda:	Instrumento para cernir.

---

<sup>i</sup> Por sugerencia de Rosa Elena Linares y con su apoyo se ha colocado este glosario para ayudar al lector con la comprensión de algunas palabras poco comunes, usadas localmente. Algunas de ellas no aparecen en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.